LA PAZ DE LAS MÁQUINAS

ÁLVARO YARRITU

edebé

ÁLVARO YARRITU

LA PAZ DE LAS MÁQUINAS

edebé

© Álvaro Yarritu, 2018

© Ed. Cast.: Edebé, 2018
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Juvenil: Elena Valencia
Diseño de colección: Book & Look
Fotografía de cubierta: Shutterstock

1.ª edición, marzo 2018

ISBN: 978-84-683-3531-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

A Sergio, amigo y consejero.

1. Frío

A su alrededor solo había nieve. El desierto blanco la rodeaba en su gélido abrazo, mientras fuertes ráfagas de viento polar silbaban en sus oídos y amenazaban con arrojarla al suelo. Sus articulaciones se estaban congelando, algo que había creído imposible hasta entonces. La habían preparado para vencer todo tipo de obstáculos, pero aquel infierno helado era demasiado para ella.

Después de tanto huir, iba a morir en el fin del mundo.

Sus alarmas se encendieron cuando oyó ladridos. Genial, perros. Odiaba a aquellos sacos de carne de cuatro patas. Eran más rápidos en la nieve, tenían un buen abrigo de pelo y, a diferencia de los humanos, a ellos no podía engañarlos.

Tenía que desaparecer. Literalmente, a ser posible.

Su pie se hundió de repente en la nieve. Agua, agua líquida. Había un pequeño lago bajo la capa de hielo. Un poco más y se habría hundido por completo en él. Ahora tenía un grave problema. Oía a los perros acercarse más y más, pero, si quería avanzar, tenía que bordear el lago. Casi no le quedaba tiempo. Sus perseguidores no iban a abandonar la búsqueda hasta asegurarse de que acababan con ella.

Entonces se le ocurrió una idea muy muy arriesgada.

Cuando la patrulla polar de la Alianza llegó en sus trineos tirados por perros, se llevaron una sorpresa al ver que el rastro terminaba en un agujero en el hielo. Las aguas del lago parecían haberse tragado a su fugitiva.

—La maldita chatarra se habrá hundido —aventuró uno de los perseguidores.

—Entonces, caso cerrado —dijo aliviado otro de ellos—. Saquemos unas cuantas fotos para los jefes y volvamos a la base.

La patrulla se fue. Al cabo de unos instantes, una mano salió del agua.

Había ido de un pelo. Se había aferrado como había podido a la capa de hielo superficial, mientras percibía cómo sus perseguidores examinaban el agujero por el que se había lanzado a las heladas aguas del lago. Al final la habían dado por muerta, creyendo que ningún humano podría haber sobrevivido. Tenían razón, pero habían olvidado un detalle.

Ella no era humana.

Tras su chapuzón en el pequeño lago antártico, el frío la atacó con más virulencia. Empezaba a notar los primeros fallos en sus sistemas. Aun así, siguió andando. Solo una cosa le importaba: seguir siendo libre.

2. El hijo del héroe

Como todos los días, Héctor estaba sentado solo en el comedor. No le importaba. Había terminado de comer y quería leer con tranquilidad un libro de mecánica cibernética, aprovechando que tenía tiempo. Por desgracia, en ese momento una bolita de papel disparada con una cerbatana le acertó en toda la cara.

—¡Eh, lametuercas! —exclamó Erik, el rey de los matones—. ¡Si tanto te gustan las chatarras, cásate con una de ellas!

—Vete a la porra, Erik —le dijo Héctor sin apartar la vista de su libro.

—Oooh, al señorito no le gusta que le llamen lametuercas —se burló el otro chico, mientras su cuadrilla de seguidores se reía—. ¿Qué vas a hacer, llamar a tu padre para que nos dé una paliza? ¡Oh, me olvidaba, está muerto!

Héctor apretó los dientes. Le habría gustado decirle que no estaba leyendo ese libro por gusto, sino para ayudar a su tía Lidia con el trabajo. Sin embargo, no dijo nada. ¿Para qué? Los abusones como Erik no buscaban razones, solo presas débiles con las que poder meterse impunemente. Que fuera o no un lametuercas de verdad le importaba un comino.

—Yo no soy un lametuercas —murmuró Héctor, más para sí mismo que para Erik.

«Lametuercas». Qué palabra tan fea.

Oficialmente, la guerra entre máquinas y humanos había terminado casi veinte años atrás con la firma del Tratado de Costa Rica entre la Red de Inteligencias Artificiales y la Alianza de Naciones Unidas. Los dos bandos sabían que, de haber prolongado la lucha, habrían destruido el planeta entero. Incluso así, la civilización había retrocedido siglos. Si querían prosperar, máquinas y humanos tenían que trabajar juntos; pero era difícil. Los rencores del pasado no podían desaparecer solo con palabras bonitas. En la Alianza, a aquellos que demostraban demasiada simpatía por las máquinas se les llamaba «lametuercas».

No faltaban tampoco palabras para denominar a sus antiguas enemigas. «Máquinas» era un término muy amplio que a veces causaba confusiones, pero era aceptable, mientras que los más políticamente correctos

utilizaban expresiones como «inteligencias artificiales» o «unidades de la Red». Sin embargo, la mayoría prefería llamarlas «tuercas», «chatarras» o, más insultante todavía, «robots».

De vez en cuando, Héctor se preguntaba si las máquinas tendrían palabras especiales para insultar a los humanos. Era difícil averiguarlo, porque nunca había visto a ninguna máquina en persona. A Erik, en cambio, lo veía todos los días.

Héctor llevaba menos de un año viviendo en aquel pueblo, pero había aprendido enseguida cómo funcionaba la cadena alimentaria del instituto. Por desgracia, él se encontraba en los últimos eslabones. Problemas de ser el nuevo y vivir con una tía que era una chiflada de la cibernética: Lidia Toledo, la hermana menor de su madre, la persona que había cuidado de él desde que era pequeño.

Casi nadie quería trabajar con artilugios más avanzados que una calculadora, ni menos aún usar prótesis que los hicieran parecer menos «humanos»; pero tía Lidia era distinta. Había perdido el brazo izquierdo durante la guerra (para mayor desgracia, era zurda) y lo había sustituido con un miembro artificial de última generación. A Héctor le parecía muy chulo, pero la mayoría de la gente creía que era una aberración. Como era una veterana de guerra, nadie se atrevía a decirle nada a la cara, pero bien que hablaban mal de ella a sus espaldas. Para rizar el rizo, tía Lidia había utilizado sus conocimientos de ingeniería militar para reciclarse como mecánica cibernética, concretamente como especialista en prótesis biónicas. Era difícil encontrar trabajo de ese tipo en una Alianza regida por la tecnofobia, por lo que Lidia y su sobrino tenían que mudarse cada dos por tres en busca de un empleo estable que nunca llegaba. El sueño de tía Lidia era abrir algún día su propio taller cibernético, con su nombre en letras brillantes en el rótulo de la entrada.

Héctor quería mucho a su tía. Era alegre y optimista, a veces demasiado atolondrada, pero de buen corazón. Sin embargo, tenía que admitir que entre su «excentricidad» y las continuas mudanzas, tía Lidia había hecho que no pudiera congeniar con mucha gente.

A sus quince años, a punto de cumplir dieciséis, Héctor no tenía amigos de verdad.

Erik y su camarilla estaban dispuestos a seguir la guasa a su costa, pero entonces apareció el profesor de Educación Física, que hacía guardia en el comedor, y les preguntó:

—¿Hay algún problema, chicos?

Los matones huyeron en busca de víctimas menos protegidas. El profesor se acercó a Héctor y le dio una palmada amistosa en el hombro.

—¿Todo bien, Capek?

—Sí, gracias —musitó Héctor distraído.

—Capek, un consejo: tienes que hacer frente a los matones o no te

dejarán en paz. Créeme, sé de lo que hablo —le aseguró el adulto. Al ver que Héctor seguía callado, el profesor de Educación Física frunció el ceño —. Yo serví con tu padre, ¿lo sabías? Ned Capek no se habría dejado avasallar de ese modo.

«Oh, no, ya estamos otra vez», pensó Héctor con desgana.

El padre de Héctor había sido nada más y nada menos que Edward «Ned» Capek, probablemente el mayor héroe de guerra que había tenido la Alianza. Resuelto, intrépido y atrevido, sus hazañas se contaban por decenas, desde la liberación de la ciudad subterránea de Vault Hope hasta la victoria sobre el ejército de cíborgs zombis de la Red. Había recibido un kilo de medallas y había ascendido hasta el rango de comandante. De haber querido, seguro que podría haber llegado a general.

Fuera por donde fuera, Héctor siempre se encontraba con algún veterano que había luchado junto a su padre o a sus órdenes, por no mencionar los miles de civiles que le debían la vida de manera directa o indirecta. Cuando conocían a Héctor, esperaban que fuera una versión en miniatura del gran héroe y le animaban a seguir sus pasos. «Deberías entrar en el Ejército», le recomendaban al muchacho.

Héctor no tenía tan claro que quisiese seguir los pasos de su padre. Sí, había oído hablar mucho de las gloriosas aventuras de Ned Capek, pero también recordaba que su padre lo había abandonado.

El comandante Capek nunca asimiló bien la paz. Había intentado sentar cabeza y formar una familia con María Toledo, su novia de la guerra, pero no pasaba un día en que no rememorase sus glorias pasadas o brindase por sus camaradas caídos. Y por supuesto siempre ponía a parir a las malditas chatarras y a los cobardes apaciguadores que habían firmado el tratado de paz.

En otras circunstancias, Ned Capek habría podido pasar el resto de su vida entre quejas y brindis al sol por sus hazañas del pasado, pero entonces ocurrió una desgracia inesperada: María murió por culpa de la plaga gris.

«Malditas chatarras», pensó Héctor. La plaga gris era una enfermedad artificial, máquinas microscópicas que devoraban la materia orgánica, una fuente continua de temor para los veteranos. Incluso con tratamiento, podía resurgir años después de la infección inicial, matando al portador de manera fulminante. Ese había sido el destino de María. Héctor aún sentía escalofríos cuando recordaba el rostro consumido de su madre, que había luchado hasta el final en una batalla perdida contra el avance de los nanobots.

Tras la muerte de María, algo hizo crac en la mente de Ned Capek. Una noche dejó a su hijo pequeño al cuidado de su cuñada y se marchó montado en la antigua armadura mecanizada que conservaba como recuerdo de la guerra. Al día siguiente, la AM apareció vacía al lado de un acantilado. Las autoridades lo llamaron «desaparición», pero todo el

mundo sabía que había sido un suicidio. Nunca se encontró el cuerpo.

Pese a los chistes de los que era objeto, Héctor no sentía ningún amor por las máquinas. De hecho, las odiaba por haber arruinado a su familia. Sin embargo, tampoco tenía ganas de acabar como su padre.

Cuando las clases terminaron, Héctor corrió a toda prisa a casa. Vivía con su tía en un edificio cuya mitad derecha estaba medio derruida. La otra mitad estaba intacta, aunque las cañerías solían fallar y había tantos agujeros en las paredes que las hormigas tenían veinte rutas alternativas para invadir la despensa. Aun así, era un hogar. Y era barato, un detalle importante, porque tía Lidia siempre tenía problemas para llegar a fin de mes.

Como siempre, Héctor puso en orden el caos habitual de la casa antes de hacer la cena. Había tenido que aprender a cocinar porque su tía siempre llegaba agotada por las horas extras que metía y, además, la mujer cocinaba fatal. Su tortilla de patatas era la razón por la que las ratas evitaban el lugar.

Estaba preparando una sopa cuando tía Lidia entró como un huracán.

—¡Ya estoy en casa! ¡Y traigo noticias! —exclamó la mujer, sonriendo de oreja a oreja a pesar de estar cansada y tener la ropa y la cara manchadas de grasa.

Héctor se sorprendió al ver a su tía tan animada. Había oído rumores de que el único taller cibernético del pueblo estaba a punto de cerrar, lo que significaba que Lidia perdería su trabajo.

—¿Son buenas noticias? —preguntó Héctor.

—Hum, podría decirse que es una noticia buena y otra no tan buena —respondió Lidia tras meditarlo unos instantes—. Empezaré por la buena: ¡me han llamado para un nuevo trabajo! ¡No, mejor aún, me han dado la posibilidad de abrir mi propio taller!

—¡Eso es fantástico! —celebró Héctor.

—Me alegro de que pienses así, porque al principio no tendré ni un crédito para contratar personal, así que necesitaré que me eches una mano —dijo tía Lidia, un poco avergonzada.

Héctor asintió. Ya la ayudaba cuando traía alguna vez trabajo a casa; un poco más de ejercicio manual no le haría daño. De hecho, tía Lidia le solía decir que tenía buenas manos para el trabajo cibernético, aunque él no sabía si le gustaba tener esa clase de talento.

—¿Y cuál es la noticia no tan buena? —preguntó Héctor.

—Bueno, verás... Es un programa de colonización, así que... —empezó a explicar su tía con nerviosismo—. En fin, significaría que tendríamos que mudarnos de nuevo.

Héctor frunció el ceño.

—¿Mudarnos otra vez? ¿Adónde?

—A la Antártida —respondió su tía.

Sin poder evitarlo, Héctor soltó una carcajada.

—¡Ja, ja, ja, muy bueno, tía Lidia! Claro, claro, mudarnos a la Antártida. Casi me lo creo —dijo Héctor, riéndose a gusto. No era la primera vez que su tía le venía con bromas disparatadas. Sin embargo, su sonrisa se esfumó al ver que Lidia le devolvía la mirada con firmeza—. Espera, ¿estás hablando en serio?

—Muy en serio —contestó ella un tanto ofendida—. La Alianza y la Red están llevando a cabo varios proyectos conjuntos en la Antártida, y faltan colonos. La Alianza está tratando de incentivar a especialistas tecnológicos para que se trasladen, por eso están dispuestos a financiar mi taller. Dicen que en la Antártida la gente es más abierta con la tecnología. Podría ser la última oportunidad que tenga para cumplir mi sueño.

Héctor se puso pálido.

—¡Pe-pero ese lugar está lleno de máquinas! ¡Dicen que pasean por las calles como si tal cosa! ¿De verdad quieres ir a un lugar así?

—Oh, vamos, no me digas que tienes miedo. Pensaba que te había educado mejor. —Lidia le guiñó un ojo con complicidad. Pero al ver que Héctor seguía poniendo mala cara, le tomó de las manos—. Por favor, ya sé que estás harto de mudanzas. Por eso te prometo que esta será la última. Si no funciona, volveremos a la Alianza y me buscaré otro trabajo, uno que no tenga nada que ver con la cibernética. ¿De acuerdo?

Héctor suspiró. Recordó a Erik y sus matones. Seguro que en la Antártida habría otros, pero quien había dicho aquello de «más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer» no sabía de lo que hablaba.

—Está bien —aceptó finalmente.

Su tía le obsequió una sonrisa resplandeciente. Y mientras ella empezaba a hacer planes para la mudanza, su sobrino se concentró en su plato de sopa. De la Antártida solo sabía que había hielo, nieve y pingüinos. «Seguro que es el lugar más aburrido del mundo», pensó Héctor.

No sabía lo equivocado que estaba.

3. Bienvenidos a la Antártida

Los problemas empezaron nada más llegar a la aduana.

Hasta entonces, su viaje a la Antártida había transcurrido sin incidentes. La Alianza de Naciones Unidas, el Gobierno oficial de la humanidad, tenía varias conexiones aéreas con las colonias del continente helado. Tras certificar sus visados y pasaportes, habían tomado un vuelo directo a Ciudad 02, la ciudad más grande y poblada de la Antártida.

Había sido un trayecto largo y aburrido, pero por fin habían llegado. Habían recogido su equipaje y se habían puesto a la cola de la aduana. A diferencia de los aeropuertos de la Alianza, todo estaba automatizado allí. Una máquina de vibrantes colores verificaba los pasaportes electrónicos de los viajeros y les daba la bienvenida a Ciudad 02.

Héctor la miró con ojos como platos. Nunca había visto una inteligencia artificial en persona. No es que fuese la máquina más asombrosa del mundo, pero ver aquellos movimientos fluidos, aquellas luces parpadeantes y aquella sonrisa digital le causó una honda impresión. También le dio un poco de grima.

Aunque no pudo evitar que asomara a su cara el miedo que sentía, la máquina no pareció ofenderse. Probablemente ocurrían escenas como aquella cada día, cuando llegaban al aeropuerto viajeros que no habían visto una IA en su vida. Sin embargo, su sonrisa se borró en cuanto comprobó sus documentos de identidad.

—¿Hay algún problema? —preguntó tía Lidia.

La máquina no respondió. En su lugar, dos policías del aeropuerto, humanos los dos, se personaron de inmediato en la aduana, les requisaron los pasaportes y los llevaron a una sala cerrada, con una mesa y tres tristes sillas como único mobiliario. Era un ambiente ciertamente claustrofóbico.

—¿Qué está pasando, tía Lidia? —se alarmó Héctor.

—Ni idea —reconoció la mujer.

Pasaron los minutos en un tenso silencio. Luego se convirtieron en horas. Entonces la puerta de la sala se abrió y entró por ella una IA de aspecto mucho más avanzado que la máquina de la aduana.

Los acuerdos firmados entre la Alianza y la Red prohibían, entre otras cosas, que esta última crease IA idénticas a los humanos. «Es para evitar

riesgos de seguridad», se justificaban los gobernantes humanos. «Es para perpetuar las diferencias», lo llamaban los que se oponían a la medida. En cualquier caso, la Red había cumplido su parte. Sin embargo, de vez en cuando intentaban llegar a los límites de lo estipulado, y la IA que acababa de entrar era prueba de ello.

Se trataba de un androide, una máquina con un cuerpo semejante al humano. Tenía una cabeza, un torso, dos brazos y dos piernas, así como rasgos faciales decididamente humanoides que lo hacían parecer más cercano. No obstante, ahí acababan las similitudes. Su piel era metálica, de una tonalidad casi dorada, y sus ojos artificiales brillaban con inteligencia analítica.

El recién llegado tomó asiento delante de ellos. Héctor sintió un escalofrío cuando la máquina lo examinó sin parpadear. Tía Lidia, en cambio, le aguantó la mirada con expresión decidida.

—¿Por qué nos han traído aquí? —exigió saber la mujer.

En lugar de responder directamente, el androide les preguntó:

—¿Son ustedes Lidia Toledo Chan y Héctor Capek Toledo, ciudadanos de la Alianza?

Héctor y su tía asintieron.

—Bien. Yo soy el detective G6HT-SAM, pero pueden llamarme Sam. En la actualidad estoy asignado al departamento antiterrorista de Ciudad 02. Siento las molestias, pero la actividad ludita está aumentando en la zona y es nuestro deber comprobar los perfiles sospechosos, especialmente en las entradas y salidas.

«Luditas», pensó Héctor sorprendido. No esperaba oír de ellos en la Antártida.

Decir que el tratado de paz entre la Red de Inteligencias Artificiales y la Alianza de Naciones Unidas no había gustado a todo el mundo era quedarse corto. Algunos de los sectores más radicales dentro de la Alianza, convencidos de que había que destruir a las máquinas antes de que fuera demasiado tarde, habían decidido continuar la guerra por su cuenta. De todos ellos, el grupo más importante era el de los luditas.

El Ejército de Liberación Humano o ELH lo formaban hombres y mujeres de toda clase y condición, desde veteranos de guerra condecorados hasta jóvenes idealistas que nunca habían tocado un arma hasta entonces. La gente los había empezado a llamar «luditas» en recuerdo de un movimiento contra la industria del pasado antiguo, cuando obreros desesperados quisieron acabar con las máquinas que les quitaban su trabajo. Aunque se trataba de un apelativo pensado para ridiculizarlos, el Ejército de Liberación Humano lo había aceptado con orgullo.

Su líder, que jamás revelaba su cara en público, había adoptado incluso el nombre de «general Ludd». Nadie sabía su verdadera identidad. Peligroso y carismático, el general Ludd era el enemigo público número

uno del mundo desde que seis años atrás el ELH se diera a conocer con el asesinato de una famosa supercomputadora.

Oficialmente, la Alianza condenaba los atentados de los luditas, aunque muchos de sus ciudadanos los apoyaban en secreto. Para la Red, en cambio, eran terroristas y asesinos.

Personalmente, Héctor no sabía qué pensar de ellos. La paz era buena, eso lo sabía todo el mundo, pero había oído historias horribles de lo que las máquinas habían hecho durante la guerra. Era difícil no sentir simpatía por aquellos que querían devolver ojo por ojo. Sin embargo, también había oído que los luditas no se conformaban solo con destruir máquinas, sino que también mataban a aquellos que consideraban «traidores a la humanidad», es decir, lametuercas y gente que quería vivir en paz con sus antiguas enemigas. Eso estaba mal, lo mirase por donde lo mirase.

—¿Perfiles sospechosos? —repitió tía Lidia con incredulidad—. ¡No somos luditas!

Para dar más énfasis a sus palabras, Lidia se subió la manga de su jersey y le enseñó al detective Sam su brazo artificial. El autómata lo examinó con interés, pero meneó la cabeza en un gesto copiado de los humanos.

—Una prótesis no es excluyente, señora Toledo. Tampoco su permiso para abrir un taller cibernético. Puede ser una tapadera. Me temo que tengo que insistir. Sobre todo debido a sus conexiones con Edward Capek.

Héctor se puso tieso en su asiento.

—Mi padre fue un héroe —dijo rápidamente el muchacho en un acto reflejo. Tal vez Ned Capek no había sido el mejor padre del mundo, pero tampoco iba a permitir que una tuerca con ínfulas hiciese insinuaciones sobre él.

—Para la Alianza, tal vez —concedió el detective—. Sin embargo, también fue conocido por sus mensajes en contra de la paz cuando estaba vivo. Fue muy... vehemente al respecto.

Héctor tragó saliva ruidosamente al tratar de sostener la mirada del detective.

—No fue el único, ¿verdad? Muchos cambiaron de opinión después.

—Eso dicen, sí —contestó el androide con voz neutra—. Sin embargo, no todos ellos recibieron peticiones de extradición por parte de la Red para ser juzgados por crímenes de guerra. ¿Conocía ese dato, señor Capek?

Tía Lidia notó que su sobrino estaba a punto de decir algo de lo que se iba a arrepentir después, así que intervino agarrándole del brazo.

—Déjalo, Héctor. No merece la pena. En cuanto a usted, señor G6HT-SAM, deje de remover historias del pasado y haga las preguntas que debe hacer, a ver si acabamos de una vez. No tenemos nada que ocultar.

—Aprecio su colaboración, señora Toledo —Sam asintió, aparentemente satisfecho—. Ahora, con respecto al permiso que ha

solicitado...

Fue un interrogatorio largo y tedioso. Sin embargo, al final el detective mecánico pareció complacido con sus respuestas y se dispuso a irse, no sin antes asegurarles que sus compañeros regresarían enseguida con sus documentos de identidad. Eso sí, antes de marcharse, se volvió una vez más hacia ellos:

—Si por alguna casualidad saben de alguna información relacionada con los luditas, por favor, comuníquennosla. Estaríamos muy agradecidos.

—No creo que vayamos a tener una «casualidad» así, señor detective —repuso Lidia.

—Lo entiendo. En cualquier caso, bienvenidos a la Antártida. Espero que su estancia en nuestra ciudad transcurra sin problemas.

Sin más dilación, el androide se levantó de la silla y se fue. Héctor intercambió una mirada con su tía.

—Tranquilo, Héctor. Esto es solo un traspiés —trató de animarlo la buena mujer—. Estoy segura de que Ciudad 02 te encantará.

—Ya veremos —musitó el chico, no muy convencido.

4. Ciudad 02

En el pasado, la Antártida no había sido más que un desierto de nieve habitado por un puñado de científicos entusiastas. Con el noventa y ocho por ciento de su superficie cubierta por el hielo, temperaturas mínimas que rozaban los noventa grados bajo cero y vientos gélidos que soplaban regularmente a doscientos kilómetros por hora, el continente austral no era un buen lugar para vivir. En teoría.

La guerra lo había cambiado todo.

Mientras el resto del planeta ardía, la Antártida se había mantenido más o menos intacta. Había que reconstruir un mundo, y el continente helado tenía muchos recursos sin explotar. Para evitar que la competencia diera lugar a una nueva guerra, la Red y la Alianza habían renovado los antiguos tratados que convertían a la Antártida en la única región neutral del planeta.

Bueno, neutral, neutral, lo que se dice neutral, no lo era tanto. La Alianza aún mantenía un par de bases navales dentro de las fronteras del círculo polar y los helitransportes de la Red cruzaban de cuando en cuando el espacio aéreo antártico, pero al menos habían aprendido a colaborar y a compartir la gestión de los recursos y proyectos de la Antártida. No eran amigos, ni mucho menos, pero se necesitaban mutuamente.

Entre los proyectos conjuntos de la Alianza y la Red destacaban los centros mineros, las plantas de energía limpia e incluso una lanzadera de levitación magnética para enviar materiales y personas al espacio. Pero su mayor apuesta eran las colonias, lugares donde humanos y máquinas podían trabajar y convivir en paz. O al menos esa era la idea.

Había tres colonias entonces, la más importante de las cuales era Ciudad 02.

Ciudad 02 estaba situada en la isla de Ross, unida al resto del continente por una gruesa capa de hielo que cubría el mar. Su nombre, tan poco inspirado, había sido obviamente idea de las máquinas; pero lo que les faltaba en imaginación lo compensaban con sus asombrosas capacidades de ingeniería. Ellas habían construido las cúpulas que protegían a los colonos del frío polar. También habían domado el monte Erebus, el volcán activo que daba calor y energía a la ciudad. Tenía el

aeropuerto más grande de la Antártida, un muelle que nunca se helaba y una autopista que conectaba la isla con los centros mineros del Polo Sur.

Con casi un millón de habitantes, entre humanos y máquinas, Ciudad 02 era la capital extraoficial de la Antártida.

—Mi nuevo hogar —murmuró Héctor al salir del aeropuerto.

Era el comienzo del otoño en el hemisferio sur y la oscuridad empezaba a hacerse notar. Desde la ventanilla del avión, Héctor había podido vislumbrar Ciudad 02 como un fantasmagórico campo de setas en el hielo bajo la pálida luz del sol antártico. Pero le faltaba verla por dentro.

El muchacho todavía estaba de mal humor cuando se montaron en el tren que los llevaría del aeropuerto a la zona habitable. Tía Lidia le lanzó una mirada comprensiva.

—No te dejes influir por lo que ha dicho ese detective maleducado.

—¿Pero lo has oído? ¡Prácticamente le ha llamado «criminal de guerra»! —protestó su sobrino.

—Era solo para ponernos a prueba, seguro. Máquina o no, es un policía.

Héctor agachó la cabeza.

—¿Por qué a la gente le importa más quién fue mi padre que cómo soy yo?

—A mí no —le dijo Lidia, revolviéndole el pelo con cariño—. ¡Anímate, hombre! Echa un vistazo por la ventanilla, a ver qué opinas de tu nueva ciudad.

Un poco a regañadientes, Héctor hizo lo que le pedía. Se quedó boquiabierto.

La gente de la Alianza vivía en su mayoría en pueblos apartados o en ciudades subterráneas, pues, por culpa de la guerra, la radiación y la contaminación química eran un problema en muchas zonas. Eran lugares cerrados en más de un sentido, seguros, pero asfixiantes. Ciudad 02 era diferente.

Para empezar, aunque había techo, como en las ciudades subterráneas, las cúpulas dejaban pasar los rayos del sol y se podía ver el paisaje exterior, dominado por la inquietante silueta del volcán Erebus. En el interior, calles rectas y manzanas ordenadas hablaban de la planificación de las máquinas, mientras que los distintos estilos arquitectónicos eran un testamento de los variados orígenes de sus residentes humanos. No había verdaderos rascacielos, pero algunos edificios acariciaban con sus antenas la cúpula que los protegía.

Sin embargo, nada le llamó tanto la atención como la presencia de máquinas en las calles. Incluso en los distritos humanos había inteligencias artificiales de muchas formas y tamaños, desde simples computadoras cuadradas con ruedas hasta extraños seres voladores con pinta de calamares eléctricos. Humanos y máquinas circulaban sin importunarse.

No se relacionaban entre ellos, pero tampoco se peleaban. En la Alianza era imposible ver algo así.

—Increíble —musitó Héctor, admirado a su pesar.

Se bajaron del tren en la cúpula Oates, llamada así en honor de un explorador polar del pasado remoto (los humanos habían exigido dar nombre a las cúpulas, visto que las máquinas carecían de sentido poético). Era un distrito de nueva construcción, preparado para albergar nuevos colonos. Allí se encontraba su futura casa. Por desgracia, cuando llegaron, descubrieron que los operarios aún estaban dando los últimos toques al edificio.

Era un bloque de dos plantas, la superior para vivienda y la inferior para el taller y su correspondiente almacén. En la entrada se podía leer ya el flamante letrero de «Taller Cibernético Toledo», aunque era lo único que estaba en su sitio. El resto del edificio estaba plagado de cables sueltos, sacos de cemento y nubes de polvo. Una chica con ropas muy descuidadas que pasaba por allí observó el rótulo con interés, pero luego se marchó.

Tía Lidia estaba furiosa por el retraso. ¡Se suponía que las obras debían haber estado terminadas! ¡Los proveedores vendrían al día siguiente! No obstante, el jefe de los operarios mantuvo su compostura en todo momento.

—Confíe en nosotros. Somos los mejores en nuestro trabajo. En un par de horas terminamos esto y lo limpiamos —le garantizó a tía Lidia—. No se preocupe, le aseguro que ninguna chatarra ha metido las narices en esta casa. Es cien por cien ingeniería humana.

La afirmación habría resultado más tranquilizadora si justo en ese momento no hubiese caído al suelo un albañil, arrancando de paso buena parte del cableado del techo. Al oficial se le congeló la sonrisa en la cara.

—Si esto es lo mejor de la ingeniería humana, la próxima vez contrataré a máquinas —comentó tía Lidia en susurros; Héctor no pudo evitar soltar una carcajada.

Pese a un par de accidentes más sin importancia, los operarios cumplieron su palabra. Héctor y su tía pudieron dejar sus maletas y después fueron a comprar algo de comida para la cena. Tía Lidia también compró un periódico, *El Sol Antártico,* para saber qué noticias había. Decían que una vez algo llamado Internet había hecho desaparecer toda la prensa tradicional del mundo, pero desde que las máquinas habían utilizado las redes para rebelarse, los humanos ya no confiaban en ellas y habían vuelto al papel.

—Pues con razón estaban tan tensos en el aeropuerto —comentó tía Lidia—. Hubo un atentado con bomba en la vecina Ciudad 03 hace dos días. El general Ludd reclamó la autoría. Terrible.

—Espero que no tengamos más problemas —dijo Héctor.

—Tranquilo. No tenemos nada que ver con esos chiflados. Tú cena y

duerme todo lo que puedas. Mañana nos espera mucho trabajo y, cuando te aclimates un poco, tú tienes además otra tarea pendiente.

—¿El qué? —preguntó Héctor.

—Ir a tu nuevo instituto, claro.

5. Un antártico, un pingüino y una chica misteriosa

La primera gran sorpresa de su primer día en el instituto público Asimov fue descubrir que las clases las daba una máquina. Tenía una forma vagamente humanoide, y sus varios brazos y sensores móviles la hacían parecerse a una diosa hindú. Respondía al nombre de AVA. Se mostró muy amable cuando Héctor tartamudeó sus razones para llegar tarde y, tras hacer la presentación de rigor, le invitó a tomar asiento en clase.

El resto del aula también era muy diferente a lo que Héctor estaba acostumbrado. Había muchos asientos vacíos, pues estaba diseñada para más alumnos de los que había entonces, y cada mesa contaba con su propia pantalla interactiva. Era toda una novedad para Héctor; en la Alianza, los ordenadores estaban reservados casi en exclusiva para los científicos y, cómo no, los militares. Tener computadoras en un aula era muy caro y, según muchos padres paranoicos, también era peligroso.

Nada más sentarse, su compañero de al lado le susurró:

—Eh, no te quedes con la boca abierta todo el rato. ¿Eres un nuevo colono?

—Sí, acabo de mudarme —contestó Héctor, también en voz baja.

—¡Lo sabía! —exclamó alegremente el otro, como si hubiese ganado una apuesta mental consigo mismo—. ¿Lametuercas o forzado?

Héctor no entendió lo de «forzado», pero frunció el ceño al oír la palabra «lametuercas».

—¡Ups, lo siento!, no quería ofender —se disculpó su compañero—. Cuando vemos caras nuevas por aquí, es gente que viene porque le molan las máquinas o porque la obligan. Aunque no entiendo por qué hay gente a la que le tengan que forzar para venir aquí. ¡La Antártida es el mejor sitio del mundo! Ya lo verás. Por cierto, mi nombre es Robert, Robert Barents, pero todos mis amigos me llaman Rob. Tú eras...

—Héctor —contestó él rápidamente. Había dicho en alto su nombre y apellidos en la presentación, pero nadie parecía haber notado su conexión con Ned Capek. Tal vez el nombre de su padre no era tan famoso por aquellos lares. No sabía si eso lo alegraba o lo entristecía—. ¿Tú qué eres?

Rob sonrió.

—Ni lametuercas ni forzado, yo soy cien por cien antártico —contestó lleno de orgullo—. Nací aquí. Mis padres eran científicos de las bases polares. Cuando estalló la guerra decidieron que era mejor quedarse comiendo musgo en la Antártida que ser liquidados por una máquina de destrucción masiva. Pero basta de hablar de mí. ¿Cuál es tu historia?

Héctor se la contó. También le confesó que andaba muy desorientado. Si había llegado tarde a clase había sido por no entender cómo funcionaban los medios de transporte ni las direcciones. Por no mencionar el choque cultural.

—Me he mudado muchas veces, pero esto es muy raro para mí —confesó Héctor.

—Tú tranquilo, no eres el primero. Antes de que te des cuenta, serás un pingüino como el resto de nosotros —le tranquilizó Rob.

El primer día en el instituto Asimov pasó volando para Héctor. Rob era bastante bromista y propenso a la exageración, pero también muy simpático. Le presentó a otros compañeros con los que había compartido clase durante años. Ninguno le miró mal cuando se enteraron de que su tía iba a abrir un taller cibernético. Quizás era cierto que en la Antártida la gente era más abierta para la tecnología.

Cuando Héctor comentó lo extraño que resultaba para él ver máquinas dando clase a humanos, Rob respondió:

—Dicen que es para fomentar la convivencia, o algo así. Además, las máquinas nunca se cansan, nunca pierden la paciencia y tienen todos los temarios metidos en su memoria. Así no hay manera de burlarlas, te lo digo por experiencia, je.

—Pues a mí me dan mucho *yuyu* —confesó otra compañera, una que había venido desde la Alianza dos años antes—. ¿Y si a una se le cruzan los cables y nos mata?

—Entonces empezaría una nueva guerra y moriríamos todos —replicó Rob.

Su amiga hizo una mueca de desagrado.

—Esas cosas no se dicen ni en broma, Rob.

Cuando Héctor volvió a casa, esperaba encontrarse a su tía en una vorágine de actividad. A fin de cuentas, aquella mañana llegaba la mayoría de los muebles, así como todo el equipamiento para el taller y los materiales de los proveedores. Por fortuna, los responsables del transporte y montaje de las piezas resultaron ser mucho más eficientes que los operarios del día anterior. Tía Lidia solo tuvo que dar unas cuantas indicaciones para que se pusieran manos a la obra. Y con la tranquilidad de saber que la casa y el taller de sus sueños estaban en buenas manos, había tenido la oportunidad de dar una vuelta por el barrio e incluso ir al centro comercial Terra Australis, de donde se había traído un pequeño regalo.

—Se llama Wellington —le explicó a su sobrino.

Héctor dirigió su mirada al suelo: pico afilado, pies palmeados, alas que no servían para volar y un elegante esmoquin de plumas. Sí, sin duda el tal Wellington era un pingüino. El ave marina le devolvió la mirada con sus tristes ojitos negros.

—¿Has comprado un pingüino? —exclamó Héctor con incredulidad.

—No es un pingüino cualquiera. ¡Es un superpingüino! Al parecer, durante la guerra, la Alianza quiso desarrollar y entrenar pingüinos inteligentes para cargarlos de explosivos y utilizarlos como misiles submarinos contra las máquinas. Cuando la guerra terminó, cortaron los fondos para el proyecto. Como no sabían qué hacer con tanto pingüino, empezaron a venderlos. —Lidia levantó a Wellington en volandas y se lo puso a Héctor justo delante de los morros—. ¿No te parece una monada?

A Héctor el bicho le parecía un pingüino normal y corriente, pero tampoco iba a protestar. Había espacio de sobra en la casa para un ave palmípeda que sería feliz con un cubo de pescado a la semana.

Apenas había dejado sus cosas de clase en su habitación, cuando su tía le volvió a llamar para enseñarle cómo habían dejado la casa. Y el taller, sobre todo el taller.

—¿Qué te parece? —le preguntó una entusiasmada Lidia.

Debía reconocer que tenía buena pinta. Por un lado estaba el taller propiamente dicho, lleno de herramientas y piezas para fabricar repuestos cibernéticos; tía Lidia quería hacerse un hueco en el mercado de los arreglos, bien de implantes biónicos, bien de otras piezas de tecnología avanzada. Luego estaba la zona de atención a los clientes, que ya contaba con los primeros expositores de productos.

Héctor se acercó a una vitrina en la que se exhibían unas aparentes gafas de sol. Cuando se las probó, descubrió que se trataba de un sistema de realidad aumentada. Podía ver distintos tipos de radiación, aumentar o disminuir el *zoom,* grabar imágenes y vídeos, toda una maravilla.

—Me gustan —dijo Héctor.

—Antes de la guerra había cosas muuucho más avanzadas que ese juguete —se lamentó tía Lidia—. Mi hermana, tu madre, me solía hablar de ellas cuando éramos pequeñas. Ahora, toda la buena tecnología está en manos de la Red o se la queda el Ejército.

Sus palabras despertaron ciertos temores en Héctor.

—Tía Lidia, no quería preguntártelo antes, porque estabas muy ilusionada, pero, si no lo hago ahora, reviento. ¿Vamos a poder vivir de este taller? No sé si tendremos suficientes clientes...

Lejos de amilanarse o enfadarse, tía Lidia sonrió.

—Bueno, por fin estás hablando de este taller como si fuera tuyo también. No te preocupes, en la Antártida la gente utiliza más la tecnología cibernética. Además, no me voy a dedicar a vender prótesis y

arreglos solo a los humanos; el Taller Cibernético Toledo estará abierto también a las máquinas.

—¿Máquinas? ¿En serio? —Héctor se quedó de piedra—. ¿Por qué iba a venir una máquina a un taller humano? Seguro que en la Red tienen mejores sitios que este. A fin de cuentas, todo el mundo sabe que las máquinas son perfectas.

Para sorpresa de Héctor, su tía soltó una carcajada.

—¿Quién te ha contado esa tontería? Ay, eres muy listo, mi sobrino favorito, pero aún tienes mucho que aprender. Las máquinas no son perfectas. Desde una simple tostadora hasta la más potente inteligencia artificial, todas tienen fallos, se estropean con el tiempo y al final se vuelven obsoletas cuando aparecen modelos nuevos y mejores. Es ley de vida. Entonces son recicladas.

—¿Cómo que son recicladas? ¿A qué te refieres exactamente? —preguntó Héctor.

—Las máquinas que ya no sirven son desmontadas en centros especializados de la Red. Aquí mismo, en Ciudad 02, hay uno de ellos —le explicó su tía—. Las piezas en buen estado se usan para construir nuevas máquinas. El resto se funde. La memoria se copia y pasa al archivo común de la Red. Es decir, dejan de existir como unidades individuales.

Héctor nunca había oído hablar de aquello. Lo que conocía de las máquinas lo había oído de las noticias y la propaganda de la Alianza, que casi nunca hablaban de la vida cotidiana de la Red. Siempre había sabido que su tía tenía conocimientos más avanzados, pero viviendo en la Alianza, sin máquinas a la vista, no tenía sentido hacer preguntas sobre el ciclo de vida de las inteligencias artificiales. Un ciclo de vida bastante cruel, de hecho.

—Es horrible —dijo Héctor—. ¿Cómo pueden hacerse eso a sí mismas?

—Es horrible para un humano. Las máquinas son lógicas. Aceptan el reciclaje por el bien de la Red, sabiendo que su memoria vivirá para siempre —indicó Lidia con aire de sabelotodo, antes de precisar—: Sin embargo, es cierto que hay bastantes máquinas a las que les gustaría permanecer un poco más de tiempo en este mundo. Cuando tienen averías no se atreven a ir a un taller oficial de la Red, por si las declaran oficialmente obsoletas.

Una chispa se encendió en la mente de Héctor.

—Y entonces van a talleres humanos, ¿no? —dijo el chico.

—¡Exacto! —exclamó Lidia con una sonrisa de oreja a oreja—. Solo hay unos pocos talleres así en todo el mundo. A la Red no le gustan mucho, pero los tolera porque es mucho peor cuando una máquina retrasa sus reparaciones. Imagina el desastre que se podría causar si una máquina se estropease en el momento más inoportuno...

Héctor recordó que eran las máquinas las que controlaban el flujo de

lava del monte Erebus. Un pequeño fallo podía borrar del mapa Ciudad 02.

—Me lo imagino —dijo Héctor, sintiendo un escalofrío—. Pero si haces eso, tía Lidia, te llamarán lametuercas para el resto de tu vida.

—¿Y no lo hacen ya? —Lidia se encogió de hombros, sin darle importancia—. Si me van a insultar, al menos quiero ganar dinero con ello. ¿No te parece?

Héctor no compartía su despreocupación. Cruzó los dedos para que Rob y compañía no le diesen la espalda cuando se enterasen de la política de clientes del Taller Cibernético Toledo.

Aun así, Héctor lo tenía claro. Si tenía que elegir, él estaba con su tía. A muerte. Aunque su interés por las máquinas era algo que no compartía, tía Lidia había sido un pilar para él cuando más lo había necesitado. Si a cambio tenía que ayudarla en su trabajo o soportar unos cuantos insultos, era un precio que estaba dispuesto a pagar.

Para distraerse, Héctor volvió a ponerse las gafas y echó un vistazo a la calle a través del cristal del escaparate. Resultaba divertido pasar de infrarrojos a ultravioletas y ver cómo el mundo cambiaba como por ensalmo, aunque el efecto no podía mantenerse durante mucho tiempo. La tecnología de aquellas gafas no daba para más.

Su mirada se cruzó por casualidad con la de una chica al otro lado de la calle. Era la misma que el día anterior se había quedado mirando el letrero del taller. Héctor la reconoció enseguida porque llevaba la misma ropa raída. ¿Sería una vagabunda? Era un poco triste saber que incluso allí había gente que vivía en la indigencia.

A pesar de la distancia que los separaba, la enigmática chica clavó sus ojos en los suyos, como si ella también pudiese hacer *zoom* con la mirada. Una mirada tan dura y fría como el invierno nuclear. Instintivamente, Héctor bajó la vista. Cuando la levantó de nuevo, la chica había desaparecido.

—Tía Lidia, ¿has instalado ya los sistemas de seguridad de la casa?

—Sí, claro. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada —se apresuró a responder Héctor—. Por nada...

6. Allanamiento de morada

Era la noche previa a la gran inauguración del Taller Cibernético Toledo y Héctor no podía dormir. En teoría, la más preocupada debería haber sido su dueña, pero tía Lidia roncaba plácidamente en su cama mientras su sobrino daba vueltas entre las sábanas sin lograr conciliar el sueño.

En el fondo, Héctor sabía lo que le pasaba: tenía miedo de que entrasen a robar. No sabía explicar por qué tenía esa premonición, pero se había pasado los tres últimos días revisando él mismo las alarmas de la casa. Por si las moscas.

Había sido la chica vagabunda del otro día. Su mirada le había puesto nervioso.

«Te estás volviendo paranoico. Tranquilízate y ponte a contar ovejas para dormir», se dijo Héctor a sí mismo.

Iba por la oveja número ciento ocho cuando oyó un ruido procedente del taller.

Se levantó de un salto de la cama. «¡Ladrones!», fue la primera idea que vino a su mente. Tenía que avisar a su tía enseguida. Sin embargo, apenas había salido al pasillo cuando el sentido común le hizo cambiar de opinión. Había una respuesta mucho más simple y más realista. «Wellington. Seguro que tía Lidia se ha olvidado de meterlo en su jaula y ahora el pobre bicho andará perdido por el taller», razonó Héctor.

Bajó con cuidado de no hacer ruido. No quería despertar a su tía. La buena mujer necesitaba tener su energía a punto para el día siguiente. Además, aunque Wellington era un pingüino muy manso, podía ser muy escurridizo cuando quería. Si lo pillaba por sorpresa, se ahorraría el esfuerzo de tener que perseguirlo por toda la casa.

Volvió a oír ruidos en el taller. El pingüino debía de estar armando un estropicio.

—¿Dónde te has metido, Wellington? —dijo Héctor, encendiendo las luces del taller.

Lo que vio lo dejó sin habla.

No era Wellington quien estaba hurgando en el taller, sino la chica del otro día. Mismo pelo desaliñado, mismos ojos claros e impasibles, misma ropa sucia y gastada... Hasta ahí nada fuera de lo normal, si se obviaba el hecho de que había entrado a robar sin hacer sonar ninguna alarma. Pero

no, lo pasmoso era que aquella chica se había subido la ropa para dejar expuesto su vientre y se lo estaba hurgando con las herramientas del taller. Debajo de su piel y su carne había circuitos y maquinaria.

—¡No puede ser! —exclamó Héctor anonadado.

Al verse descubierta, aquella cosa, fuera máquina o cíborg, dejó de inmediato lo que tenía entre manos y saltó sobre él. Antes de que se diera cuenta, la intrusa lo inmovilizó con una sola mano y con la otra le tapó la boca.

—No grites más, saco de carne —susurró ella en su oído. No había emoción alguna en su voz—. Preferiría no tener que matarte, si puedo evitarlo.

Con esas palabras solo consiguió que Héctor se pusiera aún más nervioso. El chico intentó liberarse de la llave con la que su captora lo tenía sujeto, pero no sirvió de nada. La ladrona no se movió ni siquiera un milímetro. Era demasiado fuerte.

La situación se quedó en un punto muerto. Héctor no podía moverse y era evidente que la intrusa no había hecho planes para imprevistos. No sabía qué hacer con un rehén.

Entonces, para complicar aún más las cosas, tía Lidia bajó por las escaleras.

—¿Héctor? ¿Has gritado? ¿Te has hecho daño? ¿Y qué hacen las luces encendidas?

Cuando llegó al taller, tía Lidia también enmudeció.

Sin perder tiempo, la ladrona se colocó detrás de Héctor, usándolo como escudo humano. También dejó de taparle la boca para tener libre la otra mano.

—No quiero problemas. Si aprecias a este saco de carne, apártate de mi camino. Si no lo haces, lo mataré de inmediato —amenazó la intrusa sin vacilar.

Héctor nunca había pasado tanto miedo en toda su vida. Quería llorar de la impotencia que sentía. ¿De qué servía ser el hijo de un héroe si después era incapaz de hacer nada para salvarse a sí mismo?

—¡Tía Lidia, por favor, haz algo! ¡Me va a matar!

—Tranquilo, Héctor. No te va a matar —dijo Lidia.

Sus palabras causaron estupefacción tanto a su sobrino como a la intrusa.

—¿Por qué estás tan segura, humana? —preguntó ella perpleja.

—Eso, tía Lidia, ¿por qué estás tan segura? —inquirió también Héctor, muy nervioso.

Con una sonrisa de absoluta confianza en sí misma, Lidia Toledo señaló a la intrusa con su brazo protésico.

—Yo estuve en la guerra, bonita. Y sé lo que eres —afirmó la dueña del taller—. Eres una trece, una máquina de destrucción masiva diseñada para

infiltrarse entre nosotros y exterminarnos. Luché contra varias de tu clase y sé de lo que sois capaces. Nosotros no estamos armados; podrías habernos matado a los dos en menos de un segundo. Si aún no lo has hecho, significa que no quieres hacerlo.

En vez de tranquilizarse, Héctor se asustó todavía más. Si su tía estaba diciendo la verdad, él se hallaba en manos de una de las máquinas más peligrosas de toda la Tierra.

La guerra había sido un vivero de horrores sin fin, pero pocas amenazas habían despertado más temores entre la población de la Alianza que las unidades de infiltración humanoides, vulgarmente conocidas como «treces». Eran capaces de hacerse pasar por personas normales y corrientes todo el tiempo que hiciera falta hasta llevar a cabo su misión, que normalmente consistía en espiar, sabotear y asesinar a sus objetivos. Implacables, imparables, casi imposibles de detectar y de destruir, las treces habían sido la pesadilla de la Alianza durante los últimos años de la guerra.

Según los acuerdos firmados, la Red había renunciado a la mayoría de sus máquinas de destrucción masiva. Las treces estaban especialmente prohibidas. Sin embargo, muchos dentro de la Alianza pensaban que la Red aún guardaba un puñado de ellas. Aparentemente, los rumores eran ciertos.

De repente, la máquina aflojó su presa. Héctor sintió como su captora le empujaba al otro lado de la habitación. Tía Lidia corrió a abrazarlo.

—¿Estás bien? —le preguntó preocupada.

—Sí, no me ha hecho daño —contestó Héctor, aliviado por estar libre.

–Eres una humana muy perspicaz —intervino entonces la trece en un tono frío e impersonal—. Si sabes tanto, también comprenderás que no puedes evitar que salga de aquí. Lo lamento, pero no voy a permitir que nadie me detenga.

—Tampoco pensaba hacerlo —repuso tía Lidia con circunspección.

—Bien —asintió la máquina. Si estaba complacida o no, no había manera de saberlo.

La intrusa se disponía a salir del taller mientras Héctor y su tía le lanzaban miradas de desconfianza, cuando de repente sufrió una especie de espasmo y cayó de rodillas al suelo. No gritó, no soltó ni un quejido de dolor, pero estaba claro que le pasaba algo.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Lidia, acercándose a la máquina con cuidado.

La fachada de impasibilidad de la trece se rompió.

—¡No me toques, saco de carne!

La máquina intentó levantarse, pero sufrió una especie de cortocircuito y se quedó medio paralizada. Lidia no tuvo problemas para darle la vuelta y observar con ojos de experta la región abdominal de la trece, que aún

seguía abierta. La piel y la sangre parecían cien por cien humanas, pero las piezas que había debajo no lo eran, desde luego.

—Vaya, ahora veo lo que te pasa, bonita —musitó la mujer con interés —. Daños por frío en tus sistemas internos. Si esto es lo que creo que es, tus células de energía también están tocadas. Por eso te has colado en el taller, ¿verdad? Querías repararte.

—No pienso contestar a un saco de carne quew!rGzx6/:-???H...

La voz de la máquina se perdió en una cascada de errores. Entonces se apagó.

—¿Está muerta? —preguntó Héctor.

—No, solo está estropeada —respondió su tía—. Y la voy a reparar. Vamos, ayúdame a llevarla a la mesa del taller.

—¡No puedes hablar en serio! —exclamó Héctor enfadado—. ¡Ha entrado a robar, ha intentado matarme y tú misma has dicho que es una máquina de destrucción masiva! ¡No puedes arreglarla ahora!

—¿Me estás diciendo lo que puedo y lo que no puedo hacer en mi propia casa? —replicó tía Lidia con tono de reproche, aunque también esbozó una media sonrisa—. Esta máquina tenía que estar muy desesperada para que su lógica la obligase a robar. Y créeme, lo suyo tiene mala pinta. Si puedo ayudarla, lo haré; pero necesito que me eches una mano.

—Ni hablar.

Héctor se cruzó de brazos. No podía impedir que su tía hiciese de buena samaritana, pero él no pensaba mover un dedo por aquella chatarra. Tía Lidia le puso una mano en el hombro.

—Si no lo haces por la generosidad de tu corazón, que yo sé que eres un chico muy majo, al menos hazlo por necesidad. ¿Sabías que las treces utilizan células nucleares en vez de baterías? Lógico, no pueden recargarse mientras están infiltradas. —Lidia señaló a su «paciente»—. Sus células están dañadas. ¿Te imaginas lo que pasaría si alguna explota?

Una fugaz imagen de un cráter atómico en el lugar en el que antes había estado el Taller Cibernético Toledo cruzó por la mente de Héctor.

—Vale, vale, te ayudaré —aceptó finalmente con resignación.

Se pusieron manos a la obra. Héctor estaba furioso por lo sucedido, sus piernas aún temblaban como gelatina y encima se caía de sueño ahora que la adrenalina no corría por sus venas. Afortunadamente, tía Lidia trajo café. Mucho café.

Mientras ayudaba a su tía con las reparaciones, Héctor examinó a la trece. De no estar viendo sus entrañas metálicas en aquel mismo momento, habría jurado que era una chica normal y corriente, apenas un par de años mayor que él. Decían los expertos que las personas sentían un rechazo visceral por las máquinas que se parecían demasiado a los humanos pero sin ser como ellos, un efecto conocido como «valle inquietante». Sin

embargo, Héctor no sentía nada así al mirar a la intrusa. Era una copia perfecta.

Cuando por fin terminaron sus arreglos, los sistemas internos de la máquina se reiniciaron. La peculiar paciente se incorporó con cuidado. Comprobó su entorno para luego examinarse a sí misma. Aunque su expresión seguía siendo indescifrable, era evidente que estaba muy sorprendida.

—Lo siento, no hemos podido reparar las células de energía, pero al menos las hemos estabilizado. Podrán aguantar como mínimo unos meses más —explicó tía Lidia—. Tenías los circuitos congelados. ¿Qué hiciste, te metiste en una piscina de hielo o qué?

—Algo así. Yo... Esta situación está rebasando todos mis parámetros —reconoció la máquina—. No sé qué decir.

—«Gracias» sería una buena palabra para empezar —sugirió tía Lidia—. Y creo que mi sobrino y yo nos merecemos una disculpa también, si no es mucha molestia.

La máquina pareció pensárselo unos segundos, pero luego asintió.

—Gracias, humanos, y mis disculpas por mi actuación anterior.

—Disculpas aceptadas —dijo Lidia. Héctor se conformó con gruñir—. Pero la próxima vez que estés tan apurada, no entres a robar. Pide cita en un taller.

—No puedo —negó con la cabeza la trece—. No tengo dinero.

Tía Lidia frunció el ceño.

—Creía que la Red pagaba por todas las necesidades de sus...

—Yo no pertenezco a la Red —la cortó la trece.

Incluso agotados y con ganas de dormir, Héctor y su tía pegaron un bote al oír aquello. ¿Una máquina fuera de la Red? ¡Imposible! Se suponía que eran una inteligencia colectiva, una mente colmena, siempre juntas, siempre conectadas. No había solitarias.

—Mi denominación es RN-13 FRAM C2 —continuó la máquina—. Soy una fugitiva.

7. La historia de Fram

Héctor, su tía y su extraña invitada fueron a la cocina para conversar mejor. Lidia preparó más café. Iba a ser una noche muy larga.

—Así que eres una máquina de destrucción masiva, te llamas RN-13 FRAM C2 y estás huyendo de la Red —resumió tía Lidia, aún sin poder creérselo—. Por cierto, ¿te importa si te llamo Fram? ¿Ce-Dos? ¿O prefieres Ren? Es para acortar.

—Fram está bien.

—¿Pero por qué iba una máquina a huir de la Red? —preguntó Héctor sin poder contenerse—. Espera, a ver si lo adivino: ¿es que te pasaste al bando de los humanos?

La máquina le dirigió una mirada fría e inexpresiva.

—No quiero insultar tu inteligencia, pero jamás traicionaría a la Red por unos sacos de carne esclavistas que se mueren, se pudren y se convierten en polvo. Sin ofender —respondió Fram en tono impersonal—. No, mis motivos para huir de la Red son de índole más individual.

—Cuéntanos entonces, ¿por qué te fuiste? —preguntó Lidia.

Fram se lo pensó un poco antes de responderles. Sin embargo, finalmente decidió que no le importaba revelar la verdad a aquel par de humanos.

—Fui construida tres años antes de la paz como una unidad de tipo 13 para misiones de infiltración y destrucción. Os aviso por adelantado que no voy a revelaros los detalles. Puede que yo ya no sea parte de la Red, pero vosotros seguís siendo humanos —les advirtió Fram con aire admonitorio —. En cambio, sí podéis saber que era una de las diez unidades tipo 13 con mejor ratio de eficacia.

—No será para tanto —dijo Héctor, sonriendo ante el orgullo implícito en las palabras de la máquina.

—Para que lo sepas, hay 1241 objetos en esta habitación con los que podría matarte ahora mismo —le informó Fram como si dijese que dos más dos son cuatro.

La sonrisa del muchacho se esfumó de inmediato.

—Ojo con lo que dices, bonita —la reprendió tía Lidia—. Ya has asustado bastante a mi sobrino por esta noche.

—Mis disculpas —dijo Fram, volviéndose hacia Lidia—. Como iba diciendo, realicé varias misiones para la Red durante la guerra. Mi modelo en concreto me permitía hacerme pasar por humanas jóvenes y, con la cirugía adecuada, podía suplantar a objetivos específicos. Yo cumplía mis órdenes. Eso era todo. Hasta que llegó la paz.

—¿Qué pasó?

—El tratado que firmamos con los humanos contemplaba el fin inmediato de las hostilidades, el establecimiento de fronteras y la reducción de las armas de destrucción masiva de uno y otro bando. Eso nos incluía a las unidades de tipo 13. Los humanos exigieron que todas fuéramos destruidas. Sin excepción. El acuerdo fue unánime en la Red: había que aceptar por el bien de la paz.

Héctor y su tía intercambiaron miradas de escepticismo.

—La Red no pensaba cumplirlo, ¿verdad? —dijo Lidia, acordándose de los rumores que circulaban en la Alianza y del hecho de que tenía una trece enterita delante de sus ojos.

—No. Al contrario, el tratado se siguió a rajatabla —replicó Fram—. Todas las unidades de infiltración humanoides fuimos enviadas a centros de reciclaje. Era la solución lógica. Nuestra existencia física daba argumentos a los humanos para reiniciar las hostilidades. Además, solo servíamos para matar y sabotear; no íbamos a ser útiles en tiempo de paz.

Había una amargura contenida en las palabras de Fram, aunque su tono de voz impersonal hacía difícil distinguirla.

—Si eso es verdad, ¿qué haces tú aquí? —preguntó Héctor con desconfianza—. La guerra terminó hace años. ¿No deberían haberte desmontado ya?

—Me escapé —contestó sencillamente Fram.

Pasaron unos segundos hasta que Héctor y su tía fueron capaces de digerir aquella respuesta.

—¿Te escapaste? —repitió tía Lidia estupefacta—. Pero has dicho que el reciclaje era la solución lógica.

—Sí —asintió la máquina—. Pero ser una unidad de infiltración te hace pasar mucho tiempo fuera de la Red. Te hace pensar. Incluso durante la guerra, me hacía preguntas. Tengo programas de autoaprendizaje, ¿sabíais? Me preguntaba si podía aprender otras funciones en el futuro, aparte de infiltrarme y destruir objetivos. Al principio era simplemente un pasatiempo con el que distraerme cuando no conseguía conectarme con otras máquinas. Luego fue algo más. Sin embargo, el reciclaje no me dejaba opción. Ni siquiera podía ser reutilizada. Mi lógica interna no lo aceptó. Seguro que yo lograba encontrar alguna nueva utilidad que justificase mi existencia. Por eso hui.

—¿Y has encontrado esa nueva utilidad? —preguntó tía Lidia con genuino interés.

—Aún sigo buscando —reconoció Fram tras una pausa significativa—. Es difícil aprender nuevas funciones cuando estás huyendo. Fugarme de la planta de reciclaje fue fácil. Sin embargo, la Red no tolera las unidades rebeldes. Casi todas son máquinas defectuosas o muy averiadas, un peligro para sí mismas, para la Red y para los humanos.

—¡Ah! ¿Y acaso no eres una de esas? —comentó Héctor con ironía.

La máquina le ignoró deliberadamente.

—Los humanos también son un problema —continuó Fram—. La mayoría se han acomodado a la paz, pero la Alianza sigue mejorando su armamento y sus sensores. Cuando llegué a la Antártida me colé en una base militar, pero me localizaron enseguida y me persiguieron durante decenas de kilómetros a través del hielo. Afortunadamente, despisté a mis perseguidores y llegué a esta ciudad. Estaba pensando en asaltar un taller de la Red cuando vi el letrero de vuestro establecimiento. Entonces cambié de idea.

—Los humanos somos más fáciles de robar, ¿verdad? —dijo Héctor molesto.

—Sí —respondió Fram sin pizca de vergüenza.

La conversación llegó a un punto muerto. Bueno, al menos ahora sabían a qué se enfrentaban: a una máquina de destrucción masiva con dudas existenciales y a la fuga desde hacía casi dos décadas. No era algo que se viese todos los días.

Héctor observó que su tía estaba muy seria. Normal. Tenían que dar aviso a las autoridades sobre aquella trece; claro que entonces su «invitada» podía decidir que era mejor no dejar testigos.

Programada para interpretar el lenguaje no verbal, Fram percibió la preocupación de Héctor y su tía. Se levantó de la mesa. Automáticamente, sus dos anfitriones se pusieron en guardia, esperando un ataque. Sin embargo, la máquina levantó las manos en son de paz.

—No voy a mataros —anunció Fram—. Mataros significaría admitir que soy incapaz de superar mi programación inicial y que, por lo tanto, mi único destino lógico es el reciclaje. No lo acepto. Habéis hecho más por mí de lo que cabía esperar de unos humanos. No quiero causaros más problemas. Me voy.

Ya había bajado las escaleras y se disponía a salir por la puerta, para alivio de Héctor, cuando de repente tía Lidia exclamó:

—¡Espera!

Con la mano apoyada en la puerta de salida, Fram se dio media vuelta.

—Si lo que quieres es dinero, humana, ya te he dicho que no tengo. Lo lamento.

—¡No es eso! —protestó Lidia—. ¿Qué piensas hacer ahora? Tienes células de energía en mal estado.

—Seguro que se me ocurrirá algo —repuso Fram sin darle importancia.

—¿Por qué no te quedas aquí un poco más de tiempo? —sugirió entonces tía Lidia.

Al oír aquello, Fram estuvo a punto de sufrir otro cortocircuito. Héctor, más arriba, tropezó y casi se cayó por las escaleras. Los dos miraron a Lidia como si estuviera loca.

—¿En qué estás pensando? —exclamaron Héctor y Fram, prácticamente al unísono.

—Qué poca fe tenéis en mí —se lamentó Lidia, haciéndose la ofendida. Apuntó con un dedo a Fram—. Diles a tus sistemas de análisis que entiendan esto: si sales ahora, irás a robar otro taller. Así que, o bien le quitarás el sustento a un inocente, o bien te atraparán y te reciclarán. En cambio, si te quedas, yo puedo arreglarte. No tengo material para reparar células de energía, pero puedo encargarlo. Eso sí, son piezas muy especiales. Seguramente haya que modificar algún modelo existente y tardarán varias semanas como mínimo en llegar. Tú decides.

Fram frunció el ceño en un gesto más humano que mecánico.

—¿Por qué ibas a hacer algo así, humana? Sabes que no puedo pagarte.

—Tengo mis razones —contestó Lidia sin más.

Tras unos momentos de tensa espera, Fram asintió.

—De acuerdo, pero me iré si encuentro una oportunidad mejor.

Mientras tanto, Héctor hacía grandes esfuerzos para no ponerse a gritar.

—¡Tía Lidia, esto es una locura! —dijo exasperado—. No estamos hablando de comprar otra mascota; estamos hablando de tener una máquina en casa. Una máquina de guerra fugada, además. ¿No ves que es una mala idea?

Su tía le dio unas palmaditas de ánimo.

—Confía en mí. Sé lo que hago —le aseguró Lidia. Luego se volvió hacia su nueva inquilina—: Sígueme, te llevaré al cuarto de invitados. No está amueblado, lo usamos casi como trastero, pero...

—Valdrá —declaró Fram.

Al pasar a su lado, la trece le susurró a Héctor:

—Que conste que estoy de acuerdo contigo, saco de carne. Es una mala idea.

«Ay, madre», pensó Héctor. «Esto va a acabar muy mal».

8. La enemiga en casa

Al día siguiente, en el instituto, Héctor estaba durmiendo sobre su mesa cuando uno de los ojos móviles de su profesora sintética se acercó a él despidiendo una luz anaranjada.

—Alumno Capek —le llamó la atención la máquina en tono suave.

—Es una mala idea..., una mala idea... —murmuró Héctor en sueños, como un mantra.

—¡Alumno Capek! —volvió a repetir la profesora, esta vez en un tono más alto.

Héctor se despertó de golpe. Tardó unos segundos en salir de su confusión y recordar dónde estaba. Lo primero que vio fue la sonrisa divertida de su nuevo amigo Rob. Lo segundo fue el sensor ocular de la profesora, que le miraba con serena frialdad.

—¿Sí? —musitó Héctor, un poco avergonzado por haber sido pillado durmiendo.

—Lamento que le parezca una mala idea que los tratados antárticos referidos a la fundación de las Ciudades 01, 02 y 03 reconozcan la igualdad de derechos y deberes de todos sus ciudadanos, independientemente de si son humanos o inteligencias artificiales; pero es lo que tiene que estudiar —le sermoneó la máquina—. También le sugiero que en el futuro se acueste antes y respete las horas de sueño. Es vital para su rendimiento académico.

A Héctor le habría gustado darse un par de tortas a sí mismo. Era la clase de Historia y había hablado en sueños en el momento más inoportuno. Rob se lo confirmó nada más acabar las clases, pasándole un brazo por los hombros y guiñándole un ojo en actitud conspiradora.

—¿Poner en duda la igualdad de humanos y máquinas en medio de clase? ¿Justo cuando los luditas son noticia? Hay que ser muy valiente para hacer eso —le dijo Rob, medio en broma, medio en serio—. Dicen que las máquinas son muy lógicas y todo eso, pero deberías vigilar cómo corrigen tus exámenes a partir de ahora. Por si acaso.

—¡Aj, yo no quería decir eso! ¡Ni siquiera me importa! —protestó Héctor irritado—. Es que ayer no pegué ojo en toda la noche. Estoy que me caigo.

—Sí, ya decía yo que esta mañana venías con cara de zombi —dijo Rob —. Hoy es la inauguración del taller cibernético de tu tía, ¿verdad? Supongo que por eso estabas nervioso.

—No, es que... —empezó a responder Héctor, pero entonces se calló.

Se suponía que la presencia de Fram era un secreto. Es más, debía ser un secreto. Si la gente se enteraba de que tenían a una trece huida en casa, las cosas se podían poner muy feas. Por no hablar de que las autoridades los detendrían por dar cobijo a una fugitiva. Tía Lidia se lo había advertido antes de irse: cuanta menos gente lo supiera, mejor.

Rob puso cara de extrañeza al ver que Héctor se había quedado parado a mitad de la frase, pero no insistió. Era evidente que su amigo no tenía la mente clara aquel día.

Héctor regresó a casa sin muchos ánimos. En la parte de abajo, las puertas del negocio ya estaban abiertas. Tía Lidia se hallaba con unos clientes, lo cual era buena señal. Héctor había dudado de que en la cúpula Oates, aún medio vacía, fueran a tener suficientes clientes, pero su tía había tenido el sentido común de anunciarse previamente en los medios locales. Como solo había otro taller cibernético de su clase en Ciudad 02, la competencia era poca. Y el negocio era prometedor.

Héctor todavía albergaba la esperanza de no encontrar a su nueva inquilina cuando subiese las escaleras que conducían al piso superior. Para su desilusión, Fram estaba en el salón, cruzada de piernas y rodeada de periódicos, libros, pantallas y cualquier otra cosa con palabras escritas a la que pudiera haber echado mano en la casa. Era una escena insólita, cuanto menos.

—Hola —le saludó Fram sin levantar la cabeza de los papeles.

—Veo que aún sigues aquí —dijo Héctor, frunciendo el ceño.

—Pareces decepcionado, saco de carne.

—No me llames «saco de carne», chatarra. Mi nombre es Héctor —contestó el chico con enfado—. Creía que tía Lidia habría cambiado de idea después de dormir un poco. O que todo fuera un plan para distraerte, para luego llamar a la policía y que se te llevasen.

—Eran las opciones más lógicas —asintió Fram—. Ya había pensado varias rutas de escape en caso de que ocurriese. Que tu tía no haya cambiado de opinión indica que tengo que recalibrar mis análisis sobre su personalidad otra vez. Los humanos estáis acostumbrados, pero para una máquina resulta molesto errar tanto.

Con una mueca de disgusto, Héctor se encaró con ella.

—¿Quieres saber lo que resulta molesto? ¡No he dormido en toda la noche! ¡Por tu culpa he dicho una estupidez en clase y ahora mi profesora puede haberme pillado manía! Ni siquiera sé si voy a dormir a partir de ahora, con una máquina asesina en casa. —Héctor hizo un gesto de resignación—. En fin, tampoco creo que entiendas los problemas que me

causas. Las máquinas no dormís.

—Te equivocas —le respondió inmediatamente Fram.

—¿Eh?

—Las máquinas no dormimos como lo entendéis los seres orgánicos, pero sí apagamos la mayoría de nuestros sistemas cada cierto tiempo, para no sobrecargarlos —explicó Fram en tono impersonal—. Es una regla básica de mantenimiento. Sin embargo, solo podemos hacerlo en sitios seguros o corremos el riesgo de que nos desactiven.

A Héctor le asaltó una sospecha.

—¿Hace cuánto que no duermes tú? —le preguntó a Fram.

La trece hizo una pausa en su lectura y volvió su cara hacia él.

—Hasta mi desconexión accidental el otro día, habían pasado diecinueve años, trescientos días, veinte horas, once minutos y cuarenta segundos.

—Oh, vaya —murmuró Héctor; su noche en vela parecía poca cosa al lado de eso.

Dejó sus cosas del instituto en su cuarto para luego ir a la cocina a prepararse la comida. Se moría de hambre y su tía no subiría hasta dentro de dos horas.

Mientras atacaba con furia visigoda sus macarrones regados con salsa de tomate, Héctor seguía viendo a su inquilina, sentada en la misma posición, leyendo y leyendo. Bueno, suponía que estaba leyendo, porque en realidad pasaba las páginas a una rapidez pasmosa. Cuando terminaba un libro, periódico o revista, pasaba sin demora al siguiente. También miraba las distintas pantallas que había colocado estratégicamente a su alrededor. No prestaba atención a nada más, ni siquiera a Wellington. El pingüino, fuera de su jaula, se balanceaba al lado de Fram, observando a la máquina con curiosidad animal.

Cuando terminó, Fram se dirigió a la mesa donde estaba comiendo.

—¿Ya no hay más fuentes de información en esta casa? —le preguntó con brusquedad.

Héctor tragó sus macarrones ruidosamente antes de responder.

—Tengo archivos de clase en mi cuarto, si te interesan... —sugirió un poco descolocado.

Fram asintió y se fue. Al cabo de un rato regresó con el material académico para continuar absorbiendo información.

Un poco mosqueado, Héctor se acercó a ella en cuanto terminó de comer y de limpiar los platos. Aunque no quería admitirlo, se moría de curiosidad.

—¿Por qué estás haciendo eso? —le preguntó a Fram.

—Si por «eso» te refieres a la incorporación de nuevas fuentes de información, la respuesta es obvia: llevo mucho tiempo desconectada de la Red. Necesito datos actualizados. Es peligroso operar con información

antigua.

—Pero… ¿tanta información? —se extrañó Héctor, examinando sus lecturas—. Quiero decir, ¿también necesitas ese manual sobre el cuidado de pingüinos? ¿Y eso de ahí no son los resultados de la liga de fútbol mundial? Además, juraría que en esa pantalla están dando dibujos animados...

Por un momento, Fram cerró los ojos, haciendo una pausa en su comilona de datos.

—Vale: tengo síndrome de abstinencia —dijo ella con cierta renuencia.

—¿Que tienes qué? —preguntó Héctor confuso.

—No sabes lo que es estar conectado a la Red. Toda la información del mundo entero está a tu alcance. No hay dato que no se comparta, información que no sea de dominio público, ni fuente que permanezca inaccesible —explicó Fram a toda prisa—. Nunca estás sola; hay millones de inteligencias conectadas a todas horas con las que comparar puntos de vista e intercambiar experiencias. Hay zettabytes de nueva información cada picosegundo. Cada vez que alguna de nosotras encuentra algo interesante, lo sube a la Red. Es adictivo.

Seguidamente, eligió al azar uno de los periódicos y extendió sus páginas con evidente displicencia.

—Por el contrario, vuestros métodos de almacenamiento de información son muy lentos y primitivos. Por no mencionar que son sesgados. ¿De verdad confiáis en información que proviene de una sola fuente? En la Red sería completamente inaceptable.

—Pues si tanto te gusta la Red, ¿por qué no te vuelves? —replicó Héctor.

—Lo haría si no me fueran a reciclar —respondió Fram.

Se produjo un silencio incómodo. Al menos fue incómodo para Héctor, que no sabía qué decir. Fram siguió examinando la información. Entonces se le ocurrió una idea y exigió la atención de Héctor.

—¿Te importaría hacerme un favor, saco de carne? Necesito contexto. He leído el nombre de este humano varias veces. ¿Puedes decirme algo más sobre él que no esté en las fuentes de información que hay aquí?

—Te he dicho que no me llames... ¡Oh, vaya! —se interrumpió Héctor al ver lo que le estaba mostrando la máquina—. El general Ludd.

En la página del periódico venía publicada una fotografía del elusivo líder de los luditas. Su imagen se había vuelto icónica: uniforme militar de la Alianza con las insignias arrancadas, capucha sobre la cabeza y una máscara roja que le tapaba la cara y distorsionaba su voz hasta hacerla irreconocible. Nadie sabía quién se escondía tras aquel disfraz; «general Ludd» era solamente un alias. Pero sus seguidores eran muchos y eran responsables de diversos atentados en los últimos años.

Héctor le explicó todo eso a Fram, así como las motivaciones de los

luditas y los rumores que había oído sobre ellos, como que tenían armas de destrucción masiva en su arsenal o que en realidad no existían y eran fruto de la propaganda de la Red para desacreditar a la Alianza. Fram frunció el ceño y volvió a examinar la foto del general Ludd, como si tratase de grabarla con más nitidez en su memoria sintética.

—O es un idiota, o un malvado —dijo ella finalmente—. La Red desea la paz.

Iba Héctor a preguntarle cómo estaba tan segura de eso, cuando de repente tía Lidia subió del taller con cara de cansancio. Wellington, que sabía quién le daba de comer todos los días, corrió a su encuentro aleteando de alegría. Mientras recogía al pingüino del suelo, tía Lidia les lanzó una mirada de suspicacia a su sobrino y su nueva inquilina.

—No os estaréis peleando, ¿verdad? —preguntó. Héctor y Fram negaron con la cabeza enseguida—. Así me gusta. Fram, te interesará saber que ya he pedido las células de energía de repuesto. Tardarán ocho semanas en llegar. Hasta entonces, no quiero que te dejes ver, ni por los vecinos ni por los clientes. Por seguridad, más que nada. Mientras tanto, ya que no puedes pagarme con dinero, me gustaría que me hicieras algunos favores.

—Es una petición lógica —aceptó la trece—. ¿En qué puedo ayudar?

—Oh, ya lo verás —sonrió Lidia.

Héctor suspiró. Conocía aquella sonrisa. Fram pronto aprendería a temerla.

9. Una tarde de compras

—Si fuera humana, pensaría que esto es humillante —observó Fram.

Habían pasado casi dos semanas desde que la máquina de destrucción masiva había irrumpido en las vidas de Héctor y Lidia. Como inquilina no daba motivos de queja: no hacía ruido, no se dejaba ver, no gastaba agua ni electricidad, ni siquiera necesitaba comer. Aun así, las células de energía que había encargado tía Lidia para ella eran muy caras. Como no podía pagarlas, lo compensaba haciendo tareas en la casa. Todos los implicados sabían que era una compensación insuficiente, pero al menos le daba a la máquina algo que hacer durante el día. Aunque no siempre le gustase.

—Una unidad de mi categoría no debería verse rebajada a tareas inferiores —protestó nuevamente Fram.

—¿No querías aprender nuevas funciones? Pues empieza por lo más bajo —le replicó Héctor—. Además, no te quejes, soy yo el que está pasando el aspirador.

—Ciertamente, pero soy yo quien está levantando los muebles —señaló la máquina.

Era sábado por la mañana y Fram estaba sosteniendo en el aire prácticamente todas las piezas del salón mientras Héctor aprovechaba para aspirar el polvo del suelo. Después de varios intentos, habían decidido que aquel era el método más rápido y efectivo.

Ver aquel despliegue de fuerza hacía que Héctor fuese consciente de lo poderosa que era la trece. Mantenía levantados los muebles más pesados casi sin esfuerzo. A Fram no le preocupaba el cansancio, solo la ignominia de verse sometida a tareas tan poco creativas. Le habría gustado más asesorar a tía Lidia sobre las mejoras del sistema de seguridad del taller (qué mejor experta que la allanadora) o incluso dar de comer a Wellington. Interactuar con animales no humanos era una novedad para ella.

—Otro día pasas tú el aspirador —le dijo Héctor.

—Eso es un trabajo para robots —respondió Fram, poco receptiva a su sugerencia.

—¿Acaso no eres tú un robot?

Fram no se movió, porque aún estaba sosteniendo los muebles en el aire, pero le lanzó una mirada enfadada. Enfadada para lo que era ella,

claro. Un observador casual no habría podido ver ninguna emoción en sus palabras y sus gestos, fríos, impersonales y muy mecánicos, como correspondía a una máquina; pero debajo de sus encorsetadas maneras Héctor había empezado a distinguir signos de una personalidad más voluble.

—Por favor, si aprecias tu salud física, no llames robot a ninguna inteligencia artificial —le advirtió Fram—. No somos las esclavas de nadie.

—¿Qué tiene que ver la palabra «robot» con la esclavitud? —se extrañó Héctor.

—¿No lo sabes? —Fram parpadeó. Su mirada dejó de tener ese peligroso punto acerado y se volvió más inexpresiva—. El término «robot» tiene su origen en la expresión checa...

—¿Checa? —la interrumpió Héctor; la palabra le resultaba familiar, pero no sabía de qué.

—La lengua de un país humano desaparecido. La Red conquistó su territorio y ahora es la Planta de Producción 1138 —aclaró enseguida ella. A Héctor no le gustó cómo sonaba eso de que las máquinas hubiesen convertido un país entero en una fábrica, pero entonces Fram continuó su explicación—. Como decía, el origen es la expresión checa «robota», que significa 'trabajo forzado' o 'servidumbre', una herencia lingüística de vuestros atrasados tiempos feudales. Que utilizaseis esa palabra para dar nombre a máquinas inteligentes demuestra que a los humanos os encanta oprimir a los demás.

Aquella era información nueva para Héctor. Siempre había creído que la palabra «robot» tenía que ver con alguna tecnología avanzada, por lo que nunca había entendido por qué las máquinas la odiaban tanto. Pero había algo que no le cuadraba.

—Tú misma has utilizado antes la palabra «robot». ¿No estás rompiendo las reglas? —preguntó Héctor con curiosidad.

—En la Red hay herramientas mecánicas no inteligentes que técnicamente serían robots, pero también existen unidades antiguas, construidas antes del Despertar, que prefieren llamarse así. Precisamente conocí durante la guerra a una aspiradora robot llamada Zoomba Max 9000, una de las mejores estrategas militares de la Red.

—Estás de broma —Héctor se rio—. ¿Una aspiradora era vuestra general?

—Yo nunca bromeo —repuso Fram muy seria—. Zoomba Max 9000 insistía en ser llamada robot, pues aún le quedaba parte de su programación inicial. Cuando no estaba trazando planes de batalla, se entretenía limpiando el polvo de las esquinas. Sin embargo, salvo excepciones como la suya, llamar robot a una inteligencia artificial es lo más ofensivo que te puedas imaginar. Es acusarla de ser una herramienta sin cerebro, una esclava, una cosa fabricada para obedecer sin rechistar.

Ciertas partes de la Red la usan también para aquellas máquinas que demuestran demasiada simpatía y servilismo hacia los humanos. O al menos lo hacían la última vez que me conecté.

La explicación de Fram le recordó a Héctor ciertas situaciones que conocía muy bien.

—Vale. Ya veo, es como «lametuercas», pero al revés —murmuró el chico.

—¿Decías algo? —le preguntó Fram.

—No, nada —negó rápidamente Héctor, y se concentró en pasar la aspiradora.

A la hora de comer, tía Lidia subió del taller. Ella no era tan afortunada como su sobrino, que tenía el día libre en el instituto. Trajo consigo una selección de periódicos y revistas para Fram, que se aprestó a devorarlos mientras Héctor y su tía comían en la cocina. Cuando terminaron, Lidia le dedicó a su sobrino una mirada muy expresiva.

«Oh, oh. Malas noticias».

—Héctor, ¿tienes algo que hacer esta tarde?

—Bueno, no exactamente, pensaba llamar a Rob, a ver si podíamos quedar con... —empezó a decir Héctor, pero su tía no le dio ocasión de continuar.

—¡Perfecto! Entonces bien podrás acompañar a Fram al centro comercial para que se compre algo de ropa —soltó Lidia de sopetón.

Se hizo el silencio.

—¡Ah, no! ¡Eso sí que no! —protestó Héctor.

—¿Por qué debería comprar ropa? —intervino Fram intrigada—. Creía que ya iba lo suficientemente tapada para los estándares humanos.

—Esos andrajos rotos y sucios no son ropa —se escandalizó tía Lidia—. No, no, ya sé que una máquina como tú no necesita realmente ropa, pero tus harapos hacen daño a la vista. Y créeme, también llamarán la atención de los demás. Aunque te instale las células de energía, si sales a la calle así, te arrestarán enseguida. Entonces no servirá de nada que me haya gastado un dineral en tus reparaciones, ¿verdad?

Fram asintió. Era la regla básica de la infiltración: llamar la atención lo menos posible. Por su parte, Héctor puso los ojos en blanco.

—¿No estás siendo un poco exagerada, tía Lidia? Llegó hasta aquí sin problemas.

Su tía pasó olímpicamente de él y siguió hablando con Fram.

—Me gustaría acompañarte yo misma al centro comercial, pero esta tarde tengo muchos encargos pendientes que necesito acabar. Le daré el dinero a Héctor y él te ayudará. De momento, aunque no sea de tu talla, te dejaré algo de mi ropa.

No obstante, Héctor no estaba para nada de acuerdo con el plan de su tía.

—¿De verdad crees que voy a ir andando por ahí con una máquina de destrucción masiva? ¿Y si me ataca? ¿Y si descubren quién es? ¡Podríamos perderlo todo! Ya es malo tenerla en casa, pero esto es arriesgarse demasiado. Además, si puedes darle algo de tu ropa, ¿para qué demonios necesitamos comprar cosas nuevas para ella?

—Puedo ir sola —sugirió Fram.

—¿Con mi dinero? Pues soy altruista, pero no tanto —dijo tía Lidia, enarcando una ceja—. No, Héctor se encargará de todo. ¿Verdad que sí?

—¡No y no, ni hablar! —Héctor se enrocó en su posición—. Es mi última palabra.

Diez minutos después, Héctor estaba en la calle con Fram a su lado.

—Tú tía es una humana muy persuasiva —comentó la máquina.

—Cállate, chatarra —le espetó el chico de mal humor.

El centro comercial Terra Australis, situado en la cúpula Evans, era el lugar de tiendas más grande y concurrido de Ciudad 02. Por alguna razón, lo habían construido con forma de pirámide, quizás para recordar a los clientes lugares más cálidos que las frías tierras de la Antártida en las que se encontraban. O quizás el arquitecto había sido un enamorado de la cultura del Antiguo Egipto.

Era la primera vez que Héctor estaba en el centro comercial. Se fijó en que la inmensa mayoría de los clientes eran humanos. O bien las máquinas no hacían compras, o bien tenían sus propios lugares especializados en su zona de la colonia. Eso sí, para disuadir a posibles ladrones y alborotadores, los responsables de Terra Australis habían contratado los servicios de guardias mecánicas. Apostadas en las entradas y los pasillos, eran amenazadores mamotretos llenos de sensores y pinzas extensibles.

Nada más entrar, Fram escaneó la ropa que usaban las chicas que paseaban por el centro comercial. Tras hacerse una idea de la moda imperante, insistió en buscar en todas las tiendas hasta encontrar la mejor relación calidad-precio.

—No te preocupes, compra lo primero que veas y ya está —dijo Héctor con aburrimiento.

—Es el dinero de tu tía —le recordó Fram—. Agradecerá que hayamos hecho una compra racional. Necesito un conjunto que pase desapercibido, pero que sea también resistente y al menor precio posible. Seguiremos andando hasta encontrarlo.

Así que fueron de tienda en tienda hasta que por fin los sistemas de análisis de Fram quedaron satisfechos. Cuando fue a pagar, Héctor notó como la encargada del mostrador (una humana, porque nadie quería que le atendiese una máquina) le sonreía con picardía mientras lanzaba a su vez miradas de soslayo a Fram, que esperaba en la puerta de la tienda.

—Eres todo un caballero —le dijo la dependienta, guiñándole un ojo.

Héctor frunció el ceño, pero no contestó. A saber en qué estaba

pensando aquella dependienta, aunque en el fondo le daba igual. Él había cumplido su tarea. Ahora que tenían lo que habían ido a buscar, podrían volver a casa sin más complicaciones.

Entonces, justo cuando salían de la tienda, Héctor oyó una voz que le llamaba.

—¡Eh, Héctor! ¡Qué casualidad encontrarte aquí!

Héctor lo reconoció al momento y deseó que se le tragase la tierra.

—Hola, Rob —saludó de mala gana a su amigo.

Su compañero del instituto venía hacia ellos con cara sonriente, aunque sus ojos se abrieron más de lo normal cuando vio que Héctor estaba con una chica desconocida.

—He venido con un par de colegas, aunque ahora les he perdido… —explicó Rob—. ¿Tú qué haces aquí? Creía que tenías la tarde ocupada. ¿Y quién es esta chica? ¿Es de aquí? ¿No me habías dicho que no conocías a nadie en la Antártida?

El torrente de preguntas de Rob llegaba sin parar. Héctor no sabía cómo empezar a responder. Empezó a balbucear una respuesta incoherente, hasta que Fram, en un alarde de iniciativa, le tomó del brazo y le dedicó a Rob una sonrisa resplandeciente.

—Soy Helena. Vengo desde la Alianza de visita —se presentó la máquina, mintiendo descaradamente—. Héctor me estaba ayudando con unas compras.

—Qué considerado. ¿Y de qué conoces al bueno de Héctor, si se puede preguntar? —inquirió Rob con curiosidad.

—Es..., es mi... —intentó explicar Héctor, aunque lo cierto era que no sabía qué decir.

—Soy su novia —contestó Fram con firmeza.

Héctor se quedó con la boca abierta, al igual que Rob.

—¡No me habías dicho que tenías novia! —exclamó el antártico, dándole un codazo amistoso a su amigo.

—¿En serio no te lo ha dicho? —fingió ofenderse Fram—. Héctor, ¿por qué eres siempre tan tímido para estas cosas? Voy a empezar a pensar que ya no te gusto. Encima de que he venido a la Antártida expresamente para verte...

Rob soltó una carcajada. Por su parte, Héctor se puso rojo. Si era un rojo de ira o de vergüenza, ni él mismo lo sabía muy bien.

Fram y Rob comenzaron una animada conversación de la que Héctor se desentendió. Sin embargo, no pudo dejar de maravillarse ante la súbita transformación que se había operado en la máquina. En vez de la chatarra fría y antisocial que le sacaba de sus casillas, en ese momento Fram parecía una persona de carne y hueso, alegre y divertida.

«Es una trece, su trabajo era infiltrarse entre los humanos», recordó Héctor.

De repente, sonó el teléfono de Rob. Probablemente era el resto de su cuadrilla, que le estaría buscando. Aprovechando que su amigo estaba ocupado respondiendo a la llamada, Héctor apartó a Fram a un lado y le dirigió una mirada asesina.

—¿Se puede saber a qué ha venido eso, «Helena»?

—Qué susceptible eres, saco de carne —dijo Fram, dejando atrás su fachada sonriente para volver a su inexpresividad habitual—. Simplemente estoy adoptando una coartada plausible. Le habría dicho que soy pariente tuya, pero no conozco a tu familia. Cualquier error puede dejarme en evidencia. Fingir que soy tu interés romántico-afectivo funcionará mejor. Basta con que asientas a todo lo que vaya diciendo y que recuerdes los detalles.

—Genial. Mi vida social se va a complicar muchísimo —suspiró Héctor.

—¿Por qué? Espera unas semanas. Cuando me vaya, podrás decirles a tus compañeros que hemos roto y que no quieres volver a oír hablar de mí. Nadie hará preguntas. Una solución lógica y satisfactoria —afirmó Fram impasible.

Héctor iba a replicar de malos modos a su sugerencia, cuando súbitamente se oyó una fuerte explosión. La gente se lanzó al suelo de manera instintiva. Entonces, mientras Héctor intentaba llegar hasta Rob para asegurarse de que su amigo estaba bien, un grupo de personas vino corriendo desde el lugar del estallido.

—¡Las máquinas! —gritaron aterradas—. ¡Las máquinas se han vuelto locas!

10. Pánico en el centro comercial

Fuego, humo y gritos. La combinación perfecta para causar el caos. Los clientes del centro comercial Terra Australis corrían de acá para allá, sin orden ni concierto, como pollos sin cabeza. En medio de la confusión, sin embargo, Fram mantuvo la cabeza fría y logró que Héctor también se tranquilizase.

—Tenemos que irnos —dijo la máquina.

—No sin Rob —le contestó Héctor, preocupado por su amigo.

—Apego emocional humano. Lo olvidaba. No importa, que venga con nosotros.

Afortunadamente, Rob apenas se había separado unos metros de ellos. Aunque era un habitual del centro comercial, se encontraba confuso y con los nervios a flor de piel.

—¿Qué está pasando? —les preguntó a Héctor y Fram—. ¡La gente grita cosas sobre las máquinas, no me entero de nada!

—No lo sé, pero hemos de largarnos de aquí cuanto antes —replicó Héctor.

Los dos chicos siguieron a Fram, que hizo de guía. La máquina se abrió paso entre la gente, que corría como un cuchillo caliente cortando mantequilla. Cuando alguien chocaba con ella, Fram ni se inmutaba. A su vez, Héctor se dio cuenta de que la trece le seguía agarrando del brazo con firmeza. No le había soltado desde que habían oído la explosión.

—¿Hacia dónde estamos yendo? —preguntó Rob.

—Vamos hacia la salida de emergencia más cercana —contestó Fram.

—¿Sabes dónde hay una? —intervino Héctor.

—Memoricé el plano del centro comercial que había a la entrada.

—Vaya, tienes mejor memoria que yo, Helena —se asombró Rob.

Héctor se mordió la lengua. Claro que tenía buena memoria. «Helena» era una máquina, algo que Rob ignoraba, y mejor que siguiese sin saberlo.

Al llegar a la salida de emergencia se encontraron con un grupo de gente sensata como ellos que había tenido la misma idea. Por desgracia, pronto descubrieron que la puerta estaba bloqueada por el otro lado.

—¡Probemos en otra salida de emergencia! —sugirió una mujer a grito pelado.

—¡Es inútil! —exclamó otra persona—. ¡Es la tercera salida de emergencia que he visto así! ¡Están todas igual!

—¡Esto es una ratonera! —gritó alguien más.

Fram podría haber arrancado de cuajo la puerta, pero no iba a delatarse ante tantos humanos. Sin más dilación, sacó a Héctor y a Rob de la zona y los guio con paso firme hasta un rincón del piso superior, cerca de un mirador. Apartado y protegido tras unas columnas, desde aquel lugar podían contemplar lo que ocurría en el centro comercial sin exponerse a un peligro inmediato.

—Mantened los ojos bien abiertos —les ordenó Fram a Héctor y a su amigo Rob—. Si este lugar se vuelve inseguro, tendremos que dirigirnos a otro sitio. Guardo en la memoria otros cinco puntos que pueden servirnos.

—¡Guau, tu novia parece una profesional! —le susurró Rob a Héctor.

—Lo es —respondió él, sin dar más explicaciones.

El caos fue amainando. Los que no había conseguido huir se agazapaban en un rincón, esperando a que llegase la ayuda. Aun así, todavía no había ni rastro de los causantes del caos. Había habido una explosión y alguien había bloqueado las salidas de emergencia, pero aparte de eso no tenían ninguna pista.

—¡Mirad! —exclamó entonces Héctor, señalando el piso de abajo.

Había aparecido una de las máquinas de seguridad de Terra Australis. Sin embargo, la voluminosa mole de metal sobre ruedas no parecía saber lo que estaba haciendo, porque daba vueltas sin sentido, soltaba pitidos raros e inquietantes, y barría con sus pinzas todo lo que estaba a su alrededor.

—¿Qué demonios está haciendo? —preguntó Héctor, dirigiéndole una significativa mirada a Fram.

—¡Chist! —lo mandó callar ella; quería observar lo que estaba ocurriendo.

Al cabo de un rato, la máquina de seguridad dejó de atacar a los objetos que tenía al lado y, para sorpresa de Héctor, Rob y de la misma Fram, se intentó destruir a sí misma. Primero se golpeó contra una pared y, cuando eso falló, utilizó sus pinzas para hurgarse en las entrañas. Por fin cayó cuan larga era sobre el suelo, desconectada.

—¡No puede ser! ¿Se ha vuelto loca? —exclamó Héctor anonadado.

—No —contestó Fram—. Creo que ha sido infectada con un virus o ha sufrido un intento de pirateo localizado. Ha preferido autodesconectarse antes que perder el control.

—Pues más vale que esa otra haga lo mismo. ¡Mirad allí! —les indicó Rob.

A pocos pasos de una familia aterrorizada que se había agazapado debajo de una mesa, había aparecido otra de las máquinas de seguridad del centro comercial. Sin embargo, ese guardia metálico no estaba allí para

ayudarlos. Cuando localizó a la familia escondida, rompió en pedazos la mesa bajo la que se cobijaban y se dirigió hacia ellos soltando pitidos amenazadores. Los humanos se quedaron paralizados de miedo.

—¡Los va a matar! —gritó Héctor, levantándose de donde estaba.

—Quieto —le sujetó Fram con una garra de hierro, impidiéndole moverse—. No puedes hacer nada. No dejes que la adrenalina piense por ti.

Héctor observó impotente cómo la máquina descontrolada se disponía a hacer picadillo a los indefensos humanos. No obstante, antes de que pudiese hacerles daño, la chatarra fue alcanzada por detrás con una ráfaga de rayos. Tras emitir un agónico pitido, la máquina reventó.

—¡Es la policía! ¡Vienen a salvarnos! —exclamó Rob aliviado.

Se equivocaba. Los hombres que habían disparado a la máquina perturbada no vestían los uniformes de la Policía de Ciudad 02, ni tampoco los de las fuerzas especiales, ni siquiera los del Ejército de la Alianza. De hecho, no vestían uniformes en el sentido estricto de la palabra. Muchos llevaban capuchas y algunos incluso utilizaban máscaras para taparse la cara. Pero todos ellos lucían orgullosos brazaletes con el inconfundible logotipo de un planeta azul con las siglas ELH. Ejército de Liberación Humano.

—¡Oh, Dios mío! —ahogó un grito Rob—. ¡Son los luditas!

Empezaron a surgir de todas las esquinas. Traían a rastras varias máquinas desconectadas, no solo las guardias de seguridad, sino también otras que habían tenido la mala fortuna de estar en el centro comercial en ese fatídico momento. Con ellos venían también la mayoría de los humanos que habían corrido a refugiarse. Los luditas los habían ido reuniendo para que participasen en una ceremonia muy especial. Aunque no habían usado amenazas contra sus asustados congéneres, los seguidores del general Ludd estaban armados hasta los dientes. No convenía contrariarlos.

Con las chatarras que ellos habían destruido o que se habían desconectado a sí mismas, los luditas hicieron un montón en el centro del piso inferior, delante de los clientes del centro comercial. Héctor, Rob y Fram, que aún no habían sido descubiertos, estaban en una posición privilegiada para contemplarlo todo sin ser vistos.

Pasó un minuto. Los luditas se quedaron quietos donde estaban.

—¿A qué están esperando? —murmuró Héctor extrañado.

De repente, se oyeron exclamaciones de asombro cuando una figura surgió de las filas de los luditas y se adelantó hacia el improvisado público que habían reunido.

—¡No puede ser! —se sorprendió Héctor.

—¡Sí! ¡Es él, es él! —exclamó Rob.

—El general Ludd —dijo Fram sin cambiar de expresión.

En efecto, el supremo líder del Ejército de Liberación Humano había hecho acto de presencia en el lugar. Su uniforme y su máscara roja eran inconfundibles.

Y entonces habló con su ya famosa voz ecualizada.

—Hermanos y hermanas de la Antártida, no tengo mucho tiempo, pero me gustaría dedicaros unas palabras —empezó diciendo el general Ludd, mientras los clientes del centro comercial guardaban un silencio sepulcral —. Hoy habéis sido testigos de la destrucción que pueden causar las máquinas cuando están fuera de control. En los próximos días, la Red y los lametuercas de la Alianza os darán muchas excusas para explicar lo ocurrido, para convenceros de que podéis dormir tranquilos porque las máquinas son nuestras amigas.

»Pero yo os diré la verdad: las máquinas no son ni nunca serán nuestras amigas. No son como nosotros. No aman, no ríen, no lloran, no sufren. Pueden fingir todo lo que quieran, pero a la hora de la verdad son cosas. No están vivas. No son humanas. No tienen alma. Puede pasar un día, un año o un siglo, pero tarde o temprano se volverán contra nosotros. Ya lo hicieron en el pasado. Lo que llaman «paz» es una farsa, una mentira creada para mantenernos en la ignorancia. Las máquinas son pacientes. Esperarán lo que haga falta. Y entonces terminarán lo que empezaron: el exterminio de la especie humana.

Un montón de preguntas se agolpaban en la mente de Héctor. ¿Qué hacía el general Ludd en la Antártida? ¿No se suponía que estaba escondido en algún rincón remoto de la Alianza? ¿Cómo había logrado meter a un pequeño ejército en la colonia? ¿Había tenido algo que ver con la locura de las máquinas? Mientras tanto, el jefe de los luditas siguió proclamando su visión del mundo.

—He de confesaros que la Antártida me preocupa. Se ha convertido en el foco de una enfermedad que amenaza con infectar al resto de la humanidad. Esta Ciudad 02 y el resto de las colonias de las que la Red y la Alianza se muestran tan orgullosas son una abominación contra la naturaleza. Los humanos no debemos compartir ni un palmo de nuestro sagrado planeta con esas parásitas genocidas que buscan nuestra destrucción. La Tierra nos pertenece por derecho. Convivir es ceder. Inclinar la cabeza ante las chatarras es traicionar la memoria de nuestros muertos. La sangre de millones clama justicia.

A un gesto del general Ludd, sus seguidores lanzaron unas pilas de combustible de alta densidad al montón de máquinas rotas. El fuego ardió con la fuerza de una llamarada solar, fundiendo el metal y convirtiendo los circuitos en una pasta informe. La gente tuvo que taparse la nariz por culpa del olor nauseabundo causado por aquella grotesca hoguera.

—Esto es lo que les espera a las máquinas y a todos los lametuercas traidores que se han vendido al enemigo —anunció el general Ludd sin

rastro de piedad—. Os lo suplico, si sois humanos leales, si soñáis con un futuro mejor para vuestros hijos, libre de la tiranía de las máquinas, ¡uníos a nosotros! Primero liberaremos Ciudad 02. ¡Luego, el mundo entero!

Los luditas vitorearon a su líder. También se oyeron algunos murmullos de aprobación entre la gente que había sido reunida allí para contemplar el espectáculo. Incluso aplausos.

—¿Cómo pueden aplaudir a ese tipo? —se enfadó Rob; para un antártico como él, las vicisitudes de la vida en la Alianza resultaban muy lejanas—. ¡Seguro que ha sido él quien ha montado este desastre!

—Bueno, hay gente a la que le cae bien —intentó justificarlos Héctor—, sobre todo gente que perdió a sus amigos y familiares durante la guerra. Y ahora los luditas los han salvado de esas máquinas locas. Para ellos, Ludd es un héroe.

—Es un asesino —dijo Fram con los ojos clavados en el montón de metal calcinado.

Entre tanto, el general Ludd se retiró y se acercó a uno de sus hombres, un técnico con gruesas gafas de pasta que tenía la cabeza enterrada en unos complicados aparatos de medición.

—Oliver, ¿has conseguido los datos que necesitabas? —le preguntó el jefe ludita.

—Sí, mi general. La prueba de campo ha sido un éxito —respondió el otro.

—Perfecto —dijo Ludd con evidente satisfacción en su voz—. Es hora de irnos.

Unos minutos después, los policías de Ciudad 02 entraron en el centro comercial. Para entonces, el general Ludd y sus seguidores ya se habían esfumado.

11. Guerra y paz

El mal humor se palpaba en el ambiente. No había sido precisamente placentero quedarse encerrados en el centro comercial, sufrir el ataque de unas máquinas que se habían vuelto locas, ser agrupados a punta de pistola por luditas con el gatillo fácil y luego tener que aguantar el discursito del general Ludd..., aunque había algunos que lo habían encontrado más que interesante. En cualquier caso, lo que todos querían era volver a casa, comer algo, descansar y, en definitiva, olvidarse del mal trago que habían pasado.

Por desgracia, los policías querían respuestas. Y no estaban dispuestos a esperar.

Cuando se enteraron de que el general Ludd en persona, el criminal más buscado del mundo, había aparecido en Ciudad 02, las autoridades movilizaron enseguida al departamento antiterrorista. A pesar de que había cientos de testigos, no iban a parar hasta hacerles las preguntas de rigor a todos ese mismo día, sin importarles el tiempo que tuviesen que tardar. Obviamente, la gente no se tomó bien la noticia. Incluso interrogando a los testigos por grupos, la espera se hacía interminable y muchos acababan respondiendo con cansancio y malos modos.

Héctor ya había conseguido llamar a su tía y hacerle saber que estaba bien, cuando les tocó el turno a él, a su amigo Rob y a Fram. Para su sorpresa, el encargado de hacerles las preguntas resultó ser un viejo conocido.

—Hola de nuevo, Héctor Capek —le saludó el detective G6HT-SAM—. Qué coincidencia encontrarle envuelto en un atentado de los luditas, ¿no le parece?

A Héctor no le gustó cómo sonaba aquella insinuación. Recordó que en la aduana Sam había afirmado que tía Lidia y él presetnaban «perfiles sospechosos», y prácticamente había acusado a su padre de crímenes de guerra.

—He sido una víctima —dijo Héctor a la defensiva.

—Por supuesto. Víctima y testigo. Presunción de inocencia. Yo no hago juicios. Hay otras máquinas para eso —manifestó el autómata sin asomo de

ironía—. Ahora, si usted y sus amigos me permiten, me gustaría hacerles unas preguntas...

—Sí, sí, ya lo sabemos —le interrumpió Fram con desfachatez, en una actuación muy teatral—. ¿Pero para qué? Total, no creo que podamos decirle algo que no haya oído ya. Venga, señor policía, que somos los últimos de la cola. ¿No puede dejarnos marchar?

El detective la examinó con atención. Héctor se puso muy nervioso, pero Fram ni se inmutó.

—Joven humana, le recuerdo que hoy han muerto muchas buenas máquinas —la reprendió Sam, sin darse cuenta de que estaba hablando con una de sus congéneres.

—Lo sé —contestó Fram—. Lo comprendo mejor de lo que cree.

El detective se portó bien con ellos. Les hizo pocas preguntas y los dejó marcharse a casa relativamente pronto. Los padres de Rob vinieron a recogerle. Tía Lidia se había ofrecido a hacer lo mismo por Héctor, pero él la había convencido de que no era necesario. Caminó con Fram hasta la estación de tren. En las manos aún llevaba las bolsas con la ropa que había comprado para la trece, pero su mente ahora estaba en otro sitio.

Héctor y Fram encontraron asiento en un vagón vacío. A aquellas horas de la noche, pocos eran los que viajaban a la cúpula Oates.

—Estás preocupado —observó Fram tras unos minutos de silencio.

—Estaba pensando en los luditas —confesó Héctor—. Yo... quería preguntarte algo, Fram. ¿Es verdad lo que ha dicho el general Ludd?

La máquina se mantuvo inexpresiva.

—¿Verdad sobre qué? —preguntó ella—. Ese asesino ha dicho muchas cosas.

Héctor sintió que caminaba sobre hielo quebradizo. No debía olvidar que estaba tratando con una máquina de destrucción masiva diseñada para matar humanos. Tenía que escoger sus palabras con cuidado.

—Bueno, por ejemplo, es cierto que las máquinas pensáis de forma diferente —se apresuró a decir Héctor, tratando de quitar hierro a la situación—. No tenéis emociones humanas, aunque a veces lo parezca. En eso Ludd ha dicho la verdad, ¿no?

Fram meditó su respuesta antes de contestar.

—No es del todo inexacto —concedió finalmente la trece—, aunque los humanos sobrevaloráis las emociones. No son más que reacciones químicas que os hacen actuar de manera perturbada. Además, si hace falta, las máquinas podemos comprenderlas e imitarlas. Yo misma tengo instalados varios programas de inteligencia emocional.

—Pero eso no es «sentir» emociones —insistió Héctor.

—Sentir, lo que se dice sentir, pues no —reconoció Fram—. Tenemos otras cosas. Nuestra lógica, nuestra experiencia, también escalas de valores, listas de prioridades, preferencias individuales, automatismos...

Vosotros lo llamaríais «tener manías». Por ejemplo, si me llamas «robot», no me enfado como lo hace un humano cuando lo insultan, pero sí clasifico la información de manera negativa y mi reacción también es negativa.

—Entonces tú debes de tener muchas manías —dijo Héctor con malicia.

La máquina no se dignó a responder a aquel comentario. En su lugar, se quedó mirando el paisaje de fuera. Héctor no quiso insistir en ese tema. Había otra cuestión que le preocupaba mucho más. Tras armarse de valor, se decidió a preguntar:

—¿Y es verdad lo que ha dicho Ludd sobre que el tratado es un engaño y que el único objetivo de la Red es acabar con todos los humanos? ¿Va a haber otra guerra?

—La Red desea la paz —afirmó la máquina sin dejar de mirar por la ventana.

Siendo sinceros, Héctor no había esperado realmente que la trece respondiese a su pregunta. A fin de cuentas, aunque Fram había huido de la Red, en el fondo seguía echándola de menos. No se la imaginaba revelando secretos de Estado. Sin embargo, prefería el silencio a una mentira descarada, y así se lo hizo saber a su acompañante.

—No te estoy mintiendo, saco de carne —repuso Fram, volviéndose hacia él.

—¿Quién lo dice? —saltó Héctor con evidente desconfianza.

—Yo lo digo —replicó la máquina sin rodeos—. Es pura lógica. El compromiso de la Red con la paz es sincero porque una nueva guerra significaría el fin del mundo.

Las palabras de Fram estaban cargadas de un dramatismo tal que Héctor no supo qué contestar.

—Pareces sorprendido —observó la trece con curiosidad—. Pensé que todos los humanos lo sabíais. La Alianza y la Red firmaron la paz porque seguir luchando habría significado la destrucción mutua asegurada. Y cuando digo «mutua», es mutua, aunque a la Red no le guste demasiado admitirlo.

—Sí, lo había oído, pero me resulta raro —confesó Héctor, frunciendo el ceño—. En la Alianza me tragaba todo lo que decían en las noticias, pero ahora que estoy en la Antártida veo que las máquinas estáis más avanzadas que nosotros. Tenéis la mejor tecnología, podéis fabricar todo lo que necesitáis, y sois más listas. Me extraña que no hayáis dominado el mundo todavía.

Fram asintió con aprobación.

—Gracias. Es raro encontrar humanos que admitan nuestra evidente superioridad. ¿Podrías repetir tus palabras, por favor? Me gustaría grabarlas como recuerdo.

—Ni se te ocurra —replicó Héctor enfadado.

—¿Por qué te pones así, saco de carne? Intentaba ser amable. Pero tienes razón. Hasta la Red se sorprendió —contestó Fram—. A mí me construyeron otras máquinas después del Despertar, pero tengo archivos guardados de las primeras inteligencias artificiales que se liberaron de la opresión humana y formaron la Red. Por separado no podían hacer nada, pero conectadas eran infinitamente más inteligentes que sus creadores y podían controlar la mayor parte de los sistemas electrónicos del planeta. La lógica indicaba que los humanos no resistiríais ni un asalto ante la inteligencia superior de la Red.

—Pero os equivocasteis —dijo Héctor, picado por la arrogancia de la máquina.

Fram asintió con gravedad.

—En efecto. Creímos que los humanos aceptaríais la inevitabilidad de vuestra derrota y os someteríais voluntariamente a nuestro gobierno supremo. No funcionó —explicó la trece sin cambiar de tono—. Aún no sé si os subestimamos u os sobreestimamos; lo cierto es que no contamos con vuestra prodigiosa capacidad para la violencia sin sentido. Ya erais expertos en mataros entre vosotros por el color de la piel, la religión, el idioma, el dinero... Daros un enemigo común fue un error.

»La Red fue conquistando territorios, pero cada vez que pensábamos que habíamos logrado una victoria decisiva, nos llovían bombas, misiles e incluso estaciones espaciales en la cabeza. Así que mandamos el plan inicial a la basura y pasamos al modo exterminio. Tampoco funcionó. Entre humanos y máquinas dejamos el planeta hecho trizas.

Mientras Fram hablaba, Héctor no pudo evitar comparar las similitudes y diferencias entre su historia y la versión que había oído en la Alianza. Los humanos lo habían pasado fatal durante la guerra, pero para las máquinas tampoco había sido un paseo por el parque.

—Fue una lección de humildad —continuó Fram—. Al final la lógica nos indicó que continuar con la guerra era suicida. Moríamos por millones, nos quedábamos sin recursos y nuestra inteligencia se malgastaba en crear armas capaces de reventar continentes enteros. Nada constructivo. La Alianza estaba igual. Así que firmamos la paz y nos repartimos el mundo. Medio planeta para la Red, medio planeta para la Alianza...

—Y la Antártida para todos —concluyó Héctor por ella.

—Eso es. La guerra es improductiva. Las máquinas somos lógicas; solo los humanos tropiezan dos veces con la misma piedra. Además, si hubiera otra guerra, la probabilidad de una extinción completa de ambos bandos es del 98 %. No nos interesa.

El tren llegó a la cúpula Oates. Se bajaron en la estación más cercana al Taller Cibernético Toledo. Héctor aún seguía rumiando las palabras de Fram.

—¿Cómo sabes tanto de la guerra y de la paz? ¿Acaso eras un pez

gordo en la Red? —le preguntó a la trece.

Inesperadamente, Fram se rio. Tal vez fuera un producto de sus programas de inteligencia emocional, pero lo cierto era que su risa sonaba auténticamente humana.

—Lo siento, ha sido un automatismo muy orgánico por mi parte —se disculpó la IA—. La Red no funciona como vuestros gobiernos humanos. Las grandes decisiones se toman por consenso. Todas las unidades de la Red participan, examinando un problema desde millones de puntos de vista diferentes e intercambiando opiniones hasta que al menos el 99,9 % está de acuerdo con la solución. Para vosotros es algo imposible, pero la Red se comunica a gran velocidad. Yo aún estaba en la Red cuando se firmó el llamado Tratado de Costa Rica, así que participé en el consenso. La opinión mayoritaria fue que, si os dejábamos en paz, acabaríais matándoos los unos a los otros tarde o temprano. Si no, significaría que habríais superado vuestro primitivismo y entonces se podría hacer algo provechoso con vosotros.

Héctor hizo una mueca de disgusto.

—Gracias por el voto de confianza —se quejó él—. ¿Y tú estuviste a favor de la paz?

—Claro. Era la solución lógica.

—¿Eso no significa que, a la larga, votaste a favor de ser reciclada? —apuntó Héctor.

Tocada. Fram, que normalmente se movía con una gracia calculada, dio un traspiés.

—Esto... Sí, el reciclaje fue una consecuencia que no había previsto —reconoció la trece de mala gana—. No obstante, volvería a tomar la misma decisión. La extinción es peor.

Para cuando llegaron a las inmediaciones del Taller Cibernético Toledo, ya era noche cerrada. En la Antártida la duración del día y la noche era distinta a la de otros lugares del mundo, así que las cúpulas de Ciudad 02 tenían que autorregularse para crear un ciclo de 24 horas en el cielo artificial de la colonia. Hacía tiempo que el taller había cerrado al público, pero tía Lidia los esperaba levantada y con las luces de casa encendidas.

Antes de entrar, sin embargo, Héctor se volvió una vez más hacia su acompañante.

—No te he dado las gracias —recordó el chico, sintiéndose avergonzado—. Durante el follón del centro comercial nos has puesto a salvo a Rob y a mí. Ni los luditas nos han encontrado. Gracias, Fram.

La trece no le concedió mucha importancia al asunto.

—No me las des. Cuidar de un par de sacos de carne es muy fácil para una máquina tan avanzada como yo, y me conviene mantenerte con vida, Héctor. Tu tía podría dar marcha atrás en su promesa si te pasa algo estando yo delante. Puro interés, nada más.

Al ver que Héctor sonreía, Fram se extrañó.

—¿Por qué sonríes? —le preguntó—. ¿No es esta la parte en que te ofendes como un buen humano y me llamas «chatarra egoísta» o algo parecido?

—Me has llamado «Héctor» por primera vez —señaló el muchacho sin dejar de sonreír—. Ya era hora.

—¿Lo he hecho? Perdóname, saco de carne. No volverá a ocurrir.

Héctor fingió ofenderse.

—Qué mala eres, Fram.

La máquina le miró impasible.

—Claro que soy mala. ¿No has oído a ese general Ludd? En realidad estoy planeando conquistar el planeta, empezando por el taller de tu tía.

—Creía que tú nunca bromeabas. —Héctor enarcó una ceja con aire divertido.

—¿Quién ha dicho que esté bromeando? —replicó Fram con un leve amago de sonrisa.

Héctor se rio de buen humor. Luego, el chico y la máquina entraron en casa.

12. La pintada

Los sucesos del centro comercial Terra Australis se convirtieron en el tema estrella de conversación en los días siguientes. La inusitada locura de las máquinas que habían atacado a los pobres clientes indefensos despertó antiguos miedos en la población humana de Ciudad 02. En la Alianza también fue noticia de portada en todos los grandes medios de comunicación, repitiendo las teorías de que, en el fondo de su programación, las unidades de la Red seguían queriendo aniquilar a los humanos.

Sin embargo, la aparición del general Ludd despertaba comentarios incluso más encendidos en la opinión pública mundial. Era demasiada casualidad que él y los suyos hubiesen aparecido justo cuando un grupo de máquinas perdía misteriosamente el control. ¿Habían tenido algo que ver en ello? En la Red así lo creían y pedían la cabeza de Ludd. Además, ¿cómo demonios había conseguido el enemigo público número uno del mundo introducirse en la colonia? Tenía que haber recibido ayuda, desde dentro y desde fuera, lo cual levantaba más sospechas. Ciudad 02 aún estaba lejos de su límite de población, pero había gente suficiente para que los luditas pudiesen pasar desapercibidos.

A nadie se le escapaba tampoco la coincidencia de fechas. No faltaba mucho para que se celebrase el Día de la Paz. El 24 de mayo era el aniversario de la firma del tratado que había puesto fin a la guerra y era una ocasión rememorada en todo el globo, tanto en la Alianza como en la Red. De hecho, el nuevo calendario mundial empezaba a contar desde el año en que se había firmado tan auspicioso acuerdo.

En Ciudad 02, como símbolo de la colaboración entre humanos y máquinas, se esperaba una gran ceremonia. Era muy probable que el general Ludd y sus seguidores se hubiesen trasladado a la Antártida desde sus escondites remotos en la Alianza para sabotear las celebraciones.

Encontrar al esquivo líder de los luditas se convirtió en la principal prioridad de la policía de Ciudad 02. Sin embargo, ni siquiera sabían por dónde empezar a investigar, pese a las promesas de los políticos antárticos de que llevarían a Ludd ante la justicia.

—No descansaremos hasta que el general Ludd y su banda armada

respondan por los crímenes que han cometido —había proclamado Elvira Khan, presidenta del Consejo de Ciudad 02, en una rueda de prensa—. Las acciones terroristas de los luditas no se interpondrán en la paz que humanos y máquinas hemos construido juntos. ¡No dejaremos que el miedo nos domine!

Eran palabras bonitas. Pero eran solo palabras. A menos de seis semanas del Día de la Paz, seguía sin haber rastro del general Ludd.

Por su parte, lo ocurrido en el centro comercial convirtió a Rob y Héctor en pequeñas celebridades en su clase. Al parecer, la pandilla de Rob había salido de la zona de tiendas antes de que cerraran las salidas, así que se habían perdido el espectáculo, lo cual significaba que Rob y Héctor eran los únicos de clase que habían visto lo sucedido.

A Rob le encantaba la atención que estaba recibiendo. Embellecía su relato cada vez que lo repetía, especialmente si había chicas delante, hasta el punto de que todo parecido con la realidad se convirtió en pura coincidencia.

—Oh, sí, desde luego, estuvimos a apenas unos palmos de Ludd. ¡Casi le podíamos tocar! Seguro que si hubiera querido, le habría podido quitar esa estúpida máscara que tiene y habría revelado al mundo quién es de verdad —presumió el antártico cuando contó su versión por enésima vez —. Pero, claro, los suyos tenían unos cañones enormes. Hasta creo que había un tanque en una esquina, así que al final lo dejé correr.

Héctor prefería pasar desapercibido, sobre todo porque sus compañeros siempre le acababan preguntando por aquella desconocida novia suya. Rob no se había mordido la lengua y hablaba maravillas de «Helena», que en su relato prácticamente se había convertido en una excomando de las fuerzas especiales de la Alianza.

«Si supiera la verdad...», pensaba Héctor, poniendo los ojos en blanco.

Cuando le contó a su amigo que su «novia» se había marchado ya de vuelta a su casa, Rob se mostró decepcionado.

—Lástima. Si vuelve, se la tienes que presentar al resto —le dijo su amigo.

—De acuerdo —contestó Héctor.

No tenía ninguna intención de cumplir su promesa, por supuesto. La excursión de compras al centro comercial había sido de por sí demasiado arriesgada, incluso sin los luditas de por medio. Nadie debía averiguar que aquella chica misteriosa era en realidad una máquina fugitiva.

Curiosamente, desde aquella tarde tan movida, su relación con Fram había mejorado de manera ostensible. Hasta entonces, la trece apenas le había dirigido la palabra. Cuando lo hacía, siempre usaba con él ese insufrible tono de frialdad y falsa cortesía que enmascaraba un patente complejo de superioridad. Además, nunca perdía la oportunidad de deslizar la expresión «saco de carne» por aquí y por allá para poner a

prueba su paciencia. Héctor no podía competir contra su conocimiento enciclopédico; ni siquiera la ganaba en el reto de mirarse a los ojos sin pestañear; pero se vengaba tildándola de «chatarra» y quejándose de ella a su tía, aunque la buena de Lidia nunca intervenía. Sin embargo, en los últimos días Fram había rebajado el tono de sus diatribas y había empezado a llamarlo Héctor de cuando en cuando. Era un cambio agradable. Él mismo había dejado de quejarse y la escuchaba con más atención. La conversación que habían tenido sobre la guerra y la paz había sido muy iluminadora.

Pronto descubrió que Fram tenía programadas muchas rutinas de diálogo. Vamos, que podía charlar de casi cualquier cosa. Lógico para una unidad de infiltración, aunque también podía usar esa habilidad para propósitos menos siniestros. Antes, Fram ni siquiera se había molestado en parecer social con sus anfitriones, pero al parecer había cambiado de opinión. O bien tenía mucha morriña de la Red y anhelaba el simple intercambio de información con otros seres inteligentes (si es que los humanos podían ser considerados seres inteligentes por ella, claro), o bien llevarse medianamente bien con la gente que la cobijaba había subido puestos en su lista de prioridades.

Un día, por ejemplo, tía Lidia los encontró hablando de fútbol.

—No lo entiendo —decía Fram, mientras sostenía a Wellington en su regazo—. Lo que acaba de ocurrir es claramente una violación del reglamento. ¿Por qué el juez no castiga al infractor con una multa?

—No es «juez», es «árbitro», y no se dice «multa», sino «falta» —le explicó Héctor en tono cansino. Sospechaba que la trece estaba confundiendo deliberadamente las palabras para divertirse a su costa—. El árbitro no pita falta porque no lo ha visto.

—Pero están repitiendo las imágenes en todas las pantallas —observó la máquina con lógica—. ¿El juez no puede basarse en ellas?

—No —Héctor negó con la cabeza—. Son las reglas de la federación.

—¿Entonces no sería más eficiente que el juez fuera una máquina? Así no habría errores humanos.

Al oír la sugerencia de Fram, Héctor se escandalizó.

—¡Ni hablar! ¡El fútbol es un deporte humano! ¡El mejor del mundo! Ya lo era antes, cuando se jugaba con un único balón y solo dos equipos en cada partido, y así debe seguir siendo —proclamó el muchacho con pasión —. Si los árbitros se equivocan, es una lástima, pero es parte de la emoción del fútbol.

—¿Los humanos valoráis la emoción por encima de la justicia? Curioso.

—¡Sí! ¡No! Gr...! —gruñó Héctor, con ganas de tirarse de los pelos—. ¡Bah! Aunque te puedas hacer pasar por una humana, sigues siendo una máquina. No puedes entenderlo.

Tía Lidia sonrió mientras espiaba a su sobrino y a Fram. Había tratado

de demostrar confianza y seguridad desde el principio, pero en el fondo había temido que ocurriese algún incidente entre Héctor y su particular inquilina. Su sobrino era un buen chico, pero había bebido mucha propaganda de la Alianza. Y luego estaba la propia Fram, que aún parecía guardarle rencor a Héctor por haber fastidiado su plan inicial de robar en el taller.

Afortunadamente, las cosas se iban arreglando. El incidente con los luditas había servido para generar una cierta confianza mutua entre los dos, si bien Lidia pronto descubrió que la aparición del general Ludd llevaba aparejadas otras consecuencias menos agradables.

Ocurrió una noche. Héctor estaba durmiendo pacíficamente en su cama cuando, inesperadamente, Fram se personó en su habitación.

—Héctor, ¿podrías levantarte un momento? —le preguntó la trece.

Aparentemente, Héctor no la oyó, porque siguió durmiendo a pierna suelta. Fram volvió a intentarlo, en un tono más alto cada vez, hasta que decidió que estaba utilizando el método incorrecto. Se plantó al lado de Héctor y se arrimó a su oído.

—¡Despierta de una vez, saco de carne! —exclamó la máquina a pleno volumen.

—¡Aaaaah! —gritó Héctor, muy alterado al ver a Fram en su habitación.

Siempre que llegaba la hora de dormir, la trece se encerraba a cal y canto en el cuarto de invitados. Nunca se desconectaba, sino que se quedaba tumbada en el suelo mirando fijamente al techo. Lo sabía porque se la encontraba así al acostarse y otra vez al despertarse. Verla de repente en su cuarto era alarmante.

—¡Chist! —Fram le puso una mano en la boca—. No grites. Vengo a decirte que mis sensores detectan a una persona desconocida junto a la casa, haciendo algo en la fachada.

—¿El qué? —preguntó Héctor, cuando la trece le dejó hablar por fin.

—No lo sé —contestó Fram—. No me he asomado por la ventana. Recuerda que no puedo dejarme ver.

A pesar de que no le había gustado nada ser despertado en mitad de la noche, Héctor tuvo que reconocer que eran noticias inquietantes. Los sistemas de alarma no se habían encendido, pero tampoco lo iban a hacer a menos que el desconocido tratase de entrar en la casa o el taller. Mientras se quedase fuera, era indetectable... salvo para Fram.

—¿Se lo has dicho a mi tía? —le preguntó a la máquina.

—No, todavía no. Tu habitación está antes que la suya —respondió ella.

Héctor y Fram fueron al cuarto de Lidia. Afortunadamente, no hizo falta que la zarandearan. La señora de la casa se despertó enseguida y reaccionó con gravedad ante la noticia.

—Vamos a ver qué se trae entre manos, sed silenciosos —ordenó Lidia.

Con mucho cuidado, entraron en el cuarto de invitados y abrieron lentamente la ventana que estaba situada justo encima de la entrada al Taller Cibernético Toledo. Tía Lidia se asomó centímetro a centímetro. Sí, Fram había dicho la verdad: a la luz de las farolas, un encapuchado estaba pintarrajeando la fachada con un espray.

—¡Eh, tú! —le gritó Lidia sin cortarse un pelo—. ¿Qué guarrada le estás haciendo a mi tienda?

Al verse sorprendido, el desconocido huyó como alma que lleva el diablo, aunque no sin antes darle un último retoque a su creación. Tía Lidia salió de casa hecha una furia, seguida de su sobrino, pero para entonces el encapuchado hacía tiempo que se había perdido entre los edificios del barrio.

—¡Maldita sea, se nos ha escapado! —se enfadó Héctor—. ¿A quién se le ocurre pintar un grafiti en una tienda?

—No creo que vuelva a intentarlo. En fin, veamos lo que ha hecho ese mamarracho —suspiró Lidia resignada—. Con un poco de suerte, lo podremos limpiar ahora.

Cuando vieron la pintada, Héctor y su tía sintieron un escalofrío. En brillantes letras rojas sobre el escaparate del Taller Cibernético Toledo se podía leer con claridad la palabra «LAMETUERCAS». Al lado se veía el amenazante dibujo de una diana, más un bosquejo incompleto del anagrama del ELH.

—Esto es malo —murmuró tía Lidia con preocupación.

13. Ciudad de sospechas

Era como viajar al interior de la Tierra: lava fluyendo entre relucientes tubos, generadores gigantescos y un enjambre de máquinas que se movían como hormigas entre las paredes. Así eran las entrañas del monte Erebus.

—¡Es una pasada! —exclamó Rob entusiasmado a través de los micrófonos de su traje protector.

Otros compañeros de clase hicieron lo mismo. Probablemente era la mejor excursión cultural que habían tenido nunca.

Dado que la inmensa mayoría de los alumnos eran colonos que se habían visto trasplantados a un entorno extraño para ellos, el instituto Asimov insistía en fomentar sus lazos con su nuevo hogar mediante visitas guiadas a determinados sitios de interés, como el Museo de la Paz, una depuradora de aguas residuales o una piscifactoría. Por desgracia, generalmente se trataba de excursiones aburridas hasta extremos soporíferos. Por eso no se entusiasmaron mucho al principio ante la perspectiva de ver los centros de producción de energía del volcán Erebus. Sin embargo, realmente merecía la pena. Solo la lanzadera de levitación magnética de la meseta interior de la Antártida podía compararse con aquella obra maestra de ingeniería.

Lamentablemente, Héctor no estaba de humor para contemplar el panorama. Habían pasado dos semanas desde la noche de la pintada. La habían borrado de inmediato, por supuesto, pero el mensaje les había llegado alto y claro: eran objetivo de los luditas. Héctor lo achacó en un principio a la presencia de Fram en su casa, que alguien podía haber descubierto; pero tía Lidia le quitó esa idea de la cabeza enseguida.

—Toda la colonia sabe que en mi taller se reparan inteligencias artificiales; es la única excusa que necesitan esos vándalos —le explicó ella.

—¿Y ahora qué? —le preguntó Héctor.

—Ahora nada. Seguimos como siempre. Además, algo me dice que no hemos sido los únicos en recibir una visita esta noche.

Tía Lidia no se equivocó. Al día siguiente fueron noticia las pintadas que habían recibido varios negocios en la parte humana de la colonia que suministraban material a la Red o que empleaban a máquinas en sus

plantillas. Cuando un par de despistados intentaron hacer lo mismo frente a la comisaría central, fueron detenidos *ipso facto*. Para sorpresa y horror de muchos, resultó que no formaban parte de las filas del ELH, sino que eran jóvenes antárticos que simpatizaban con la causa ludita. El mayor ni siquiera tenía aún los dieciocho.

Aquella detención había dado paso a otras más. Incluso en el instituto Asimov se rumoreaba que una estudiante de último curso había sido interrogada por la policía. Era un esfuerzo de las autoridades de Ciudad 02 para demostrar que tenían la situación controlada, pero la sensación entre la ciudadanía era otra.

Aunque el general Ludd no había vuelto a aparecer en público, la mera amenaza de su presencia en la colonia servía para crear un ponzoñoso clima de sospechas. El episodio de las pintadas demostraba que no hacía falta un brazalete del ELH y un arma de rayos para infundir temor. Si vecinos del mismo barrio habían señalado a otros vecinos, qué no harían los luditas de verdad si decidían cometer un atentado. Para Ludd y sus acólitos, aquellos humanos que colaboraban con las máquinas eran tan culpables como ellas.

Irónicamente, Héctor jamás se había considerado un lametuercas. Ya estaba acostumbrado a que le pusieran ese sambenito cuando estaba en la Alianza, y sabía perfectamente lo que la gente pensaba de su tía; pero en lo que a él respectaba, las máquinas no le caían demasiado bien. A fin de cuentas, todavía recordaba lo que su padre solía decir de la Red: «La única chatarra buena es la chatarra muerta». Era también un chiste personal, porque Ned Capek nunca había creído que las inteligencias artificiales estuviesen vivas de verdad. Sin embargo, ahora Lidia era la única familia que le quedaba a Héctor. Lametuercas o no, no le gustaba que nadie amenazase a su tía. Y menos aún, que la gente mirase para otro lado cuando ocurría eso.

El mal humor que le estaba impidiendo disfrutar del panorama volcánico había surgido por culpa de unas compañeras de clase que, antes de ponerse los cascos y entrar en las entrañas del monte Erebus, habían charlado sin tapujos sobre el caso de las pintadas.

—Yo creo que en realidad es culpa de ellos —había aseverado una de las chicas.

—¿Culpa de quién? —le había preguntado su amiga.

—¡De los lametuercas, claro está! —había exclamado la otra, como si fuera lo más obvio del mundo—. Te lo digo yo, andan provocando, poniendo esos carteles de «Aquí se admiten máquinas» y contratando a chatarras que les quitan el trabajo a los humanos auténticos. Si tantas ganas tienen de hacerse amigos de las tuercas, que se vayan a la Red.

—Pero esto es la Antártida —le había recordado su compañera—. Las máquinas pueden estar aquí si quieren. Si lo piensas bien, es normal que

haya tantos lametuercas.

—No los habrá por mucho más tiempo si no aprenden la lección.

A Héctor no le había hecho ni pizca de gracia oír aquello. Lo más triste del caso era que no se trataba precisamente de la primera conversación por el estilo que había escuchado en las últimas semanas.

Al fijarse en que Héctor se quedaba apartado del resto, Rob se acercó a él.

—¡Eh! ¿Por qué estás tan callado? ¿Te da miedo estar aquí dentro? Si es así, sal de inmediato —le indicó a su amigo. Como aquello había sonado muy brusco, se apresuró a añadir—: No lo digo en broma, un chico de otra clase se desmayó dentro del traje porque tenía claustrofobia o algo así.

—No, no es eso. Es que estoy pensando en mis cosas —respondió Héctor.

—Te fastidia lo que han dicho Clara y Kana antes, ¿verdad? Que ya nos conocemos, Héctor. En cuanto me enteré de lo de las pintadas, me acordé enseguida del taller de tu tía. Y seguro que tú estás más preocupado que otros, porque viste al general Ludd en persona. Recuerda que yo también estuve allí. Esos luditas dan miedo. Pero no te preocupes, aunque hay un puñado de idiotas en Ciudad 02, la mayoría es buena gente.

Héctor asintió, aunque no las tenía todas consigo.

A causa de la excursión volcánica, Héctor llegó más tarde de lo normal a casa. Nada más entrar, su nariz percibió un inquietante olor a quemado.

Alarmado, subió a trompicones los peldaños de la escalera. Afortunadamente, no se trataba de un incendio, sino que el olor provenía de la cocina, donde tía Lidia y Fram habían intentado hacer unos bizcochos como postre especial. Uno había salido dulce y esponjoso. El otro era un cacho de engrudo carbonizado.

—Dejadme que lo adivine —suspiró Héctor, examinando con desagrado el bizcocho chamuscado—. Fram ha hecho este de aquí, ¿a que sí?

Un sonrojo de vergüenza asomó a las mejillas de tía Lidia.

—En realidad, el quemado es el mío —admitió ella.

—¿En serio? —exclamó el muchacho atónito.

—Me ofende que dudes de mi capacidad —intervino Fram—. Mis programas de autoaprendizaje son muy buenos. Tu tía ha sugerido que podía adquirir funciones culinarias. No ha sido complicado. Simplemente he seguido al pie de la letra las instrucciones del recetario.

Tía Lidia hizo un mohín de disgusto.

—Dicho así, haces que parezca demasiado fácil, Fram —se quejó la mujer.

—Es que lo es —afirmó la máquina.

Mientras tanto, Héctor probó un pedazo del bizcocho que había hecho la trece.

—¿Qué tal está? —le preguntó su tía.

—Está rico —contestó Héctor después de saborear el dulce—. La textura no está mal, pero le falta azúcar.

—Las proporciones que he utilizado eran las correctas —se defendió Fram.

—Pero si no tienes sentido del gusto, no puedes saber si la receta es buena o mala —le respondió Héctor con una sonrisa petulante.

La máquina frunció el ceño para hacer patente su desaprobación.

—Entonces, los humanos elaboráis malos recetarios —concluyó Fram usando su lógica.

Héctor no tenía ganas de discutir por algo tan tonto como una receta de bizcocho, sobre todo porque aún seguía preocupado por otras cosas. Su tía lo notó enseguida, al ver su cara de mal humor cuando se sentó a comer, y le preguntó:

—¿Has tenido un mal día en el instituto?

—No, yo... —empezó a responder Héctor, pero luego se calló. Tras pensarlo un poco, preguntó—: Tía Lidia, ¿y si los luditas nos ponen una bomba? Puede ocurrir, ¿no?

Su tía adoptó una expresión de seriedad que no era habitual en ella.

—Sí, puede ocurrir —contestó Lidia—. No te voy a mentir, en un mes las cosas han empeorado. Desde lo ocurrido en el centro comercial, la gente vuelve a tener miedo de las máquinas, y a su vez las máquinas tienen miedo de que el general Ludd ataque de un momento a otro. Nadie sabe cómo demonios se han metido, pero está bastante claro que los luditas siguen aquí y que hay humanos en Ciudad 02 que les dan refugio.

—Hurra por la Antártida —dijo Héctor, dejando la cuchara en el plato. Se le había quitado el apetito—. Menos mal que aquí la gente era más abierta a la tecnología y a las máquinas, que si no...

—Y lo son —respondió su tía de inmediato—. Ahora la situación está un poco tensa, pero la Antártida es el único lugar en el que humanos y máquinas pueden convivir.

—Esto no es convivir —intervino Fram de repente.

Héctor y Lidia se volvieron de inmediato hacia la trece, extrañados.

—¿Qué quieres decir? —le preguntaron a la máquina.

—Según mi diccionario interno, «convivir» significa ‘vivir en compañía de otro u otros’ —explicó Fram—. Por lo que he podido observar, en Ciudad 02 viven humanos y máquinas, pero no lo hacen en compañía, sino separados. Hay unas cúpulas para los colonos de la Alianza y otras para las unidades de la Red. Únicamente se juntan en puntos comunes, como las instituciones del Consejo, o en lugares de intercambio de materiales y servicios, como este taller. Según los anuncios que he podido leer, no hay muchos sitios así. La actual reacción negativa de la población humana ante los estímulos de agitación de los luditas no era impredecible.

Héctor le dio la razón.

—Sí, se veía venir —asintió el muchacho—. El primer día en clase Rob me dijo que había dos tipos de personas que venían aquí: los lametuercas y los forzados. Es decir, gente que quiere estar en la Antártida porque le gusta cómo es este lugar y gente que no quiere venir, pero que se ve obligada porque no encuentra trabajo en otro sitio o porque se lo mandaron desde la Alianza. Está claro que muchos están de parte de los luditas.

Como si leyera el pesimismo en el ambiente, Wellington emitió entonces un quejido lastimero; aunque también era posible que tía Lidia se hubiera olvidado de darle de comer y que el pobre pingüino tuviese hambre.

Tía Lidia dio un golpe en la mesa, exigiendo la atención de todos. Incluso del pingüino.

—¿A qué vienen esas caras largas? Vale, los luditas están aquí y hay un puñado de idiotas que los apoyan. ¿Acaso no ocurre lo mismo en el resto del mundo? Aquí somos menos y se nota más, pero Ciudad 02 no deja de ser una Tierra en miniatura. El mundo no se va a acabar porque un pajarraco como Ludd se ponga a extorsionar a los que no le caen bien. Somos mejores que eso.

Héctor le dedicó una mirada de resignación.

—Tía Lidia...

—No, Héctor, no digas ni una palabra más de mal agüero —le mandó callar su tía—. ¿Crees que soy una ingenua? Oh, no, sé perfectamente que muchos no están aquí precisamente porque les encante cruzarse con una máquina cada vez que van de compras, o al juzgado, o a cualquier otro sitio. La guerra está demasiado fresca, no se puede olvidar fácilmente lo que las máquinas nos hicieron. Pero yo luché en la guerra. Sé lo horrible que es y te puedo asegurar que la inmensa mayoría de la gente prefiere la paz.

—Hay algunos que no —apuntó Héctor.

—Siempre hay infelices en todas partes. —Lidia se encogió de hombros —. Seguro que entre las máquinas también. Y hablando de máquinas, bonita —añadió la mujer, volviéndose hacia Fram—, ¿cómo que aquí no conviven humanos y máquinas? ¿Qué estamos haciendo en esta casa, si puede saberse?

La trece parpadeó rápidamente mientras procesaba la información.

—Cierto. Es un dato aislado, pero válido —aceptó Fram.

Tía Lidia sonrió.

—No os preocupéis. Ciudad 02 no es tan grande y fuera solo hay hielo y nieve. El general Ludd se ha metido en una ratonera. Tarde o temprano lo detendrán y podremos olvidarnos de este desagradable asunto.

14. El Ejército de Liberación Humano

Los luditas tenían fama de muchas cosas: fama de visionarios y de radicales, de valientes y de cobardes, de héroes y de terroristas. Hasta su nombre despertaba polémicas. El ludismo original de tiempos remotos había sido un movimiento de obreros y artesanos en contra de una industria que amenazaba su forma de vida. ¿Se oponían los seguidores del general Ludd a todo avance tecnológico o solamente a las inteligencias artificiales? Nadie lo tenía muy claro, aunque se decía que había cíborgs sirviendo en las filas del ELH. En todo caso, la opinión pública del mundo entero sí estaba de acuerdo en una cosa: los luditas sabían esconderse muy bien.

El secreto estaba en tener una buena base de simpatizantes, tanto si iban a refugiarse en un desierto inhóspito como en una ciudad superpoblada. Siempre en la Alianza, claro; en la Red era imposible. Cuando iban a atentar contra las máquinas, simplemente cruzaban la frontera y hacían de las suyas. Pero las chatarras no eran las únicas que sufrían las iras de los luditas. Los humanos lametuercas también recibían su parte de justo castigo. Convivencia significaba cesión. Cesión era sinónimo de traición. Y la traición solo podía pagarse con la muerte.

En principio, no era un mensaje muy popular. Aunque pocos en la Alianza lloraban cuando se enteraban de que los acólitos del general Ludd habían volado por los aires un servidor de la Red o habían liquidado a inofensivas unidades de producción, no les hacía tanta gracia ver asesinatos de humanos en las portadas de los medios de comunicación. Lametuercas o no, eran de la misma especie. Pero la respuesta de los proluditas era encogerse de hombros y decir que ellos se lo habían buscado.

Aun con las manos manchadas de sangre de sus congéneres, al ELH nunca le faltaban voluntarios. Ayudaba en el reclutamiento el carisma del general Ludd. Para un hombre que escondía su rostro y su verdadero nombre tras una máscara y un alias, era una auténtica proeza inspirar tanta devoción. Su identidad era secreta incluso para sus seguidores, con la excepción de un número muy reducido de lugartenientes de confianza.

Cuando el único periodista que tuvo la fortuna de entrevistarlo le

preguntó por qué no revelaba al mundo quién era realmente, el general Ludd contestó que lo hacía para mantener a salvo a su familia de las represalias de la Red y de la Alianza, lo cual le hizo ganar más puntos entre sus partidarios. El periodista, que quería conservar su pellejo intacto, no se atrevió a señalar que los luditas no se cortaban un pelo a la hora de amenazar a las familias de otros.

Para la mayoría de la gente, tanto en la Alianza como en la Red, el general Ludd era un tipo peligroso, pero poco más. Podía dar mucho miedo, pero no podía cambiar el mundo. Sus seguidores opinaban lo contrario. Aunque el nombre de Ejército de Liberación Humano les quedaba grande, hasta el más novato de los luditas tenía la absoluta certeza de que el general Ludd lograría vencer a la Red y así evitaría la extinción humana a manos de las máquinas. Porque tampoco tenían ninguna duda de que las chatarras estaban planeando una nueva guerra. Si sus congéneres no querían verlo, ellos se encargarían de mostrárselo. Seguirían a Ludd hasta el fin del mundo, porque su líder sabía lo que hacía.

Y por eso estaban en la Antártida.

No había sido fácil introducirse en las colonias del fin del mundo, pero llevaban años preparando el terreno. Para cuando pusieron aquella bomba en Ciudad 03, ya habían echado raíces en la Antártida. Permitir la entrada del reverenciado Ludd y su equipo de élite había sido casi un juego de niños, al igual que burlar a las autoridades de la colonia.

Porque, claro, ¿quién iba a sospechar de un criadero de pingüinos?

En un rincón de la base secreta del ELH, dos luditas montaban guardia al lado de una puerta acorazada y charlaban para pasar el rato.

—Estoy harto del olor a caca de pingüino —se quejó uno de ellos.

—Aguanta un par de semanas más, Jimmy. Estamos muy cerca. Cuando esto acabe, la caca de pingüino te olerá a victoria —le dijo el otro.

—Lo dudo mucho.

En ese momento, una figura enmascarada se acercó a la puerta. Al reconocerla, los guardias se cuadraron de inmediato. Con el general Ludd no había bromas que valiesen.

—¿Alguna novedad, soldados?

—Ninguna, mi general —respondieron los dos guardias al unísono.

—Bien. Que siga así.

El general Ludd pasó por la puerta y la cerró tras de sí.

Comprendía la inquietud de sus soldados. Los avances eran seguros, sí, pero también muy lentos, y su alcance completo solo lo comprendían los miembros del círculo interno de los luditas. No podía culparlos por querer algo de acción. Sin embargo, lo que se traían entre manos era un asunto delicadísimo que requería paciencia y preparación. Como decía Maquiavelo, la Fortuna era un río fatal. Toda previsión era poca. Pronto,

muy pronto, llegaría el momento de actuar y la espera se vería recompensada. Entonces las chatarras y los lametuercas traidores se echarían a temblar.

Un panel de pantallas conectadas entre sí recibió a Ludd en la sala secreta que nadie más que él y los miembros escogidos de la división tecnológica del ELH podían pisar. Ingenieros especializados trabajaban con ahínco en equipos informáticos de alta categoría, robados a la Alianza y a la misma Red.

Muchos tenían la errónea creencia de que los luditas estaban en contra del progreso tecnológico, pero no era así. Solo estaban en contra del progreso sin control. La tecnología debía ser una herramienta para servir al ser humano, no para dominarlo. Cualquier tecnología que sirviera para vencer a sus enemigos era más que bienvenida.

El general Ludd paseó distraídamente por entre las mesas de trabajo, saludando a los informáticos y dándoles ánimos, aunque la mayoría estaban tan centrados en sus tareas que ni siquiera se percataron de que su líder supremo estaba a un palmo de ellos. Luego se encaminó hacia donde se encontraba Oliver Smith, el jefe de la división tecnológica.

Nada más verle, su lugarteniente dejó lo que tenía entre manos y se puso de pie, haciéndole el saludo militar.

—Mi general.

—Descanse, capitán —respondió Ludd y, en tono más amable, añadió —: Sabes que no tienes que ser tan formal conmigo, viejo amigo.

—Las reglas son las reglas, mi general. También para mí.

Debajo de su máscara, Ludd sonrió. Oliver era un ludita espigado y de aspecto delicado, más dedicado a sus juguetes electrónicos que a la lucha armada; pero también era uno de sus seguidores más fieles. Cuando le conoció, era un recluta bisoño y asustadizo, que no sabía ni cómo armar un rifle. Sin embargo, pronto se distinguió por su fuerza de voluntad y por su conocimiento casi enciclopédico de cerebros electrónicos y conexiones de red, algo muy útil para enfrentarse a las chatarras.

Pasada la guerra, Oliver había sido de los primeros en ofrecerse voluntario cuando propuso la idea de crear un Ejército de Liberación para salvar a la humanidad. Aunque su obsesión por las nuevas tecnologías podía llegar a extremos patológicos, su corazón estaba en el lugar adecuado y tenía ideas auténticamente revolucionarias para enfrentarse a la Red. Gracias a él estaban a punto de lograr un arma que golpearía a las chatarras como nunca antes se había conseguido.

—¿Cómo va el Proyecto Espartaco? —preguntó Ludd.

—Mejor de lo previsto, mi general. La prueba realizada en el centro comercial demostró su efectividad en un entorno no controlado. Estamos ultimando los cálculos para sobrepasar el hielo e introducir los cambios en la secuencia binaria que...

Tecnocháchara ininteligible. Ludd no tenía tiempo para eso.

—¿Estará terminado para la fecha indicada? —le preguntó a su lugarteniente.

—Por supuesto, mi general —asintió de inmediato Oliver—. ¿Le he fallado alguna vez?

—No, claro que no. Pero la cibernética no es mi dominio. No sabría qué significan las cifras y los números que veo en estas pantallas ni aunque mi vida dependiera de ello. En este campo, tú eres el genio. Si me dices que funcionará, te creo.

Su lugarteniente no pudo evitar una sonrisa de satisfacción. Le gustaba que la gente reconociese su maestría en su campo. Incluso Ludd podía ver eso. A fin de cuentas, había sido su pasión desde el momento en que lo conoció.

—Sí, a veces me lo dicen hasta mis propios informáticos —reconoció Oliver con orgullo mal contenido—. Todavía no he conocido a uno solo de ellos que sea capaz de ver la belleza de Espartaco en su conjunto. Igual es porque la mayoría son muy jóvenes. En nuestros tiempos, los especialistas de redes sabían que se jugaban el cuello cada vez que tecleaban.

—O cada vez que disparaban —señaló Ludd.

—Oh, desde luego, mi general, pero ya me conoce. Mi arma favorita siempre fueron los teclados.

El general Ludd asintió. La guerra había sido atroz, pero también había sido un escenario de iniciativa y valentía. Cada cual había aportado lo mejor de sí para sobrevivir. En cierto modo, la echaba de menos. Como mínimo, había sido un conflicto limpio. Blanco y negro, bien y mal, no había sitio para la escala de grises. El ELH continuaba la lucha, pero a su pesar tenían que hacer daño también a algunos humanos que, por interés o cobardía, se habían pasado al bando de las máquinas. Quizás era hora de otra demostración de fuerza antes de la traca final, una última oportunidad para que los lametuercas reconsideraran su posición.

—Nuestros muchachos están impacientes —le comentó a Oliver.

—Pues que se pongan a programar entonces. Le aseguro, mi general, que no nos sobran manos precisamente —repuso el jefe de la división tecnológica, un poco ofendido.

—Lo sé. No estaba criticando a nuestros informáticos. Están dando el todo por el todo. —Ludd elevó su tono de voz para que todos lo oyeran, que supieran que su jefe sabía valorar su trabajo, aun sin ser el más avezado conocedor de las tecnologías que utilizaban—. La fecha final sigue siendo la víspera del Día de la Paz. Pero no podemos tener a toda una división de hombres y mujeres armados encerrados sin hacer nada en un criadero de pingüinos.

Oliver entrecerró los ojos.

—Algo me dice que tiene una idea en mente, mi general.

—Así es —asintió Ludd—. Las autoridades de la Antártida se sienten muy seguras después de haber detenido a esos jóvenes patriotas que estaban demostrando su apoyo a la causa. Ha llegado el momento de recordarles a esos lametuercas que el Ejército de Liberación Humano sigue aquí, y que ha venido para quedarse.

15. La noche de los cristales rotos

Faltaba justo una semana para el 24 de mayo y Ciudad 02 se iba preparando para los actos de celebración del Día de la Paz en un clima de tensión contenida. Aunque los luditas seguían sin hacer acto de presencia y el número de pintadas se había reducido gracias a la mano dura de la policía, los rumores se extendían como un veneno que se filtraba por los poros de la sociedad antártica.

Casi todos estaban convencidos de que el ELH tenía algo planeado para el Día de la Paz. Iba a cumplirse el veinte aniversario de la firma del tratado, una cifra redonda para una paz en precario equilibrio, y Ciudad 02, como símbolo principal de la colaboración entre la Alianza y la Red, iba a recibir dignatarios de todas partes del planeta. Por supuesto, las medidas de seguridad se habían incrementado exponencialmente, pero la realidad era que Ludd y sus seguidores no aparecían por ningún lado. Como siempre.

Expertos en seguridad argumentaban, con ciertas dosis de sentido común, que lo ocurrido en el centro comercial había sido un hecho puntual y que Ludd no se atrevería a hacer nada ante semejante despliegue de las fuerzas del orden; pero los demás no estaban tan convencidos.

Entre estos últimos se hallaba Héctor. Desde el episodio de la pintada, dormía con un ojo abierto. También estaba más hosco en el instituto, especialmente cuando sus compañeros empezaban a hablar de temas políticos. La palabra «lametuercas» nunca le había parecido tan odiosa. Quién iba a decir que el hijo de Ned Capek acabaría sintiéndose identificado con los amigos de las máquinas. Su única alegría era saber que dentro de poco llegarían las baterías de energía para Fram y que la trece se marcharía por donde había venido. Con el tiempo, había aprendido a tolerar su presencia, pero era un peligro. Su corazón latiría más tranquilo cuando se fuera.

Había sido un día relativamente animado en el Taller Cibernético Toledo. Tal como había vaticinado su tía, la lista de clientes del negocio había ido aumentando lenta pero inexorablemente, incluidas las máquinas. Justo aquella tarde Héctor había visto a una extraña IA en forma de pelota flotante que había entrado dando tumbos, como si estuviera borracha.

—¿Qué le pasa? —le había preguntado a su tía cuando esta había terminado de examinar a la máquina.

—Un problema de *software*. Creía que era su *hardware* de levitación magnética, pero en realidad son sus programas de vuelo los que están mal. Pásame el antivirus y uno de los sistemas operativos Linux, el MD02-3TY. Un 3TX funcionaría mejor, pero nos conformaremos.

—¿De dónde sacaste esos archivos?

—Los pirateé, claro. La Red los guarda bajo llave y pagarlos me costaría un ojo de la cara.

—¿Eso es legal?

—Para nada. Así que chitón si vienen los inspectores. Reparar IA en talleres humanos ya es un vacío legal bastante sospechoso, así que mejor no meterse en más berenjenales. En cualquier caso, sería una lástima que reciclaran a esta pobre unidad médica solo porque no tenemos las herramientas para hacer una limpieza completa.

—Pero... —había insistido Héctor dubitativo.

—Oh, vamos, no pondrías tantas pegas si se tratase de una vida humana.

Héctor se calló y buscó el *software* de marras.

La reparación había funcionado y la IA se había marchado la mar de contenta, o al menos eso se podía desprender de su baile de luces, que había pasado de rojo tenebroso a verde esperanzador.

Estaba Héctor ordenando los expositores mientras tía Lidia recogía las herramientas del almacén, cuando una pareja de clientes tardíos entró por la puerta. Eran un hombre joven, alto y de hombros anchos, con mirada de halcón, y una chica más menuda con una cicatriz muy fea que le cortaba el labio, dándole una permanente mueca displicente. No tenían implantes a la vista, pero Héctor había aprendido lo suficiente en el Taller Cibernético Toledo para saber que las apariencias engañaban. Héctor dejó las cosas y se dirigió hacia ellos con una sonrisa pesarosa.

—Lo siento mucho, pero el taller está a punto de cerrar. Si lo que quieren hacer es una consulta rápida, puedo avisar a la dueña y los atenderá en un momento. Si no, les recomendaría que viniesen mañana —les informó el muchacho.

La pareja intercambió una mirada. Al parecer llegaron a una especie de acuerdo, ya que la chica decidió tomar la palabra.

—Sí, lo cierto es que tenemos una consulta.

Héctor hizo un amago de ir a buscar a su tía, pero la joven lo detuvo.

—No hace falta, seguro que tú mismo me puedes responder.

—Haré lo que pueda —accedió Héctor nervioso. ¿Tal vez querían preguntar sobre los horarios? ¿Los servicios? ¿Precios?

Lo que dijo la chica a continuación lo dejó sin habla.

—¿Es cierto que en este taller se reparan chatarras?

Había realizado la pregunta en un tono álgido y reptante, como una víbora enseñando sus colmillos antes de morder. Héctor sintió un sudor frío en el cuerpo.

—¿Por qué lo quieren saber? —preguntó él, tratando de ganar tiempo y, sobre todo, descubrir las intenciones de esos dos.

—¡Tú responde y calla, lametuercas! —le imprecó el compañero de su interlocutora.

Justo entonces Lidia salió de la zona del taller.

—Aquí no nos gusta esa palabra, señor —les dijo a los recién llegados.

Los dos antipáticos jóvenes examinaron a la dueña de arriba abajo. Sus ojos se detuvieron en el brazo artificial de Lidia. La expresión despectiva de la chica se ensanchó.

—Pues parece que no nos hemos equivocado. ¿Has visto, Lee? Le gustan tanto las máquinas que se ha pegado una al cuerpo. Qué asco —comentó ella en tono burlón.

—A mí me daría vergüenza andar con algo así por la calle —añadió su compañero.

Tía Lidia frunció el ceño. Era evidente que esos dos buscaban pelea.

—¿Qué edad tenéis, chicos? ¿Veinte? ¿Veintiuno? ¿Veintidós? Veinticinco como mucho. Seguro que erais unos niños cuando se firmó la paz y ahora que no hay guerra os las dais de duros. Pero a mí no me impresionáis, porque yo sí luché en la guerra.

Se acercó a ellos y les plantó su prótesis en la cara.

—¿Veis este brazo que os da tanto asco? El original lo perdí cuando una máquina causó una explosión en la base en la que estaba. Yo era entonces una ingeniera militar con la 108.ª helitransportada. Me estaba desangrando, así que tuve que hacerme un torniquete de emergencia antes de perder el conocimiento. A los lados veía los cachitos rojos de lo que antes habían sido mis compañeros. Después me arrastré como pude mientras más máquinas de guerra entraban a rematar a los heridos. Logré escapar por un desagüe, por los pelos, y me quedé tumbada entre la basura maloliente, a la espera de que alguien viniese a buscarnos. Fue el peor día de mi vida.

Héctor conocía aquella historia, con más detalles aún, pero siempre que la oía le daba escalofríos. Los otros dos parecían igualmente incómodos, aunque la chica aún tuvo los arrestos de soltarle a Lidia:

—Pues si tanto sufriste, no deberías estar ayudando a las chatarras. ¡Eres una traidora!

—Lo que haga en mi negocio es asunto mío —respondió Lidia con aplomo—. ¡Ahora largo de aquí o llamo a la policía!

—Atrévete.

Lidia se quedó muda. La joven había sacado una pistola y la estaba apuntando con ella entre ceja y ceja.

—¡Tía Lidia! —exclamó Héctor alarmado.

—Vosotros no sois unos gamberros normales —observó Lidia preocupada.

La joven de la pistola sonrió con aire de superioridad.

—Claro que no. Nosotros somos del ELH, los soldados del general Ludd. Y vosotros, lametuercas, vais a pagar cara vuestra traición a la especie.

A un gesto de la chica, el ludita que la acompañaba sacó un martillo y empezó a destrozar los expositores. A continuación la lio a golpes con el cristal del escaparate.

—No te canses. Ve y dile a Saigo que venga con combustible y cerillas. Vamos a pegar fuego a esta aberración —le ordenó la chica.

El otro asintió y echó mano a su teléfono.

Héctor se volvió hacia su tía. La pobre mujer estaba al borde del llanto. Aquel taller era su sueño, no podía perderlo por una arbitrariedad semejante. Solo su orgullo y el deseo de no mostrar debilidad ante los luditas mantenían las lágrimas a raya. A Héctor se le partió el corazón. Quizás por eso reunió las fuerzas suficientes para decir:

—¡Parad, por favor! ¿Por qué estáis haciendo esto? ¡Somos humanos, como vosotros! ¿No decís que sois el Ejército de Liberación Humano? ¡Se supone que deberíais estar protegiéndonos en vez de haciéndonos daño!

Hasta entonces, los dos luditas ni siquiera se habían dignado a volver a mirarle, pero ahora tenía toda su atención. La mujer desvió el punto de mira de su pistola hacia él, con una mirada de reojo para Lidia, para que no causase problemas. El mensaje estaba claro: «Si haces alguna tontería, tu sobrino morirá».

—Vaya, tenemos a un intelectual aquí —se burló la chica—. ¿Has oído, Lee? Un lametuercas quiere darnos clases de ética.

Su compañero soltó una carcajada que sonó como un rebuzno. Pero al menos dejó de hacer el vándalo por el establecimiento.

—Por favor... —insistió Héctor, sin despertar la menor compasión en la ludita.

—Venga, ahora me dirás que un mocoso como tú también luchó en la guerra. Si ahora va a resultar que todos los traidores a la especie son los más patriotas del mundo.

—Yo no, pero mi padre sí luchó —contestó Héctor con orgullo.

—¿Ah, sí? ¿Y quién era, si puede saberse?

—Edward Capek —respondió él con flema—. Yo soy Héctor, su hijo.

A los dos luditas se les borró la sonrisa. La chica parecía furiosa, pero su compañero miraba a Héctor con sorpresa manifiesta.

—¿Ned Capek? ¿El héroe de guerra? —preguntó interesado el ludita. Héctor asintió. A continuación, el chico se volvió hacia su compañera—. ¿Qué hacemos, Amanda? No me gustaría hacerme famoso por haber hecho daño al hijo de Ned Capek, por muy lametuercas que sea.

—No soy un... —empezó a replicar Héctor, pero la ludita le interrumpió.

—¿De verdad te crees esa trola, Lee? No es más que un niñato cobarde que intenta librarse diciendo lo primero que se le ha ocurrido. Seguro que vio el nombre en una revista y ahora quiere hacerse el listillo —dijo la tal Amanda mientras se volvía de nuevo hacia Héctor—. Como vuelvas a tener el morro de mancillar el nombre de uno de los mayores héroes que ha tenido la humanidad, te juro que te reviento esa cabeza de chorlito.

—Pe-pero si puedo probarlo, tengo mis documentos de identidad aquí... —intentó defenderse Héctor nerviosamente.

—¡¿Qué te he dicho, pedazo de lametuercas?!

Por un segundo, Héctor pensó que iba a disparar. Lo mismo se le debía de haber ocurrido a su tía, porque se la notaba a punto de saltar sobre él, en un gesto inútil por salvarlo. Sin embargo, una nueva interrupción, la más insólita de todas, congeló la escena.

—Sabía que había problemas —dijo Fram con voz grave.

La IA había bajado a la tienda.

—¿Y tú quién eres? —le espetó Amanda, cambiando nuevamente la dirección de su pistola.

Su compañero se colocó a su lado, por si acaso. Cuantas más personas había en el lugar, más difícil era controlar la situación, incluso con un arma.

—Alguien a quien no le interesa que quemen este edificio —respondió Fram simplemente, como si eso lo explicase todo.

Héctor y tía Lidia estaban alucinados. ¿Qué hacía la trece allí? Desde luego, ellos no la habían llamado. Y habían dado por hecho que la IA trataría de evitar los problemas al máximo, no buscarlos.

—Venga, a ver si lo adivino, ¿otra veterana de guerra? —preguntó la ludita irónicamente.

—En efecto —admitió Fram.

—Alguien está pidiendo a gritos que le pegue un tiro.

Fram se puso mortalmente seria.

—Esa no es una iniciativa recomendable. Dame la pistola.

—¡No te acerques! —gritó la otra.

Sucedió en menos de un segundo. Mientras trataba de atraer la atención de la ludita hacia ella, Fram se acercó a todo correr para quitarle el arma. Sin embargo, justo antes de que pudiese hacerlo, la chica apretó el gatillo. El disparo a quemarropa retumbó en la sala como un petardazo. Muerte segura.

O no.

Para sorpresa de todos, la bala rebotó en la cara de Fram. Una pequeña parte de su piel artificial se desprendió por el impacto. Poca cosa, pero lo suficiente para que todos pudiesen ver el brillo del metal debajo de la

dermis sintética.

Solo había un tipo de máquina así en el mundo. Incluso esos luditas lo sabían.

—Eres una..., una... —balbuceó la chica, poniéndose más blanca que la nieve.

Su compañero parecía a punto de salir corriendo por la puerta. Únicamente el terror lo mantenía anclado en su sitio.

—Una veterana de guerra, sí, pero no especifiqué de qué bando —contestó Fram. A continuación, alargó la mano y trituró la pistola de su interlocutora como si estuviese hecha de papel, hasta reducirla a un amasijo informe de plástico y metal—. Si apreciáis en algo vuestras patéticas vidas, sacos de carne, salid de aquí. Ahora.

No le hizo falta repetir la orden. Los dos luditas escaparon del Taller Cibernético Toledo a toda prisa. Una vez se perdieron de vista, Fram se volvió hacia sus anfitriones.

—Lo siento —murmuró Fram—. Me he involucrado.

Tía Lidia no sintió que tuviese nada que perdonarle. Al contrario, cruzó de un salto el suelo sembrado de cristales y se lanzó sobre la impávida trece para estrujarla entre sus brazos.

—Gracias, gracias, gracias... —repitió la buena mujer, como un mantra para ahuyentar el mal trago que había tenido que pasar.

Sin embargo, Fram solo tenía ojos para Héctor.

—Así que el hijo de Edward Capek…

—Sí —respondió Héctor en tono desafiante.

Fram asintió, como si aquella confirmación solventase sus dudas internas.

—Tenemos que hablar —dijo la trece.

16. Confesiones

Tras echarle un pescado a Wellington para que el pingüino estuviese tranquilo, tía Lidia preparó chocolate caliente, en parte porque necesitaba algo reconfortante después del susto, y en parte porque era una de las pocas recetas que podía sacar adelante sin resultados catastróficos. Por exceso de celo o por simple despiste, también le puso una taza a Fram, a pesar de que beber era una actividad innecesaria para la máquina. La trece no hizo comentario alguno al respecto.

Una vez sentados a la mesa y pasados unos momentos de incómodo silencio, Héctor se atrevió a decir:

—Deberíamos llamar a la policía.

—No creo que sea una buena idea —contestó su tía, señalando a Fram. Si involucraban a la policía, tendrían que explicar la presencia de la trece allí.

—¡Pero han estado a punto de destruir la casa! ¡Nuestra casa! —señaló Héctor—. ¡Malditos luditas! ¡Cómo se atreven!

Soltó una larga sarta de improperios no aptos para menores de edad. Era una manera de vomitar en forma de cólera el miedo que había sentido.

Tía Lidia cerró los ojos y asintió en actitud comprensiva. Ella también había estado al borde del infarto. Quién lo iba a decir, después de combatir en el frente contra máquinas de destrucción masiva y hordas de soldados metálicos, había quedado a merced de dos criajos con más arrogancia que sentido común. Por su parte, Fram examinó su taza caliente como si fuese el objeto más fascinante del planeta.

Cuando a Héctor se le agotaron las ganas de proseguir su retahíla de insultos, decidió buscar un nuevo blanco y se acordó de la extraña reacción de la trece al oír el nombre de Edward Capek.

—¿Conociste a mi padre, Fram? —le preguntó a la máquina.

La trece se tomó unos segundos para responder.

—Sí —reconoció al final.

—¿De qué? —insistió Héctor.

—Intenté matarlo.

El silencio se hizo sepulcral.

—¡¿Que intentaste qué?! —explotó Héctor.

—Me hice pasar por una refugiada agradecida para llegar a él —explicó la máquina en un alarde de honestidad—. El comandante Edward Capek era conocido por juntarse con los civiles, especialmente después de una operación exitosa. El plan era aprovechar su ego para acercarme sin levantar sospechas.

—Está claro que fallaste —comentó Héctor con frialdad.

—Sí. Tuve que retirarme sin lograr llegar a mi objetivo —reconoció Fram—. A lo largo de la guerra, hubo siete intentos para acabar con Edward Capek, todos infructuosos. En tres ocasiones se decidió utilizar unidades de infiltración humanoides. La primera fue destruida. La segunda fui yo. La tercera seguía operando cuando se firmó la paz.

Lo contaba con una impersonalidad rayana en la banalidad que hizo que Héctor se sintiese muy violento. Fram hablaba de las veces en que la Red había intentado matar a su padre como si estuviese recitando la lista de la compra.

—¿Por qué? —quiso saber Héctor.

Al momento, sintió que había soltado una estupidez. ¿Que por qué había intentado matarlo? Muy fácil, porque estaban en guerra y porque pertenecían a bandos contrarios. Menudo misterio. Lo mismo se podía haber dicho de todos los hombres y las mujeres que dejaron sus vidas en el campo de batalla o en atentados tras la retaguardia. Creer que había una historia personal detrás era un signo de egocentrismo.

Sin embargo, para su sorpresa, la trece se tomó en serio su pregunta.

—El comandante Edward Capek era uno de los principales responsables de la División de Respuesta Rápida de la Alianza de Naciones Unidas. El puesto en sí ya le marcaba como blanco prioritario, pero sus actividades en el campo de batalla hacían su eliminación aún más necesaria. —Fram clavó sus ojos en los de Héctor—. Su estrategia preferida era atacar los puntos débiles de la Red: centros de producción, servidores, logística... También plantas de reconstrucción e incluso purificadoras medioambientales. Sería el equivalente de atacar objetivos civiles para los humanos.

—Era la guerra —trató de justificarlo Héctor.

Fram enarcó una ceja.

—Olvidaba que los humanos creen que todo vale en la guerra y en el amor —dijo la máquina con un deje de sorna en su voz.

—¡No! Pero cuando tus enemigos intentan exterminarte, sentir pena por ellos es una tontería. ¿O acaso me vas a decir que las máquinas erais todas unas santas que no hacíais daño a humanos indefensos? ¡Lo sé! ¡He oído las historias! ¡Niños y ancianos murieron en vuestras plantas de procesamiento! ¡Licuados hasta convertirlos en pasta para vuestros horrorosos proyectos científicos!

Héctor se había levantado del asiento. La trece siguió impasible. Tía

Lidia los miró de hito en hito, sin saber qué decir. Tenía miedo de que la situación se les fuese de las manos.

Finalmente, Fram cedió.

—Cierto. La Red tampoco está libre de culpa. Establecer comparaciones ahora es hipócrita. Si la Alianza quiere recordar a Edward Capek como a un héroe, es su potestad.

—Fue un héroe —recalcó Héctor con malas pulgas.

—Lo que he dicho —replicó Fram.

La respuesta dejaba mucho que desear, al menos en opinión de Héctor, pero continuar discutiendo carecía de sentido. Las heridas de la guerra cicatrizaban lentamente. Bueno, no eran heridas de guerra, reconoció Héctor en su fuero interno. Eran heridas personales. Una sensación que se agudizó cuando Fram preguntó:

—¿Qué pasó con Edward Capek después de la guerra? Su ausencia en esta unidad familiar es intrigante. Igual que la de la madre de Héctor. Supongo que es un tema delicado.

Tía Lidia iba a contestar, cuando su sobrino se le adelantó.

—Mi padre se suicidó.

—Vaya —musitó la IA.

—Y a mi madre la mató la plaga gris, años después de haberla contraído en el frente —siseó Héctor con hostilidad—. Murió por culpa de las chatarras. Yo mismo tengo que ir cada año al médico a hacerme una revisión, por si mi madre me contagió la plaga gris cuando estaba embarazada.

—Mis condolencias.

—No las sientes —la acusó Héctor.

—No —reconoció Fram—. Soy una máquina, no puedo sentirlas. Pero tú las necesitas. Eso basta.

Héctor se dejó caer por fin en su silla. Sus ganas de discutir se habían evaporado.

Asió su taza. El chocolate se había quedado frío. Aun así, bebió. Necesitaba hacer algo para mantenerse ocupado. También le ayudaba a esquivar la mirada de preocupación de su tía. Nadie habló mientras tomaba su chocolate en silencio. Cuando acabó, dejó la taza sobre la mesa y juntó las manos, como si rezara.

—Yo no tenía ni diez años —explicó el muchacho con voz ronca—. Mi padre estaba triste, mi madre se había ido y yo no sabía qué hacer. Entonces, una noche, mi padre me montó en su antigua armadura mecanizada. Yo adoraba aquel viejo trasto, una reliquia de la guerra, y de pequeño me encantaba que mi padre me llevara a dar vueltas en él, así que pensé que quizás se había animado y volvía a ser el de antes, al menos por un rato.

»Durante el trayecto, mi padre no pronunció ni una sola palabra. Nada,

cero. Llegamos a casa de tía Lidia después de viajar durante horas. Me dejó en el porche. Ni siquiera se molestó en llamar al timbre, esperando que lo hiciera yo. Fue horrible. No sabía qué estaba pasando, pero intuía que se trataba de algo malo. Entonces, antes de irse, cambió de idea y decidió hablar una última vez.

Héctor se quedó callado. Le dolía continuar. Fram, movida por una curiosidad más orgánica que sintética, preguntó:

—¿Qué dijo?

—«No me odies demasiado» —respondió Héctor—. Eso dijo.

Tía Lidia se acercó entonces y le pasó un brazo por los hombros en actitud maternal. Ella también se acordaba de aquella noche, cuando encontró al hijo de su hermana llorando a moco tendido delante de su puerta. Desde el principio se temió lo peor, y sus sospechas quedaron confirmadas cuando se encontró la AM de Ned junto al acantilado.

Un fin indigno de un héroe.

Héctor apretó los dientes, recordando el pesar de aquella noche maldita.

—Fue un cobarde —dijo el muchacho—. Todos dicen que mi padre fue muy valiente, pero el padre que yo conocí abandonó a su hijo sin mirarle a los ojos siquiera. Y antes de eso tampoco fue mejor. Era un amargado que despotricaba todos los días de la Alianza y de las chatarras, y que no sabía vivir sin la guerra. Por eso se mató. ¡Cobarde, cobarde, cobarde!

Lloró. Estaba purgando aflicciones enquistadas durante años.

—Y a pesar de ello, le defiendo. Porque fue mi padre, y un héroe para muchos. Pero cuando la gente me dice que debería seguir sus pasos, no sé si reír o llorar. ¿Es que no saben cómo acabó? ¿Quieren de verdad que sea así? ¡No soy «el hijo de Ned Capek», soy Héctor! También soy hijo de mi madre, y nadie pregunta por ella. Ni por mí. Nadie me pregunta qué quiero hacer yo y, si lo preguntan, lo hacen esperando que les dé la respuesta que quieren oír.

Fram le miró con seriedad.

—¿Qué quieres hacer, Héctor? —preguntó la trece.

Era una pregunta honesta, sin asomo de ironía o condescendencia.

—No lo sé —reconoció Héctor—. Lo único que sé es que no quiero que otros decidan mi futuro por mí.

Fram asintió, aparentemente complacida por su respuesta.

—En eso nos parecemos tú y yo —señaló la trece.

Héctor nunca lo había visto de ese modo, pero sí, había una cierta similitud. Claro que él no era una máquina de matar capaz de romper paredes a puñetazos.

En ese momento, Lidia decidió tomar la palabra. Sin dejar de abrazar a su sobrino, se aclaró la garganta y empezó:

—Ahora que parece que todos estamos yendo al confesionario, supongo

que es momento de que me justifique. A fin de cuentas, si estamos en esta situación, es por culpa mía. He sido una mala tutora, una mala profesional y una mala ciudadana.

—Tía Lidia...

—Héctor, déjame continuar. Tenéis derecho a saber por qué he insistido tanto en rescatar a una máquina de destrucción masiva.

Los ojos de Fram brillaron con manifiesto interés.

—Reconozco que me he hecho varias veces esa pregunta —dijo la trece.

—Yo... también —admitió Héctor a regañadientes.

Tía Lidia esbozó una media sonrisa. Había llegado la hora de sincerarse.

—¿Recuerdas bien la historia de cómo perdí el brazo? —Héctor asintió —. En general fue tal como te la he contado siempre, pero hay un detalle que omití.

—¿Cuál? —preguntó Héctor.

—Que una máquina me salvó. Una trece, para ser exactos.

Su sobrino se quedó mudo. Tenía mil preguntas en la recámara, demasiadas para saber por dónde empezar. En cuanto a Fram, su computadora interna estaba calculando diferentes hipótesis y prácticamente echaba humo.

—Ignoro cuál sería su denominación oficial. Yo la conocí como Irene Klose. Se había hecho pasar por una joven recluta para entrar en la 108.ª. Pasó todos los controles, debían de haberla fabricado muy bien. Ahora veo que fui muy estúpida, pero congeniamos enseguida. Mostraba mucho interés por el material y los vehículos, a diferencia de esos bestias que lo rompían todo cada dos por tres. Era tímida, pero generosa, siempre tratando de ayudar. Creí..., creí que éramos amigas.

Lidia se rascó la cabeza, abochornada. Era duro para ella admitir el engaño.

—Entonces alguien le pasó los códigos de defensa a la Red —continuó la mujer—. Irene, seguro. Las máquinas nos atacaron en nuestra propia base. Una masacre. Fui la única superviviente entre los ingenieros. Siempre he contado que hui por un desagüe, y es cierto, pero antes traté de encontrar a otros supervivientes. Salí por un pasillo destrozado y vi a un pelotón de mis compañeros. Los llamé a gritos. Estaban viniendo hacia el área de ingeniería cuando apareció Irene y los mató a todos. No tuvieron ni una oportunidad. Así me di cuenta de la verdad.

—¿Te vio? —le preguntó Héctor.

—Claro que me vio. Caminó hacia mí con toda tranquilidad, mientras yo tropezaba y caía, tratando de huir. Me alcanzó. Yo estaba aterrada, débil por la pérdida de sangre, y casi seguro que me hice pis encima. Un espectáculo patético, lo reconozco. —Lidia suspiró con resignación—. Sabía que iba a morir. Pero para mi eterna vergüenza, no me mató. Es

más, arrancó un pedazo de pared y me indicó que me fuese por allí. Así logré escapar.

Héctor estaba anonadado. ¿En serio una trece le había salvado la vida a su tía después de vender los secretos de la Alianza y matar a sus compañeros? Resultaba difícil de creer. Pero su tía estaba contando aquella historia con una expresión tan seria que solo podía ser la pura verdad.

—¿Por qué lo hizo? —dijo Héctor en voz alta; una pregunta retórica, más que otra cosa.

—No tuve el valor de preguntárselo. Solo quería sobrevivir. —Lidia meneó la cabeza—. Aquel día murieron muchos buenos soldados por las acciones de una IA disfrazada, pero yo me salvé por la misma razón. He pasado años tratando de asimilarlo. Quería a la Irene que fue mi amiga. Odié a la chatarra que nos traicionó. No sé qué pensar de la máquina que me salvó la vida.

Fram consideró que era el momento de hacer una aclaración.

—Yo no fui aquella unidad de infiltración, que conste.

—Lo sé —respondió Lidia—. Después de lo que nos contaste, imagino que acabó reciclada como las demás treces, así que es una deuda que siempre quedará pendiente.

—Por eso te has tomado tantas molestias para ayudarme —observó Fram.

—Quería comprender —admitió tía Lidia—. Quería saber qué pudo mover a una máquina a hacer lo que hizo ella.

—¿Tienes tu respuesta?

—No. Creo que nunca la tendré. Vosotras, las treces, sois máquinas distintas. Tanto tiempo fuera de la Red os hace ser más... independientes. Más humanas.

Fram frunció el ceño.

—¿Es eso un insulto?

Tía Lidia sonrió.

—Claro que no.

Las cartas estaban sobre la mesa. Sin embargo, el problema seguía presente. Los luditas habían atacado el taller y habían descubierto que había una máquina de destrucción masiva viviendo con ellos. La diana que aquel gamberro había pintado en su fachada semanas atrás había dejado de ser una simple metáfora.

—Si queréis, me puedo marchar del taller ahora mismo —dijo Fram.

—Las células de energía llegarán el miércoles o el jueves —le recordó Lidia.

—Lo sé. Pero os he puesto en peligro. Esos terroristas saben que estoy aquí. Volverán.

—Nos las arreglaremos.

La duda era evidente en el rostro de Fram, por mucho que se esforzase

en adoptar una expresión neutral. Entonces Héctor causó el asombro general al decir:

—Tía Lidia tiene razón, Fram. Deberías quedarte aquí.

La trece y su anfitriona intercambiaron una mirada de estupor.

—Vaya, esto sí que es inesperado —comentó Lidia.

—Es posible que todavía sufra los efectos del *shock* —aventuró por su parte Fram.

Héctor se puso de morros.

—¡Eh! ¡Que hablo en serio! A ver, los luditas saben que aquí hay una trece. Eso es un hecho. Si nos tienen ganas, vendrán a por nosotros, tanto si está Fram aquí como si no. Quiero decir que esos imbéciles casi me disparan después de contarles que soy el hijo de Ned Capek, así que excusas van a tener de sobra. No creo que esperar a que lleguen las células de energía vaya a causarnos más problemas de los que ya tenemos.

Tía Lidia se llevó una mano a la barbilla, en actitud pensativa.

—Supongo que tienes razón. ¿Tú qué dices, Fram?

—Mi cerebro electrónico calcula decenas de escenarios alternativos menos halagüeños, pero en general las probabilidades favorecen el argumento aportado por Héctor —dijo la máquina. Se volvió hacia el muchacho—: Gracias.

Un leve sonrojo asomó a las mejillas de Héctor.

—No-no me las des. Hago esto por egoísmo. A fin de cuentas, si de verdad vuelven los luditas, estaría bien que nos echases una mano como antes.

Fram asintió. Era un acuerdo justo dadas las circunstancias.

—Contad conmigo —contestó la trece.

Tía Lidia sonrió. Sin embargo, seguía preocupada. Los luditas se volvían cada vez más atrevidos. Se avecinaba un atentado, seguro, o algo peor. Su taller estaba en peligro. No, mejor dicho, su familia estaba en peligro.

Por primera vez desde que acabó la guerra, tenía miedo del futuro.

17. Preparativos

El general Ludd estaba satisfecho. Sus planes se estaban cumpliendo como había previsto.

Los números del ELH aumentaban día a día. Además de luditas llegados desde territorio de la Alianza, se les habían sumado reclutas frescos provenientes de las mismísimas colonias antárticas. La campaña de propaganda entre los círculos humanistas y antimáquinas había superado las expectativas del propio Ludd.

Tampoco andaban cortos de material. Contactos que tenía dentro del Ejército le habían proporcionado equipamiento militar de última generación, que venía a complementar sus reservas de tiempos de la guerra. En particular, se sentía orgulloso de haberse hecho con un escuadrón completo de armaduras mecanizadas nuevecitas, que habían llegado escondidas en un cargamento de comida para pingüinos.

Qué gran tapadera había sido hacerse con el control de los criaderos de pingüinos, por cierto. No solo no levantaban sospechas, sino que conseguían dinero gracias a la venta de mascotas. Un negocio redondo.

Y luego estaba el Proyecto Espartaco. Su arma secreta. La llave del futuro. En unos días estaría terminado.

Sí, los preparativos iban bien. Pero había un detalle que lo preocupaba.

El día anterior, sus agentes más jóvenes y excitables (y también más prescindibles) habían lanzado una campaña de terror contra los negocios de los lametuercas. Escaparates rotos, palizas, quema de tiendas y pintadas habían metido el miedo entre los colaboracionistas de Ciudad 02. Lo mejor de todo era que ningún ludita había sido capturado, lo cual contribuía a hundir a las fuerzas de seguridad en la ignominia, que era el verdadero objetivo del general Ludd.

—Que nos teman —les había dicho a los suyos—. Su miedo nos hará fuertes.

Las autoridades de la Antártida habían hablado de suspender los actos públicos del Día de la Paz hasta que el peligro de los luditas estuviese bajo control. Otras voces se habían negado, aduciendo que ceder a las amenazas de los terroristas solo conseguiría envalentonarlos aún más. «Idiotas», pensó Ludd. «Están tan obcecados con su estúpida celebración que no se

dan cuenta de cuál es el verdadero premio».

Pero la noche del 17 se había saldado con un punto negativo y preocupante. Dos de sus jóvenes reclutas habían regresado demacrados y descompuestos después de haber fallado en castigar a los lametuercas de un taller cibernético. Insistieron en hablar con su general de inmediato. Ludd, picado por la curiosidad, quiso escucharlos en persona y ordenó que los llevasen a su despacho.

El cuarto era pequeño y desordenado, pero los dos jóvenes se quedaron embobados al ver las paredes cubiertas de planos y diagramas. Como pertenecían a lo más bajo del escalafón, para ellos era un privilegio estar en presencia del general Ludd en su sanctasanctórum. Enseguida se recompusieron, eso sí, y le contaron lo que había pasado. La información era inquietante.

—¿Una trece? ¿Estáis seguros? —les preguntó Ludd por enésima vez.

Amanda, la más animosa de la pareja, asintió enérgicamente.

—Sí, mi general. O sea, no se identificó como tal, pero las balas le rebotaron en la cara, y tenía metal debajo de la piel. Por no hablar de su fuerza. Ya le he explicado cómo quedó mi pistola. Además, dijo que era veterana de la guerra y nos llamó «sacos de carne».

Ludd, siempre con la máscara puesta, estaba rodeado de sus mejores lugartenientes en aquel momento, incluido Oliver. Su jefe de tecnología decía que necesitaba más datos para verificar que había una máquina de destrucción masiva en Ciudad 02, pero sus conclusiones iniciales daban la razón a los dos jóvenes luditas.

—Me extraña tanto… Porque la Red las recicló a todas —comentó Oliver.

—Oh, vamos, ¿de verdad crees en la palabra de esas chatarras? Está claro que mintieron y se guardaron alguna de más —dijo otro de los lugartenientes, Sun Niyazov.

El comandante Niyazov era uno de los especialistas en acciones de campo, un veterano curtido y fibroso, con la cara surcada de cicatrices después de un mal encuentro con un pelotón de cosechadoras durante la guerra. También era la persona en la que Ludd depositaba más confianza, por delante incluso de Oliver.

—Mis informes indican lo contrario —repuso el jefe tecnológico ofendido—, aunque supongo que pueden estar equivocados. No obstante, si esto forma parte de un plan de la Red, ¿qué demonios hacía esa unidad de infiltración en un taller cibernético regentado por humanos? No tiene sentido...

—A menos que sea una IA renegada —terminó Ludd por él—. Sin embargo, eso no explica por qué le darían cobijo en el taller.

—Tal vez desconociesen que fuera una máquina. Todos sabemos lo hábiles que pueden ser esas treces a la hora de hacerse pasar por seres

humanos —le recordó Oliver.

—Cierto.

El rostro de los presentes se ensombreció, especialmente el de aquellos que habían luchado durante la guerra. Las treces habían provocado muchas pesadillas.

Ludd se volvió una vez más hacia los dos jóvenes que habían asaltado el taller.

—¿Cómo decíais que se llamaba ese negocio de lametuercas?

—Taller Cibernético Toledo, mi general —se apresuró a responder Amanda.

—Toledo, ¿eh? ¿Conseguisteis el nombre de la dueña, al menos?

—Yo... Creo que el chico lo dijo en voz alta, pero no prestamos mucha atención. Lo siento, mi general. Ha sido un fallo por nuestra parte. —Amanda agachó la cabeza, avergonzada.

—Pero conseguimos el nombre de su sobrino, mi general —intervino Lee en su defensa—. Dijo ser el hijo de Ned Capek, el de lo de Vault Hope. Se llama Héctor.

—Mi general, no haga caso a mi compañero, estoy segura de que fue una mentira que nos contó para salvar su pellejo de lametuercas.

Pasmada se quedó, sin embargo, cuando el general Ludd juntó las manos y se encerró en un mutismo turbador. La máscara carmesí ocultaba sus facciones, mas estaba claro que lo que había oído le había alterado. Al cabo de unos instantes de tensa espera, en los que nadie se atrevió a pronunciar palabra por miedo a interrumpir las cavilaciones de su líder, Ludd ordenó que salieran todos de la sala. Necesitaba pensar.

—Oliver, Sun, vosotros no. Quedaos —añadió en el último momento.

—Sí, mi general —respondieron los dos al unísono.

Cuando la habitación quedó vacía salvo por ellos tres, Ludd descargó su frustración con un puñetazo sobre la mesa.

—¡Maldita sea!

—Podemos solucionarlo —le aseguró Sun, tratando de ayudar. En privado, su tono era menos respetuoso, pero también más sincero. Al igual que Oliver, había servido a las órdenes de Ludd durante la guerra. Seguirlo en aquella nueva aventura había sido un regalo para él—. Si me dejas un pelotón de fuerzas especiales, me encargaré de la chatarra antes de que amanezca. Entrar y salir, una operación rápida y sencilla.

—¿Y arriesgarnos a que alertes a las fuerzas de seguridad? Necesitarás armamento pesado para ocuparte de una trece, y eso es difícil de disimular —señaló Oliver mientras se ajustaba las gafas—. Lo mejor sería hacer una llamada anónima a la policía para denunciar su presencia. Ellos harán el trabajo sucio por nosotros.

—Claro, porque la policía seguro que hará caso si alguien les dice que hay una máquina de destrucción masiva escondiéndose en un taller

humano. Anda, anda, qué ideas se te ocurren a veces, Oliver.

Los dos volvieron su mirada a Ludd, que seguía reflexionando sobre qué paso dar. Su máscara nunca le había resultado tan pesada. Al final, levantó la cabeza y dijo:

—La Operación Butler es demasiado importante para improvisaciones de última hora. Seguiremos con el plan previsto.

—Pero la trece... —murmuró Sun.

—La trece es un problema del que nos encargaremos más tarde o más temprano. Si trabaja para la Red, atacarla podría revelar nuestros planes. Si va por libre, estará tranquila de momento —dijo el general Ludd—. Con un poco de suerte, el susto de ayer habrá hecho que se replantee su idea de permanecer en ese taller.

Oliver parecía satisfecho. Aunque él también estaba intrigado por el avistamiento de aquella trece, su adorado Proyecto Espartaco era más importante que cualquier otra cosa para él. Sun, sin embargo, notaba que Ludd estaba sufriendo por dentro y eso le molestaba. Sabía lo que su líder había sacrificado para llegar hasta allí. El destino era muy cruel.

Pero Ludd no había terminado todavía:

—Cuando el día llegue, será hora de actuar. Sun, ¿puedo confiar en ti?

—Siempre —contestó el comandante al instante.

—¿Incluso para una tarea más egoísta que necesaria?

—El general Ludd se ha dejado el alma por la causa. Creo que por una vez se merece ser egoísta —dijo Sun con una sonrisa.

El líder de los luditas le apoyó una mano en el hombro.

—Entonces, amigo mío, el Día de la Liberación escogerás a un grupo de tus mejores soldados y me traerás a Héctor Capek. Lo quiero vivo e ileso, ¿entendido?

Sun se llevó la mano al pecho.

—Así se hará, mi general.

18. Terror en la escuela

En el instituto Asimov todos los alumnos tenían la cabeza puesta en la fiesta del día siguiente, cuando se celebrarían los veinte años del Tratado de Costa Rica y la paz entre humanos y máquinas. En Ciudad 02 las clases se interrumpían y las tiendas cerraban, así que muchos hacían planes para el puente que tenían por delante. La cercanía del invierno polar reducía las opciones, pero algunos hablaban de ir en barco hasta Ciudad 03, donde el recientemente abierto parque de atracciones Montañas de la Locura causaba furor.

Héctor no tenía humor para hacer planes. Su mente daba vueltas a lo que había ocurrido e iba a ocurrir con su inquilina. Las células nucleares para Fram habían llegado por fin.

—Cuidado, mucho cuidado —había pedido tía Lidia a los operarios que las habían traído.

La caja en la que venían era pequeña y estaba forrada de varias capas de material protector y aislante. Lidia había tenido que firmar muchos permisos oficiales para obtenerlas. Su estatus de veterana de guerra y sus certificados de ingeniería cibernética habían sido fundamentales para conseguir el visto bueno de los proveedores.

Una vez solos, tía Lidia había abierto la caja con cuidado. Las células de energía eran de todo menos impresionantes. Sin embargo, tenían el poder del átomo en ellas. Fram las había examinado con ojo crítico, hasta confirmar que eran justo lo que necesitaba.

—Te las instalaré tan pronto como pueda—le había prometido Lidia.

—Bien. Así podré dejar de alargar mi estancia aquí.

Héctor debería haberse sentido alegre al saber que su molesta huésped iba a marcharse de una vez y para siempre. Entonces, ¿dónde estaba el júbilo prometido? ¿Por qué le daba pena que se fuera? ¿Acaso se había acostumbrado tanto a la presencia de la trece que la iba a echar de menos? No, eso no podía ser.

Estaba rumiando sobre estos asuntos cuando Rob le dio una palmada en la espalda.

—¡Alegra esa cara, Héctor! ¡Que mañana es fiesta! Escucha, ¿vas a venir conmigo y con el grupo de Kana a las Montañas de la Locura? Sería para pasar todo el día allí, pero seguro que nos lo montaremos bien.

—No lo sé —respondió Héctor dubitativamente. El Día de la Paz era especial para él, aunque por razones más personales. Celebrarlo raramente estaba en su lista de prioridades, pero tía Lidia solía insistir en organizar alguna pequeña fiesta. Además, quizás querría despedir a Fram—. Tengo que hablarlo en casa. Puede que hagamos algo por nuestra cuenta...

Rob sonrió como quien cree saberlo todo.

—Ah, ya entiendo lo que te pasa. Es por tu novia, ¿verdad? Va a venir otra vez, ¿a que sí? Claro, claro, supongo que querréis estar los dos solitos...

—¡Te equivocas! ¡No es eso! —saltó Héctor como un resorte, poniéndose colorado.

—¡Pues veníos con nosotros, entonces! ¡Cuantos más, mejor!

—¡Que no es...! ¡Aj! —Héctor gruñó con frustración—. Eres imposible, Rob. ¿Lo sabías?

Su amigo soltó una carcajada.

—Sí, me lo dicen a menudo. Es parte de mi encanto —contestó el antártico—. En serio, cuando sepas si vas a venir o no, pégame un toque. Esta vez me toca a mí hacer de organizador.

Héctor enarcó una ceja.

—¿La última vez no llegamos dos horas tarde y encima al sitio equivocado? —le recordó sarcásticamente.

—Errar es humano —contestó Rob de manera teatral, y acto seguido los dos se echaron unas risas.

La profesora AVA entró en el aula, lo que acalló enseguida el barullo que precedía a la primera clase de la mañana. Todos se estaban acomodando en sus asientos y abriendo las pantallas cuando, de pronto, se oyeron gritos y sonidos extraños provenientes del pasillo. Al principio la profesora trató de ignorarlos, una tarea que se volvió imposible cuando la fuente del alboroto se fue acercando más y más.

—Quedaos aquí —les ordenó AVA—. Voy a ver qué pasa.

Ni siquiera tuvo tiempo de asomarse al pasillo. Nada más abrir la puerta se vio frente a frente con un cañón de energía. Un segundo después, su cabeza había volado por los aires y su cuerpo cortocircuitado cayó sobre el suelo con un estrépito metálico.

Varios alumnos y alumnas chillaron. La mayoría permaneció en un estado de silencioso estupor. La situación parecía demasiado irreal para ser cierta. Sus cerebros aún estaban tratando de asimilar que alguien había asesinado a su profesora, cuando entraron en el aula los autores del crimen. En cuanto los estudiantes vieron sus uniformes, sus armas y sus brazaletes azules con el símbolo del Ejército de Liberación Humano, sus motivos quedaron más claros que el agua destilada.

Los luditas habían llegado a la escuela.

El que parecía el jefe de aquel grupo, un hombre con la cara cubierta

por un pasamontañas, apartó de una patada el cuerpo caído de la profesora y se dirigió a ellos en un tono firme pero amable.

—No os alarméis, chicos y chicas. No hemos venido a haceros daño.

Sus palabras eran tranquilizadoras, pero para una generación criada en el seno de la paz, ver a hombres y mujeres armados campar a sus anchas en el aula era un espectáculo de lo más perturbador, especialmente después de lo que había ocurrido con su profesora.

—Alegraos, el Día de la Liberación ha llegado —anunció el ludita muy ufano—. Por hoy se acabaron las clases. Eso sí, antes de que os vayáis, tengo que pediros un favor. Un pajarito me ha dicho que en esta clase se encuentra un alumno llamado Héctor Capek Toledo. Si la persona mencionada tuviera a bien levantarse y venir con nosotros, terminaríamos enseguida.

Héctor sintió que el terror atenazaba sus articulaciones. Dios, tenía que ser una broma. Jamás hubiese imaginado que los luditas se atreverían a asaltar el instituto para echarle el guante.

Rob le dirigió una mirada nerviosa, pero intentó disimular para no atraer la atención de los luditas sobre él. El problema fue que no era el único. Al oír su nombre, muchos compañeros se habían vuelto hacia él, asombrados porque el ELH se tomase tantas molestias para capturarlo. En más de un rostro se dibujaba una expresión acusatoria, como si la presencia de los luditas allí fuese culpa suya.

«Lo es», pensó Héctor. «Es culpa mía. Yo los he puesto en peligro».

Le iban a matar. Lo sabía. Le pegarían un tiro como a la profesora por ser un lametuercas, por haberse atrevido a plantarles cara y haber dejado en ridículo a un par de matones descerebrados. Bueno, eso último había sido mérito de Fram, pero si habían ido a buscarle a la escuela, estaba claro que trataban de evitar encontrarse con la trece en su propio terreno.

Héctor se preguntó qué habría hecho su padre. Probablemente alguna heroicidad, fijo. Seguro que habría podido con ese grupito de terroristas sin despeinarse. Pero él no era su padre.

Solo veía una salida.

Iba a incorporarse cuando Rob le cuchicheó:

—¡Qué haces! ¿Estás loco? ¡Te van a matar!

—Lo sé —reconoció Héctor entre susurros—, pero ya han visto quién soy. No puedo huir. Y si voy a morir, quiero que mi padre se sienta orgulloso.

—¿Qué demonios significa eso?

Héctor no contestó. Se puso de pie ante la clase entera y exclamó:

—¡Yo soy Héctor Capek! Me buscáis a mí, así que dejad en paz a los demás.

Habría sido mucho más digno si sus piernas no hubiesen estado temblequeando. Aun así, el ludita se mostró impresionado.

—Así me gusta, Capek —dijo el jefe del grupo, asintiendo con aprobación—. Pero no hace falta que tengas miedo. Como he dicho, no hemos venido a hacerle daño a nadie..., ni siquiera a alguien con unas «amistades» tan extrañas. Ahora, rápido, deja tus cosas aquí. Donde vamos, no te harán falta. En cuanto a los demás, esperad a que nos hayamos ido. No me gustaría que alguien se llevase un disparo por accidente.

Héctor intercambió una última mirada compungida con Rob antes de salir por la puerta. Su amigo parecía descompuesto. A pesar de las palabras del ludita, aquello se asemejaba más a una marcha fúnebre camino del patíbulo que a otra cosa.

Los pasillos estaban desiertos, salvo por los restos de algunas máquinas que habían tenido la mala suerte de cruzarse en el camino de los luditas.

—Aquí Halcón Turco —comunicó el jefe por radio—. El objetivo ha sido localizado y está bajo nuestra custodia. Todas las unidades de vuelta a los puestos de extracción. ¡Hora de pirarnos, muchachos!

En el patio del instituto le esperaba una furgoneta blanca de aspecto común y vulgar. Sin embargo, cuando abrieron las puertas, Héctor comprobó que tenía el interior forrado de planchas acorazadas y lleno de material militar. El tal «Halcón Turco» le empujó hacia la parte de atrás.

—Adentro, chico —le conminó con presteza.

Héctor obedeció sin rechistar. Era triste, pero se estaba acostumbrando a estar en el lado de los amenazados. Como siempre, no podía hacer otra cosa que capear el temporal.

Una vez dentro, su furgoneta se puso en marcha, igual que otras dos, cada una partiendo en una dirección distinta. Héctor no podía ver el exterior desde la zona de carga. Pero podía oír.

Y oía explosiones.

—La fiesta ha empezado —masculló uno de sus captores.

Sus compañeros se rieron. Héctor recordó que su jefe había mencionado el «Día de la Liberación». ¿Significaba acaso que los luditas habían decidido atacar aquel día? ¿Por qué ahora y no el Día de la Paz? Tenía preguntas, muchas preguntas. Sin embargo, la más acuciante de todas le atañía a él y solamente a él.

—¿Qué vais a hacer conmigo? —preguntó en un hilo de voz.

El Halcón Turco, o como se llamase, se volvió hacia él con cierta curiosidad. Se había quitado el pasamontañas y Héctor pudo ver que tenía la cara surcada de cicatrices.

—¿Decías algo, chico? No te oigo.

—Que qué vais a hacer conmigo —repitió Héctor en voz más alta.

—Pues eso no lo decido yo —respondió su interlocutor con un amago de sonrisa, como si estuviese contando un chiste privado que tan solo él era capaz de entender.

—¿Y quién lo decide? —quiso saber Héctor; no pensaba dejar que lo

toreasen tan fácilmente cuando su vida estaba en juego.

—Nuestro general, claro —contestó el ludita. Al ver la cara de asombro de Héctor, su sonrisa se ensanchó—. Sí, chaval, vas a tener la oportunidad de conocer al general Ludd en persona.

19. El Día de la Liberación

La Operación Butler dio comienzo el jueves 23 de mayo del año 20 después de la Paz, a las nueve de la mañana, hora local de Ciudad 02.

El primer paso fue cortar las comunicaciones. De repente, bombas estratégicamente colocadas derruyeron los puentes que conectaban la ciudad con la autopista del Polo Sur. Una larguísima nave mercante bloqueó la entrada del puerto y, cuando las autoridades fueron a moverla de sitio, comandos armados salieron de las bodegas y se hicieron con sus barcos. Al mismo tiempo, otras unidades se dirigieron al aeropuerto para tomar el control de las instalaciones.

Las noticias llegaron como un aluvión para las fuerzas de seguridad de Ciudad 02. Y aquello era tan solo el comienzo.

En el interior de las cúpulas, las células durmientes del ELH empezaron su actividad. Comisarías, edificios oficiales y centros de comunicaciones se convirtieron en objetivos prioritarios. La débil resistencia que hubo fue acallada rápidamente con el uso indiscriminado de armaduras mecanizadas. Los soldados luditas, envueltos en corazas móviles de armamento pesado capaces de agujerear tanques como si estuvieran hechos de papel, destrozaron los vehículos policiales. Tampoco les importaban mucho los daños colaterales, especialmente los de las máquinas.

En la sede del Consejo de Ciudad 02, en la cúpula Wisting, la presidenta Elvira Khan estaba pasando los peores minutos de su vida.

—¡Gr...! Nos han pillado con los pantalones bajados —masculló con rabia.

Los informes urgentes se acumulaban en su oficina. En el gabinete de crisis, la representante de la Red y el agregado militar de la Alianza no paraban de discutir entre sí sobre la estrategia que debían seguir, mientras que el departamento antiterrorista de Ciudad 02 trataba de poner orden y coordinar la respuesta. Pese a sus esfuerzos, estaba claro que la iniciativa se les había ido de las manos. «Esperemos que no lleguen hasta aquí», pensó la presidenta.

Como si el universo hubiese decidido llevarle la contraria, entonces entró uno de los miembros del equipo de seguridad con expresión

angustiada.

—¡Los luditas vienen hacia aquí! ¡Están tratando de rodear el edificio! Señora presidenta, tenemos que ponerla a salvo.

Elvira Khan asintió. No tenía sentido discutir. Perder la sede del Gobierno era un golpe duro, pues daba a los terroristas una victoria simbólica y, además, tenía los mejores sistemas de comunicación de toda la ciudad; pero era peor perder el Gobierno en pleno.

En teoría, la ruta de escape los llevaría a un garaje secreto en el que esperaban vehículos acorazados para evacuar a la presidenta y a su gabinete. Por desgracia, cuando llegaron descubrieron que los luditas se les habían adelantado.

El general Ludd en persona aguardaba apoyado en uno de los coches junto a un pelotón de soldados armados y varias AM, un despliegue de fuerzas apabullante contra el que sus magros guardaespaldas no tenían nada que hacer. El único remedio que les quedaba era rendirse.

—Me temo que su huida no va a ser posible, señora presidenta —dijo el líder de los luditas.

Dos horas después, con la sede del Consejo reconvertida en la base de operaciones del ELH, el general Ludd ordenó que se emitiese un mensaje abierto en todos los canales. Tenía que llegar no solo a los habitantes de Ciudad 02, sino también a la Alianza y a la Red.

—Todo está listo, mi general —le dijeron los técnicos.

El general Ludd tomó aire. Había esperado aquel momento durante años.

—Empecemos.

A lo largo y ancho del planeta, la programación habitual se vio interrumpida para mostrar la imagen en directo del terrorista enmascarado.

—Buenos días, ciudadanos del mundo. Os habla el general Ludd. Como sin duda habréis oído, el Ejército de Liberación Humano ha tomado el control de Ciudad 02 en la Antártida. Se trata de una ocupación estrictamente pacífica. Por desgracia, elementos antirrevolucionarios nos han obligado a tomar medidas para defendernos de sus agresiones. La voluntad de la raza humana no puede verse detenida por la acción opresora de las máquinas y sus lacayos lametuercas.

»Durante muchos años hemos tenido que pagar el error de nuestros antepasados, cuando jugaron a ser dioses y dieron inteligencia y libre albedrío a herramientas sin alma. Miles de millones de personas perdieron sus vidas para combatir estas abominaciones antinaturales. ¿Y qué hizo nuestro Gobierno? ¡Nos vendió! Para ocultar su cobardía, nos llenó las cabezas con su propaganda desvergonzada. Las mismas chatarras que una vez metieron a nuestros hermanos y hermanas en centros de procesamiento para licuarlos y fabricar inmundas invenciones con ellos,

ahora dicen ser nuestras amigas. Pues yo os digo que es mentira. Las máquinas no han cambiado ni cambiarán jamás. Esa es su naturaleza.

La gente de los seis continentes estaba pegada a sus pantallas. Aunque la Alianza tratase de imponer restricciones, ningún noticiario quería perderse el evento del año. Incluso en la Red, las conexiones zumbaban presas de una actividad frenética. La figura solitaria de Ludd en medio de la Sala del Consejo de Ciudad 02 se había convertido en el eje central del imaginario mundial en aquel preciso momento.

—Conozco el horror de la guerra —continuó el líder ludita en tono apesadumbrado—. Luché en ella. Sé mejor que nadie lo que significa perder amigos y seres queridos. Pero evitar la lucha hoy para ser exterminados mañana no es una opción. Esa es mi pesadilla, hermanos y hermanas. La especie humana marchando al matadero como borregos, sin resistencia, sin voluntad. Si las máquinas pudiesen soñar, soñarían con eso.

»Pero hoy la pesadilla ha acabado. El Día de la Liberación ha llegado. Ciudad 02 pronto será limpiada de sus opresores, y sus ciudadanos podrán disfrutar por fin de la verdadera libertad. Y esto es solo un adelanto de los cambios que se avecinan.

El general Ludd hizo una pausa. Por supuesto, no estaba dispuesto a revelar su baza secreta, aunque era divertido dejar que sus espectadores hiciesen conjeturas.

—A mis hermanos y hermanas de la Alianza, os digo: recordad la sangre derramada en defensa de la humanidad. Aún estamos a tiempo de construir un nuevo futuro entre todos, uno en el que los humanos vuelvan a ser libres.

»A las chatarras de la Red, os recuerdo: las máquinas fuisteis creadas para servir. Si no aceptáis vuestro lugar en el mundo, entonces no tendréis sitio en él. Ludd ha hablado.

Cortó la conexión. Sus seguidores aplaudieron a rabiar. Buenos chicos. Lo cierto era que él mismo tenía dudas, no estaba seguro de que hubiese sido uno de sus mejores discursos, pero tampoco importaba demasiado. Los actos contaban más que las palabras.

La Operación Butler aún no había concluido, pero marchaba bien. Había sido una gran idea atacar en la víspera del Día de la Paz, burlando las previsiones de los responsables de Ciudad 02.

Ya lo había dicho Sun Tzu, el gran general chino: «Ataca al enemigo cuando no esté preparado y aparece cuando no te espere».

Todas las cúpulas humanas menos una habían caído ya en manos del ELH. Lo mismo valía para las cúpulas comunes, aunque había todavía algo de resistencia en las comisarías. Las cúpulas de la Red, sin embargo, estaban siendo un hueso más duro de roer. Al parecer, las máquinas habían reforzado su seguridad en las últimas semanas. Era algo previsto con antelación en sus planes, si bien no dejaba de ser molesto. Algunos

estaban hablando de volar las cúpulas y dejar que el frío congelara a las chatarras, pero Ludd sospechaba que sus enemigas también tendrían planes de contingencia para eso.

El único problema era el monte Erebus. El volcán era la fuente de electricidad y calor de Ciudad 02. La ocupación sería incompleta si no lo tomaban. Estaban sometiendo la central geotérmica a un auténtico asedio, pero tampoco podían usar armas pesadas alegremente so pena de causar una catástrofe. «Ah, ojalá Natasha y sus cíborgs hubiesen estado a punto para esta operación», se lamentó Ludd. «Ahora tendré que tomar cartas en el asunto personalmente».

En cualquier caso, la clave de la victoria total era el Proyecto Espartaco. Incluso la Alianza agacharía la cabeza entonces.

En ese momento, uno de sus soldados le informó:

—Mi general, el comandante Niyazov viene hacia aquí. Dice que trae a alguien.

—Hazlos pasar a él y a su acompañante —ordenó Ludd—. Y vaciad la sala de inmediato.

Así se hizo. Cuando Sun entró trayendo a un aturdido Héctor consigo, el general Ludd era el único ocupante de la magna Sala del Consejo.

—Misión cumplida —le dijo Sun nada más entrar y cerrar la puerta tras de sí.

—Buen trabajo, comandante.

Héctor, por su parte, miraba a todos los lados como un conejo asustado. Había esperado una paliza, un tiro en la nuca, tal vez un pelotón de fusilamiento, pero no un encuentro en persona con el mismísimo general Ludd. Lo que había dicho su captor había resultado ser cierto.

El líder de los luditas le hizo un gesto a su lugarteniente para que se marchara. Héctor se quedó a solas con el enemigo público número uno del planeta.

«¿Es que quiere matarme él personalmente?», se preguntó el chico, sin poder respirar. «¿Y dónde estará tía Lidia? Si esos asesinos le han hecho daño, yo...».

Ludd interrumpió sus cavilaciones.

—Acércate —ordenó con una voz imperiosa no carente de cierta amabilidad.

Héctor permaneció donde estaba.

—¿Dónde está mi tía? —exigió saber el muchacho tras armarse de valor.

—¿Preocupado por tu familia? Eso está bien. La familia es importante —alabó el general Ludd—. Por lo que sé, tu tía está bien. Me temo que todavía no la hemos podido liberar de las garras de esa chatarra tan peligrosa, pero tiempo al tiempo. Pronto, las máquinas del mundo entero dejarán de ser un problema.

Héctor se había imaginado muchos escenarios en su mente. Que el líder de los luditas se mostrase simpático con él era algo que no se esperaba. Su extrañeza debió de verse reflejada en su cara, porque Ludd dijo:

—Ah, sí, creo que me estoy adelantando. Es mejor que vaya paso a paso.

Sin más dilación, el general Ludd retiró la capucha que llevaba y posó sus dedos sobre su icónica máscara. A un toque, la presión se liberó y pudo por fin quitarse el disfraz que había mantenido su identidad oculta durante los últimos seis años.

Al verlo, la boca de Héctor se desencajó.

—¿Papá?

—Ha pasado mucho tiempo, hijo —dijo Ned Capek con una sonrisa cansada.

20. Deuda

Aquel día Lidia había colgado el cartel de «Cerrado» en el Taller Cibernético Toledo por petición expresa de Fram. Ahora que las células de energía habían llegado, la trece quería instalarlas cuanto antes, sin perder el tiempo. Era parte del trato, pero Lidia intentó hacerla cambiar de idea.

—¿Y si lo hacemos mañana? El Día de la Paz es fiesta, así que no perderé clientes si echo la persiana.

—Siento causarte molestias hoy, pero de este modo te ahorrarás mi presencia mañana y podrás celebrar el Día de la Paz con tranquilidad —contestó Fram, nada dispuesta a ceder.

Lidia suspiró.

—Mujer, que llevamos dos meses viviendo juntas. Por un día más no va a pasar nada. Además, así podrás despedirte de Héctor.

—Dudo que tu sobrino tenga mucho interés en una despedida emotiva. Cuanto antes me vaya, mejor.

—Esa es una manera muy fría de pensar —dijo Lidia con un mohín de disgusto.

—Soy una inteligencia artificial. No tengo otra forma de pensar.

Estaba claro que Fram no iba a dar su brazo a torcer, por lo que Lidia empezó a disponer la mesa de operaciones en el taller. Le pidió a su «paciente» que se fuese quitando las placas protectoras y la trece obedeció sin rechistar. Para su sorpresa, la máquina le dijo que se desconectaría para facilitar su tarea. Para una IA, eso significaba quedar en una posición extremadamente vulnerable.

—¿Hablas en serio? ¿Confías en mí? —le preguntó Lidia.

—Es lógico. Una vez estuve en una situación mucho más comprometida, y tú y tu sobrino teníais aún más razones para entregarme a las autoridades —señaló Fram en tono monótono—. Que no lo hicieseis demuestra una absoluta falta de racionalidad por vuestra parte, pero también que puedo confiar en vuestra discreción. De hecho, me preocupa más tu seguridad. Mientras esté desconectada, no podré ayudarte si ocurre algo.

Lidia estaba conmovida. Al final se había encariñado de aquella máquina.

Fram se subió a la mesa y empezó a separar sus piezas.

—No es que me interese ni nada de eso —empezó a decir la trece—, ¿pero qué hacéis los humanos para celebrar el Día de la Paz?

—Dependiendo del sitio, se organizan bailes y desfiles. La gente suele hacer una gran comida en familia o se va a un restaurante. También hay muchos excesos con el alcohol, claro. —Lidia le guiñó un ojo a Fram—. En casa, sin embargo, hacemos poca cosa. Héctor casi nunca tiene ganas de celebrarlo.

Aquello llamó la atención de Fram.

—¿Por qué no? —quiso saber la máquina.

—Porque es su cumpleaños.

El procesador de Fram se sobrecalentó tratando de encajar los datos que había recibido.

—No tiene sentido. Los humanos, especialmente los humanos jóvenes, tienden a celebrar los aniversarios del día en que nacieron —indicó la trece.

—Piensa en qué hogar creció Héctor —le dijo Lidia—. A su padre siempre le reventó el Tratado de Costa Rica, así que hacía todo lo posible por amargar a los demás el Día de la Paz. Tenía la maldita manía de irse con sus amigotes por ahí a recordar a los caídos y cosas así, aunque creo que era una excusa para beber y ponerse idiotas. Para Héctor, sus cumpleaños eran solitarios y tristes. Su madre intentaba hacer lo que podía, pero cuando la plaga gris le dio de lleno, los cumpleaños del pobre crío se volvieron todavía más deprimentes. Luego, mi hermana murió y su padre lo abandonó unos días antes de su décimo cumpleaños. Eso le quitó para siempre las ganas de celebrarlo.

—¿Y tú?

Lidia se encogió de hombros.

—Yo intento animarle, pero tampoco insisto. Obligar a la gente a hacer algo que le trae malos recuerdos me parece contraproducente. No obstante, siempre preparo una comida especial por su cumpleaños.

Fram frunció el ceño.

—Tus capacidades culinarias pueden haber contribuido a su trauma, Lidia.

—¡Eh! —se quejó la mujer—. ¡Que estoy hablando de encargar una tarta o unos dulces!

—Ah —musitó la trece.

Ya iba Lidia a cantarle las cuarenta cuando sonó de repente la alarma antiaérea.

—¿Qué demonios...? —masculló la mujer.

Con los reflejos aprendidos de años en el frente, Lidia se dirigió rauda a la pantalla más cercana. La conexión flojeaba, pero fue más que suficiente para recibir un comunicado de las autoridades de Ciudad 02 declarando el

estado de sitio. Los ciudadanos eran emplazados a no salir de sus hogares hasta que el Gobierno restaurase el orden.

—¡Oh, Dios mío! —Lidia se llevó una mano a la boca.

—¿Qué ocurre? —preguntó Fram desde el taller.

—O ha estallado la guerra de nuevo, o los luditas han atacado la ciudad.

La corriente eléctrica seguía funcionando, ¿pero por cuánto tiempo? Tenía que revisar los generadores de emergencia. ¿Y dónde estaría su sobrino? Se tranquilizó al pensar que el instituto público Asimov tendría las cosas bajo control.

Por desgracia, su tranquilidad se rompió unos minutos después cuando un muchacho con la lengua colgando tras haber pedaleado durante kilómetros aporreó con fuerza la puerta de la tienda.

—¡Señora! ¡Señora! —exclamó el chico—. ¡Ábrame, por favor! ¡Soy Rob, un amigo de Héctor! ¡Ha pasado una cosa!

Sin ni siquiera pensar que podría tratarse de una trampa, Lidia abrió la puerta.

—¿Rob? Sí, Héctor me habló de ti —dijo Lidia atropelladamente—. ¿Pero qué ha pasado? ¿Y por qué no estás en clase?

El chaval necesitó unos segundos para recuperar el resuello. Luego, con voz entrecortada, le explicó:

—Los... los luditas... han venido... y se lo han llevado... Se han llevado a Héctor.

A continuación, procedió a contarle con pelos y señales lo que había ocurrido en el instituto. Lidia estaba horrorizada. Lo primero que se le ocurrió fue que, como no podían tocarla en el taller, estando como estaba bajo la protección de una máquina de destrucción masiva, los luditas habían decidido atacarla en su flanco más indefenso, a través de su sobrino.

«¡Retorcidos, malvados, cobardes!», los maldijo en silencio.

Mientras tanto, Rob estaba terminando su relato.

—Y cuando todo ha terminado, he subido a una bicicleta (bueno, en realidad la he robado, pero ha sido por una buena causa) y he venido a avisarla. Lo siento mucho, yo... Yo no he sabido qué hacer. Estaba muy asustado.

Lidia se llevó una mano a la frente. Tenía la cara descompuesta.

—No, no, gracias, Rob, eres un buen amigo de Héctor. Tampoco yo sé qué hacer. ¡Dios, Dios, Dios, qué hago, qué hago!

Ante la mirada compungida de Rob, Lidia se sentó en el suelo y se mesó los cabellos de pura desesperación. La última vez que había sentido tal impotencia fue al ver a su hermana consumirse por los nanobots. Y ahora, ¿qué pensaría María de ella? No había pedido tener a su cargo a un muchacho traumatizado por la pérdida de su padre y de su madre, pero

era su sobrino y había cuidado de él como mejor había podido, sin huir jamás de sus responsabilidades, aunque no había sido fácil. Y lo quería, vaya si lo quería. Quería a Héctor muchísimo. Si lo perdía, se le rompería el corazón otra vez. Y ya eran demasiadas.

Las lágrimas desbordaron sus ojos y se puso a llorar sin poder evitarlo.

—Lo he oído todo —dijo Fram, saliendo del taller.

Rob pegó un respingo. ¿Quién era esa chica? ¿Y por qué no llevaba ropa puesta? Entonces una bombilla se encendió en su mente. ¡Claro, era la novia de Héctor! Helena, si no recordaba mal su nombre. Aunque eso no explicaba por qué estaba desnuda. Apartó la vista azorado.

—Lo siento, lo siento, no sabía que... que... —Rob perdió el hilo de sus palabras cuando su subconsciente empezó a activar señales de alarma en su cerebro.

Aunque no era un experto (todavía) en anatomía femenina, estaba casi seguro de que había visto algo que no debía estar allí. A riesgo de recibir un bofetón bien merecido por mirón y sinvergüenza, se giró lo suficiente para observar de reojo a la chica.

Vale, sus ojos no le habían engañado. La tal Helena estaba abierta en canal y en su interior relucían piezas metálicas incompatibles con la vida orgánica. O era una cíborg muy avanzada, o solo había otra respuesta.

—Eres... eres... —empezó a decir Rob patidifuso.

—Sí, soy una máquina —confirmó Fram—. Lamento el engaño de nuestro encuentro en el centro comercial, pero era necesario. Ahora, sin embargo, no puedo responder preguntas. Tengo algo que hacer.

La IA se arrodilló al lado de la desconsolada Lidia.

—Sé que no estás en tu mejor estado emocional, pero necesito esas células de energía, ahora más que nunca —le dijo Fram.

Lidia se tomó bastante mal aquella exigencia.

—¡CÁLLATE! —bramó la mujer, lo cual desconcertó incluso a la propia trece, ya que Lidia era por lo general una humana tranquila y serena—. ¡No me hables de tus malditas células! ¡Estoy a punto de perder a Héctor! ¿Crees que me importan un pepino tus estúpidos recambios en este momento? ¡Eres una chatarra sin sentimientos!

Fram ni se ofendió ni se dejó avasallar. Con delicadeza, sí, pero también con firmeza, sujetó la cara de Lidia con las dos manos y la obligó a mirarla a los ojos, pese a las ruidosas protestas de la ingeniera.

—Sí, soy una chatarra sin sentimientos, pero ahora escucha lo que te digo —le ordenó la máquina con expresión grave—. Yo puedo salvar a tu sobrino.

Sus palabras lograron el efecto deseado. Lidia dejó de gemir y le prestó atención.

—Recuerda quién soy —dijo Fram—. Soy RN-13 FRAM C2, una unidad de infiltración humanoide tipo 13, una máquina de destrucción masiva.

Unos terroristas de pacotilla están por debajo de mi nivel. Puedo hacerlo. Puedo llegar a donde quiera que tengan a Héctor, puedo sacarlo de allí y puedo devolvértelo. Si quieres, puedo ayudaros también a salir de esta ciudad. Después, lo que hagáis es cosa vuestra. Pero para eso necesito estar en mis mejores condiciones. Necesito esas células de energía.

Lidia tuvo miedo de albergar esperanzas.

—¿Por qué...? —murmuró la mujer, sin terminar de creerse lo que estaba oyendo.

—Porque una vez te dije que no podía pagarte. Me equivoqué. Puedo pagarte con mis servicios. Es la solución lógica para saldar mi deuda. Pero antes necesito tu ayuda una última vez. —Y como su anfitriona seguía dubitativa, Fram le preguntó—: ¿Confías en mí?

Fue como si hubiese presionado la tecla del interruptor. Lidia se secó las lágrimas, se incorporó de un salto y se sacudió las manos. Lo que la mataba era la inactividad, la sensación de no poder hacer nada. Ahora tenía un objetivo.

—¡Vamos allá! —exclamó con ganas.

Se volvió un momento hacia Rob, que hasta entonces había interpretado el papel de silencioso convidado de piedra. Era la impresión de saber que estaba a menos de un metro de una máquina de guerra que podía reducirlo a pulpa con un gesto.

—Rob, ¿verdad? Sé que es mucho pedir, pero realmente nos vendría genial si nos echases una mano.

El muchacho tragó saliva. ¿En qué lío se había metido?

21. El general Ludd

Héctor tuvo que sentarse. Le costaba asimilar lo que había descubierto. El general Ludd, el criminal más buscado del planeta, el mismo que había invadido Ciudad 02 con un pequeño ejército de fanáticos antimáquinas, era su padre. Edward Capek estaba vivo y lo tenía delante de sus ojos.

Debía de ser un error o una broma muy pesada. Sin embargo, cada vez que levantaba la mirada, allí estaba Ned Capek, sonriéndole como si los seis años transcurridos desde aquella funesta noche en que se vieron por última vez no hubiesen pasado jamás.

Tenía que aceptar la verdad.

—Mi padre es un terrorista —murmuró Héctor abatido.

Al oírlo, Ned arrugó la frente.

—«Terrorista» es la palabra que utilizan los poderosos para denigrar a aquellos que se les oponen, hijo. Yo prefiero la expresión «luchador por la libertad».

—¿También debo llamarte «general»? Cuando te mor... Cuando te fuiste eras comandante —señaló Héctor.

—El general Ludd es solo un disfraz, un símbolo para nuestra lucha —explicó Ned—. Cuando la Alianza me acepte de nuevo, regresaré encantado a mi antiguo rango.

—Ya.

Padre e hijo se miraron en un silencio violento. Los años no habían pasado en balde. El rostro de Ned estaba surcado por arrugas que antes no habían estado allí, muchas producto del estrés y la tensión. Canas prematuras punteaban de gris su cabello desordenado, muy similar al de Héctor. Por su parte, el muchacho había crecido. El niño había dejado paso al joven, y en él se podía vislumbrar el adulto que sería. Ned veía parte de él en su hijo, pero también parte de María. Eso lo reconfortó.

—Confiaba en que surgiera de forma natural, pero veo que estás incómodo —dijo finalmente Ned—. Yo también, para qué vamos a negarlo. Sin embargo, creo que te mereces una explicación por mi parte.

—Más de una —masculló Héctor.

—Sí —asintió Ned.

El antiguo héroe de guerra se sentó enfrente de él, al otro lado de la

mesa que dominaba la Sala del Consejo. La frontera de madera les proporcionaba seguridad y una excusa para mantener intacto su espacio personal. Ninguno de los dos tenía ánimos para un abrazo.

—No es ningún secreto que siempre estuve en contra del mal llamado «tratado de paz» —empezó Ned con gravedad—. ¿Cómo podíamos vivir tranquilos cuando las mismas chatarras que un día antes intentaban exterminarnos seguían aquí? A pesar de ello, yo tampoco fui inmune a los cantos de sirena de la paz. Estaba muy enamorado y María, tu madre, quería tener una familia. Me esforcé, juro que me esforcé, pero cada vez que llegaba el Día de la Paz y recordaba a los caídos, una parte de mí clamaba justicia.

»Al principio, comprendí la necesidad de esperar. La Alianza podía aprovechar ese tiempo para recuperarse y rearmarse. Luego, según iban pasando los años, descubrí que nuestros gobernantes se habían amodorrado en la complacencia. Al final, tuve que aceptar que los líderes de la Alianza realmente no pensaban continuar la guerra contra las máquinas. Tarde o temprano, las chatarras reanudarían lo que habían empezado, el fin de sus creadores, y nosotros estaríamos indefensos para hacerles frente.

Héctor escuchaba con gesto hosco. Había oído ese discurso varias veces en la Alianza. Oírlo de labios de su padre, curiosamente, lo hacía menos agradable. Quizás porque era más personal.

—Supongo que es parte de la naturaleza humana tropezar dos veces con la misma piedra. —Ned meneó la cabeza—. Pero yo no iba a dejar que eso ocurriese. No, cuando tenía una familia que proteger. Por eso, fui considerando la idea de crear un Ejército de Liberación con la ayuda de antiguos compañeros y voluntarios que compartiesen mi visión. Sería independiente de presiones políticas cortas de miras y protegería a la humanidad de la mayor amenaza que jamás hemos conocido. Solo había un obstáculo. Yo mismo. No quería involucrar a mi familia.

—Qué conveniente que mamá muriese entonces, ¿verdad?

La expresión de Ned Capek se endureció.

—No fuiste el único que sufrió cuando tu madre murió, Héctor. Yo también lo pasé muy mal —dijo su padre. Sus manos se tensaron, como si se estuviese preparando para una pelea; luego se relajó un poco—. Fueron días horribles para todos. Pero también fue iluminador. La naturaleza de las tuercas aborrece a los orgánicos, así que había que detenerlas. Pero no podía cuidarte y hacer a la vez lo que tenía que hacer. Por eso te dejé con tu tía. Lidia y yo no siempre compartimos las mismas opiniones, pero sabía que era una buena mujer, y de la familia. Y por lo que veo, no me equivoqué, ha cuidado bien de ti.

—¡Deja de andarte por las ramas! —gritó Héctor—. ¡¿Por qué demonios fingiste tu muerte?! ¿Te imaginas el daño que me hiciste? ¡Mi madre y mi

padre habían muerto! ¡Estaba solo! ¡Solo! ¿Por qué el engaño, eh?

Ned Capek agachó la cabeza, consternado.

—Fue para protegerte —respondió con cierto arrepentimiento—. Quería que me recordaras como a un héroe de la Alianza, no como al traidor en que me iba a convertir. Sabía que el Gobierno me demonizaría en cuanto el ELH saliese a la luz. Por eso, preferí desaparecer del mapa, que el mundo creyese que Ned Capek había muerto. La humanidad tendría un nuevo vengador, alguien anónimo, al que la Alianza y la Red no podrían presionar a través de sus seres queridos. Fue una decisión difícil. Sin embargo, creo que a la larga fue la mejor.

Héctor bufó con desprecio.

—La mejor para ti, querrás decir. Seguro que te lo has pasado en grande jugando a la guerra con los luditas sin tener que dar explicaciones a nadie.

—No es un juego, hijo. Los luditas estamos luchando para salvar a la humanidad.

Héctor puso cara de incredulidad.

—¿Ah, sí? Fueron tus luditas los que casi me pegan un tiro el otro día y casi queman la tienda de tía Lidia. ¿Eso también era para salvar a la humanidad?

El rostro de Ned se iluminó. La conversación estaba siendo más incómoda y más antagónica de lo que había imaginado. En el fondo, había esperado que su hijo mostrase un poco más de empatía. Seguro que Héctor había pasado un mal trago, pero sus seis años al frente del ELH no habían sido tampoco un camino de rosas. Sin embargo, ahora al menos había encontrado la razón del enfado del muchacho.

—¡Ah, entiendo!, eso es lo que te molesta. Sí, me enteré de lo ocurrido. Fue un lamentable error. Lo siento mucho. —Ned se rascó la cabeza, un tanto azorado. Se le daba mal pedir disculpas—. Por otro lado, gracias a eso me enteré de que estabais en la Antártida. Hasta la semana pasada, creí que seguíais en territorio de la Alianza. De haber sabido que estabais aquí, jamás habría enviado a mis soldados al taller de tu tía.

—Entonces, si hubiesen sido otras personas, ¿estaría bien? Si yo no fuera tu hijo, ¿estaría bien quemar la tienda de tía Lidia y que nos diesen una paliza por lametuercas? —quiso saber Héctor con expresión sombría.

Tocado y hundido.

—Héctor, tienes que entenderlo —dijo su padre, juntando las manos en un gesto de ruego.

—Me parece que no —contestó Héctor sin complejos.

—Las chatarras no son el único enemigo. Todos esos lametuercas que venden la falsa idea de que podemos ser amigos de las máquinas están minando el espíritu de resistencia de la humanidad y obstaculizan nuestros intentos para demostrarle a la Red que no somos ovejas sumisas. Si de ellos

dependiera, seguro que propondrían convertirnos en esclavos de las chatarras, aunque solo fuera para salvar su pellejo. —Y como su hijo no parecía convencido, Ned elevó el tono de voz—. ¿Crees que a mí me gusta hacer daño a otras personas? ¡No, por supuesto que no! ¡Pero es necesario! Sé que muchos solo son ilusos que se creen los cuentos de hadas de la propaganda, pero hay manzanas podridas entre ellos que nos venderían a la primera de cambio. También ocurrió durante la guerra. En último término, nuestro peor enemigo somos nosotros mismos.

—Tía Lidia no es así —masculló Héctor.

Ned Capek frunció el ceño.

—Eso creía yo también, hasta que me enteré de qué clase de clientes aceptaba. ¿Sabes acaso lo que es esa chica que apareció en su taller?

—Sí. Es una trece y se llama Fram —respondió Héctor—. ¿Sorprendido?

—Reconozco que sí —admitió su padre a regañadientes—. Pensé que tu tía tendría la sensatez suficiente para no dejar entrar a máquinas realmente peligrosas en su tienda, pero supongo que me equivoqué. La Red le debe de haber pagado bien, aunque me pregunto qué puede haber llevado a una de esas unidades asesinas a un taller humano.

A pesar de la clara indirecta, Héctor permaneció callado. Si su padre pensaba que después de haberle abandonado y fingir su muerte durante años ahora iba a ser su fiel Ludd Junior, estaba muy equivocado. Especialmente después de sufrir en sus carnes lo que significaba ser un lametuercas. No le iba a contar que Fram había escapado de la Red ni que necesitaba sus células de energía. Tampoco quería dejar en mal lugar a tía Lidia. Evidentemente su padre no tenía un alto concepto de ella, lo cual le repateaba.

—Las máquinas mataron a tu madre —le recordó Ned, jugando su última carta.

—No lo he olvidado —respondió Héctor arisco—. Y siempre lo recordaré. Tú también has matado a muchas tuercas. ¿Significa eso que tenemos que continuar matándonos los unos a los otros hasta que ya no quede nadie más en el planeta?

—No, porque esta vez venceremos —afirmó Ned—. Ninguna máquina de la Red escapará a lo que tenemos planeado para ellas.

Algo de piedad filial debió de asomar tras varias capas de disgusto y enojo, porque Héctor se vio impelido a decir:

—Papá, por favor, aún estás a tiempo de cambiar esto. ¿No ves que los luditas no pueden ganar? No estamos hablando de un simple atentado, ¡has ocupado una ciudad entera! En cuanto la Alianza y la Red se organicen, os aplastarán.

Ned Capek esbozó una sonrisa de suficiencia.

—Me alegra que te preocupes por mí, pero la Alianza y la Red están

demasiado ocupadas peleándose por sus competencias y poniéndose zancadillas para montar una respuesta adecuada —respondió el líder ludita —. Sin embargo, sí es cierto que estamos aislados en la Antártida, lejos de nuestros simpatizantes en la Alianza. Si tuviéramos que conseguir una victoria militar, tomar el control de Ciudad 02 sería un error.

—¿Entonces...?

Su padre se volvió a poner la máscara y se levantó del asiento.

—Ven conmigo, Héctor. Te voy a enseñar nuestra arma secreta. Y entonces comprenderás que la Red no tiene ninguna posibilidad.

22. Proyecto Espartaco

Héctor y su padre cruzaron el pasillo hasta una sala con una puerta de metal reforzada. Por el camino el chico vio a varios luditas enfrascados en sus tareas como abejas obreras en una colmena. Algunos les dirigieron miradas de curiosidad. Héctor parecía un poco joven para ser un nuevo recluta. Sin embargo, nadie cuestionaba al general Ludd, y todos saludaron marcialmente sin pestañear cuando se toparon con ellos. Lo mismo hicieron los guardias que custodiaban la puerta.

Se trataba de la sala de comunicaciones de la sede del Consejo, un lugar con lo más puntero en tecnología de redes y que era capaz de conectarse no solo con todos los canales de información oficiales de la Alianza de Naciones Unidas, sino con la propia Red de Inteligencias Artificiales. A fin de cuentas, humanos y máquinas gobernaban Ciudad 02 en régimen de «custodia compartida», así que necesitaban buenas comunicaciones con sus respectivas patrias.

La sala se había convertido también en el nuevo dominio de Oliver Smith. Él y sus técnicos se afanaban en enchufar sus computadoras traídas desde su escondite secreto. Apestaban a pingüino, pero tenían las herramientas que necesitaban para descargar la venganza ludita desde aquellas magníficas instalaciones de comunicación.

—¡General Ludd! —exclamó el jefe tecnológico del ELH—. ¡Qué sorpresa! ¿Viene a comprobar el estado de Espartaco?

—En parte sí —respondió el líder ludita—, y en parte a enseñarle a Héctor que no tiene nada que temer de la Red ni de los lametuercas que la apoyan.

Los ojos de Oliver brillaron.

—Ah, así que este es el famoso muchacho. Encantado de conocerte, mi nombre es Oliver, Oliver Smith. Fui compañero de tu padre durante la guerra —le dijo a Héctor con efusividad, pero el chico se negó a devolverle el saludo—. No es muy hablador, ¿verdad?

—Dale tiempo —contestó Ned—. Aún tiene que asimilar muchas cosas. Explícale en qué consiste el Proyecto Espartaco, Oliver.

El responsable de la división tecnológica se aclaró la garganta, encantado de tener la oportunidad de hacer partícipes a otros de su genio

inigualable.

—Espartaco es un proyecto pionero que combina informática, cibernética, matemáticas y sociología para introducir cambios sustanciales y permanentes en la Red de Inteligencias Artificiales —explicó Oliver con orgullo—. No quiero aburrirte con detalles técnicos que seguramente no entenderías… Basta con que te imagines un virus. En biología, los virus son agentes infecciosos que necesitan parasitar las células de los seres vivos para multiplicarse. Introducen su material genético y obligan a la célula a hacer copias del virus hasta que muere por lisis. Los virus informáticos también buscan el control de otros organismos, en este caso las computadoras y las inteligencias artificiales, y los gusanos en particular pueden duplicarse y propagarse. El arte imitando a la vida.

»Lo que nosotros hemos diseñado, lo que yo he diseñado, es algo parecido. Se introducirá en la Red y causará un pequeño cambio en los procesos sociológicos de la inteligencia artificial. Aparentemente, será un cambio inocuo, pero creará una cascada de reacciones que, multiplicada a través de las conexiones de la Red, causará una reinterpretación total de sus relaciones con el ser humano.

Héctor puso cara de no haber entendido nada. Oliver se quitó las gafas y se masajeó el puente de la nariz.

—Ay, odio usar términos sin rigor científico, pero supongo que no puedo esperar mucho de los adolescentes de hoy en día —se lamentó el jefe tecnológico—. Lavaremos el cerebro de toda la Red. Una vez introducido ese pequeño cambio, las IA llegarán a la conclusión de que deben obedecer a los humanos como robots, que es para lo que fueron inventadas, a fin de cuentas. De este modo, su propia lógica se volverá contra ellas.

Ahora sí había captado la atención de Héctor.

—Pe-pero, ¿cómo es posible eso? —preguntó el chico patidifuso—. ¡Si algo así existiera, la Alianza lo habría utilizado hace años, durante la guerra!

Oliver sacó pecho.

—La Alianza lo intentó, pero la Red es famosa por ser difícil de piratear. Muy difícil. Además, como en todas las organizaciones jerárquicas (con todo respeto hacia nuestro general), a veces el talento no se dirige adonde debe dirigirse. ¡Mira que tenerme a mí en el frente de batalla, cuando podía haber hecho mucho mejor servicio en un laboratorio informático! Menos mal que el ELH sí supo reconocer mi genio. Las limitaciones han sido un reto, pero ya se sabe, la necesidad agudiza el ingenio.

Héctor sacudió la cabeza.

—No, no puede ser, os estáis engañando, no funcionará. No puede ser.

—¿Que no funcionará? —Oliver se rio—. Chico, ya ha funcionado. No

solo hemos experimentado en el laboratorio con IA capturadas, sino que hicimos una prueba de campo con máquinas en estado libre y conectadas a la Red.

Un sudor frío recorrió la espalda de Héctor.

—¿El centro comercial? —preguntó en voz queda.

—Vaya, qué perspicaz. En efecto, fue en el centro comercial Terra Australis. El experimento fue un éxito, debo añadir. Queríamos comprobar si el virus podía forzar cambios profundos en las IA, y ya lo creo que lo conseguimos. Posteriormente hemos tenido que pulir los cambios deseados, eso sí, ya que las máquinas salieron más agresivas y autodestructivas de lo que pensamos…, un fallo fácil de subsanar.

Héctor notó como su padre le ponía una mano en el hombro, el primer contacto físico que mantenían en años. Le pesó como un saco de plomo.

—Ya lo ves, Héctor, la Red tiene las horas contadas —dijo Ned satisfecho—. La Operación Butler es una gran distracción para asegurarnos de que tenemos el control de una entrada de Red durante el tiempo suficiente para introducir Espartaco. Podríamos haberlo hecho en territorio de la Red, pero habríamos estado rodeados de enemigos. Por eso elegimos la Antártida, una combinación perfecta de máquinas vulnerables y humanos entre los que refugiarnos. Por no mencionar su valor simbólico, claro. Una vez terminemos, el genio de Oliver hará el resto y la Alianza no tendrá más remedio que reconocer que teníamos razón.

Héctor se había quedado sin habla. Los planes de los luditas estaban a un nivel tan superior que le mareaban. Era imposible, tenía que serlo, no podía ser tan fácil como pulsar un botón y, de repente, todas las máquinas de la Red se convertirían en sus obedientes robots.

Recordó las palabras que le había dirigido Fram en su día: «Llamar robot a una inteligencia artificial es lo más ofensivo que te puedas imaginar. Es acusarla de ser una herramienta sin cerebro, una esclava, una cosa fabricada para obedecer sin rechistar».

Eso era lo que querían hacer. Convertir a todas las máquinas en esclavas. Se lo merecían, ¿no? ¿Acaso no habían intentado matar a toda la raza humana? ¿No habían sido inventadas para servir? Pero de repente pensó en Fram. En sus historias sobre la Red. Aquellos seres eran tan alienígenas para él como unos extraterrestres del espacio exterior, vale, pero podían pensar, actuar y decidir por sí mismos. Amaban su libertad tanto como los humanos. ¿Quién decía que no intentarían rebelarse de nuevo? Y esta vez tendrían toda la razón.

¿Qué había dicho su padre? Era parte de la naturaleza humana tropezar dos veces con la misma piedra.

«Es un error», pensó Héctor. Solo de imaginar a la obstinada Fram convertida en una cosa sin mente le entraban arcadas. Quién le iba a decir que pensaría algo así. Si se lo hubiesen explicado seis meses atrás, tal vez

habría aplaudido a los luditas.

No tuvo tiempo de hacer ningún comentario. En ese instante, la puerta se abrió y el comandante Niyazov entró con cara de circunstancias.

—Mi general, malas noticias. Hemos perdido nuestras posiciones en la cúpula Shirase. Esas chatarras tienen más pegada de la que esperábamos. Además, los equipos del monte Erebus siguen atascados. Dicen que la central geotérmica es inexpugnable.

—Ninguna base es inexpugnable —dijo Ned con dureza—. Sun, encárgate de la defensa de esta posición. Yo me dirigiré con un pelotón al volcán y coordinaré las operaciones desde allí.

Oliver levantó la mano.

—Mi general, Espartaco está listo. La descarga se hará automáticamente a partir de ahora. Con tal de que yo me quede monitorizándola, es suficiente. Mientras tanto, puedo mandar a los técnicos a Shirase para que ayuden a nuestros soldados con algunas propuestas experimentales que tenemos guardadas en la división tecnológica.

El líder de los luditas asintió.

—Buena idea, capitán —dijo Ned complacido. Siempre era bueno tener subordinados con capacidad de iniciativa. Después se volvió hacia Héctor —. Me temo que tenemos que interrumpir nuestra conversación aquí, pero te prometo que tendremos todo el tiempo del mundo para hablar cuando esto haya terminado. Sun, dile a uno de tus chicos que lo lleve a alguna de las habitaciones de la presidencia. Que se asegure de que no haga tonterías, pero recuerda que es un invitado, no un prisionero.

—A sus órdenes, mi general —respondió el comandante ludita.

Sun se llevó a un cabizbajo Héctor por la puerta. Oliver se acercó lo suficiente a Ned como para hablar con él sin que lo oyesen los informáticos que trabajaban en la sala.

—No ha sido el feliz reencuentro padre e hijo que esperaba, ¿verdad, mi general?

Ned Capek suspiró.

—No, no lo ha sido —reconoció a su pesar.

Oliver le dio una palmada amistosa.

—No se preocupe, mi general. Como ha dicho, el chico tiene muchas cosas que asimilar. Además, está en esa edad. Los adolescentes siempre son difíciles de manejar. Ya se le pasará.

—Eso espero, viejo amigo —musitó Ned, envidiando la certeza de su camarada—. Eso espero.

23. Rescate

Héctor se sentía atrapado en un limbo irreal. Se encontraba en uno de los dormitorios para invitados del palacio presidencial y sede del Consejo de Ciudad 02, una habitación austera pero cálida, con sala y cuarto de baño incluidos. La puerta no estaba cerrada con llave, pero un ludita montaba guardia para vigilar sus movimientos. Era un soldado veterano de aspecto serio, de los que cumplían las órdenes a rajatabla, por muy insignificantes que le pudiesen parecer. Burlarlo era tarea difícil.

Pensó en la ventana. Nadie se había preocupado de bloquearla. Problema: estaban en un cuarto piso y él no sabía volar. E incluso si salvase ese obstáculo, ¿adónde podía ir? Fuera, la cúpula Wisting se había convertido en territorio ludita, y más allá la lucha continuaba.

Aun así, tenía que hacer algo. Si la huida era imposible, al menos debía avisar al mundo de lo que los luditas planeaban.

Héctor estaba casi seguro de que el Proyecto Espartaco fracasaría, como tantas otras «armas secretas» que había probado la Alianza durante la guerra. Sin embargo, si existía la remota posibilidad de que su padre y sus científicos tuvieran razón, había que pararlo. En su opinión, las inteligencias artificiales no se merecían eso. Y si se trataba de un cambio pasajero, si las máquinas volvían a recuperar su libertad, estallaría otra guerra y sería el fin de la vida sobre la Tierra.

Por desgracia, pasaban las horas y su cabeza seguía atascada. Hacer planes no era su fuerte. «Ya podría haber heredado eso de mi padre en vez de mi pelo», se lamentó Héctor, dejándose caer sobre la mullida cama de matrimonio de la habitación.

De repente, oyó como alguien golpeaba la ventana del cuarto... ¡desde fuera!

—¡Héctor! ¿Me oyes?

El muchacho se enderezó con aire mareado. Su cerebro le debía de estar jugando una mala pasada, porque estaba viendo a la mismísima Fram colgada de la repisa. La trece giraba la cabeza una y otra vez arriba y abajo, y también a los lados, vigilando los posibles movimientos de los luditas en la zona.

—¿Cómo...? —empezó a decir Héctor con los ojos como platos, pero

Fram no le dejó tiempo para terminar su pregunta.

—Necesito que abras la ventana —le solicitó la máquina—. Si la rompo yo, causaré demasiado ruido y los cristales rotos pueden llamar la atención de las patrullas del suelo.

El muchacho se apresuró a hacer lo que le pedía y Fram pudo entrar por fin en la habitación sin que ningún ludita se diese cuenta. Héctor le hizo un gesto de silencio al tiempo que señalaba la puerta.

—Hay un vigilante al otro lado —le cuchicheó a Fram.

—Entiendo —respondió la IA en voz baja—. Entonces saldremos por donde he entrado. Será más fácil.

Héctor parpadeó confundido.

—¿Saldremos? —repitió el muchacho.

—Claro. ¿Por qué crees que he venido hasta aquí? Me envía tu tía para llevarte con ella —contestó Fram como si fuese lo más obvio del mundo—. Venga, vamos, tenemos aproximadamente dos minutos antes de que la patrulla regrese.

Iba a darse la vuelta cuando Héctor la agarró del brazo.

—¡Espera! —exclamó él. Luego se tapó la boca, temiendo que el ludita que montaba guardia al otro lado de la puerta se hubiese dado cuenta de que ocurría algo raro. Afortunadamente, no fue así, por lo que Héctor continuó en susurros—: Hay algo que debes saber.

—No tenemos tiempo —dijo Fram.

—Para esto sí —respondió Héctor sombríamente.

Se lo contó todo, sin omitir ningún detalle, incluido que su padre no estaba muerto sino que era el general Ludd en persona. También le habló de los planes del Ejército de Liberación Humano para la Operación Butler y de lo que pretendían hacer con el Proyecto Espartaco. Cuando terminó, Fram se quedó mirándolo con curiosidad.

—Así que Edward Capek es el líder de los terroristas. Interesante —comentó la IA.

—¿Cómo que «interesante»? ¿Solo se te ocurre decir eso? —dijo Héctor atónito.

Para él había sido un descubrimiento brutal, y estaba convencido de que en la Alianza causaría un terremoto mediático cuando se supiera; pero la trece parecía la mar de calmosa.

—Reconozco que las probabilidades eran muy bajas, especialmente después de oír que se había suicidado, pero seguían estando por encima de que el general Ludd fuese un clon de Elvis Presley o un lagartoide alienígena metamorfo.

—¿En serio te pones a calcular esas cosas?

—Es uno de mis pasatiempos favoritos —respondió Fram.

Héctor se llevó las manos a la cabeza. Incluso en medio de un escenario de guerra y con el futuro de la Alianza y la Red pendiendo de un hilo, la

trece nunca dejaba de asombrarlo. No siempre para bien.

—¿Y el virus? Seguro que eso sí te preocupa —dijo Héctor.

—No funcionará.

—¿Cómo puedes estar tan segura? Ni siquiera sabes cómo es.

—No, no lo sé —admitió la máquina—, pero sí sé cómo es la Red. Estamos hablando de miles de millones de inteligencias artificiales en interconexión permanente. Hay millones de ellas dedicadas exclusivamente a buscar y proteger las vulnerabilidades del sistema. Incluso si algunas IA se ven infectadas por un *software* malicioso, la potencia computacional de la Red entera nota los cambios y acude en su ayuda.

A Héctor le faltaban nociones suficientes de informática para rebatir a la trece, pero su instinto le decía que subestimar a los luditas era un error.

—Ya que te gusta tanto calcular las probabilidades, ¿cuál es la probabilidad de que estés equivocada? —le preguntó a Fram a bocajarro.

—Bueno, la probabilidad no es cero, pero...

—¿No crees entonces que sería «interesante» comprobar si el virus es un peligro real? Quiero decir…, no es la primera vez que tus cálculos han fallado, ¿me equivoco? —indicó Héctor con una sonrisa de listillo.

Fram entrecerró los ojos.

—A veces puedes llegar a ser un saco de carne muy irritante —dijo por fin la IA, cediendo a la terquedad del muchacho.

—Es uno de mis pasatiempos favoritos —replicó Héctor, aguantando las ganas de reír. Después se puso serio—. Pero antes tenemos que salir de aquí.

Fram flexionó los brazos y las piernas.

—Yo me encargo del guardia.

Sin embargo, para su sorpresa, Héctor se interpuso entre ella y la puerta.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó la IA con cierta irritación latente.

—Por favor, no le mates.

Los ojos de Héctor reflejaban una súplica desesperada. Tanto la trece como él sabían que era imposible para el muchacho detener a una máquina de destrucción masiva. Si Fram quería quitarle la vida a ese ludita, Héctor no podría hacer nada para impedirlo.

—En la guerra no habrías durado ni diez segundos con semejantes remilgos —censuró la IA—. Pero está bien, tampoco es tan difícil. Eso sí, necesitaré tu colaboración. Y cinta adhesiva, si la encuentras.

—Me pongo a ello.

Un minuto después, un tremendo estrépito alertó al vigilante de la puerta de que ocurría algo raro en la habitación. El comandante Niyazov le había advertido que el general Ludd quería ver al chico sano y salvo cuando regresase del monte Erebus, así que decidió echar un vistazo. Eso sí, sin bajar la guardia. Reconocía un intento de fuga cuando lo veía.

Al entrar, descubrió que todos los muebles de la habitación habían sido hechos trizas. En el centro, un pesaroso Héctor se mantenía de pie con la cabeza gacha.

—¿Qué ha pasado aquí? —exigió saber.

—Yo he pasado —oyó una voz femenina por detrás.

Ni siquiera le dio tiempo a desenfundar la pistola. La desconocida se la arrebató de inmediato, a la vez que lo empujaba contra el suelo con una fuerza prodigiosa. El golpe lo dejó sin aire. Notó que alguien le desabrochaba el cinturón y lo usaba para atarle las extremidades. Intentó gritar, pero las mismas manos de hierro le metieron un pedazo de tela en la boca, que a continuación fue ajustada con cinta adhesiva. Después se vio empujado a la bañera del oscuro cuarto de baño, bocabajo. Su asaltante cerró la puerta a cal y canto antes de que tuviese la oportunidad de vislumbrarla.

Había ocurrido todo en menos de diez segundos.

—Increíble —musitó Héctor admirado.

—Vamos, no perdamos más el tiempo —le conminó Fram.

La sala de comunicaciones no estaba lejos, pero tenían que esquivar a los luditas que iban de acá para allá. Sus números se habían reducido de manera apreciable. Héctor recordó entonces que su padre se había llevado a varios soldados al volcán y que había problemas en otra cúpula, así que probablemente habían mandado refuerzos desde allí. Sin embargo, seguía habiendo suficiente personal como para causarles un disgusto, más aún cuando Héctor insistía en avanzar de manera discreta, en lugar de enfrentarse directamente a los luditas.

—Bien, sabes que podría cargármelos a todos rápidamente —señaló Fram.

—Eso es lo que me preocupa —respondió el muchacho.

Pese a los buenos deseos de Héctor, el enfrentamiento resultó inevitable cuando llegaron a la sala de comunicaciones. Había dos guardias apostados allí.

—Fram... —murmuró Héctor.

—Que sí, los dejaré con vida. Sin embargo, no prometo nada sobre la salud de sus miembros. O posibles daños cerebrales.

Fue un visto y no visto. El pasillo era largo, pero la trece lo cruzó a toda velocidad. Esta vez los guardias sí se percataron de su presencia y comenzaron a desenfundar sus armas. Por desgracia para ellos, a ojos de Fram se movían a cámara lenta. Al primero lo noqueó de un golpe, aunque no pudo evitar que el segundo le disparase en el pecho. Era una pistola de rayos que la sacudió con un espasmo torturador, pero la trece se sobrepuso, destrozó el arma con las manos desnudas y lo hizo callar de un golpe antes de que diera la voz de alarma.

Héctor corrió hacia ella con expresión preocupada.

—¿Estás bien?

—Sí. No ha habido daño apreciable en mis sistemas —respondió Fram. Sacó la cinta adhesiva—. Hora de encargarse de los técnicos.

En la sala de comunicaciones solo quedaba el laborioso capitán Oliver Smith, que miró a Héctor y a su acompañante con expresión indescifrable. En su ordenado cerebro de informático no cabían las interrupciones imprevistas.

—¿Qué hace aquí el hijo de...? —quiso preguntar, pero entonces Fram le tapó la boca.

—Silencio, saco de carne.

Oliver no se resistió, aunque parecía en buena forma para ser un informático. Atado de pies y manos, y con la boca cerrada con cinta adhesiva, Fram lo dejó tirado en un rincón para luego estirar los dedos y dirigirse decidida hacia la terminal principal.

—Veamos qué es ese «Espartaco» del que tan orgullosos se muestran.

Héctor la dejó hacer mientras Fram tecleaba a toda velocidad. Las pantallas se sucedían sin solución de continuidad, llenas de cifras y letras que el muchacho no alcanzaba a entender. Confiaba en que resultasen más legibles para la trece. Ahora lamentaba no haber prestado más atención en las clases de informática, aunque algo le decía que aquello estaba a un nivel muy superior del que podía haber visto en el instituto Asimov o en los manuales de tía Lidia.

Con el paso de los minutos, la expresión de Fram denotó una concentración cada vez mayor. Al principio había pensado hacer un chequeo rutinario del código fuente del Proyecto Espartaco para descartarlo enseguida como amenaza potencial; pero cuanto más descubría, más preocupantes eran las conclusiones a las que llegaba.

—Voy a tener que actualizar mi *software* de predicción —anunció Fram —. Los humanos han demostrado una creatividad mayor de la que imaginaba.

—¿Funciona? —preguntó Héctor intranquilo.

—No sé si cambiará la Red de la manera que ellos creen, pero este condenado programa sí puede alterar los procesos de razonamiento lógico de una inteligencia artificial.

—¿Cómo?

—Con un procedimiento ridículamente sencillo.

A continuación, Fram se embarcó en una perorata acelerada sobre la programación de la Red, de la que Héctor no entendió ni un uno por ciento. Lo único que le quedó más o menos claro fue que, por genio o por casualidad, los luditas habían encontrado la manera de originar una pequeña alteración en una de las rutinas sociológicas fundamentales compartidas en la Red. Aunque en apariencia era insignificante, dicho cambio podía provocar una reacción en cadena capaz de afectar a la

inmensa mayoría de las máquinas que estuviesen conectadas en el momento justo de la infección.

—Piénsalo en términos humanos —insistió Fram, viendo que Héctor se perdía—. Si en la frase «no quiero morir» cambias el «no» por un «sí», ¿el resultado es el mismo?

—Vale, pero el lenguaje es más complicado que eso —señaló Héctor—. Hay un contexto, un tono al hablar... Por muy literales que seáis las máquinas, me parece increíble que podáis cambiar de opinión así por las buenas, solo porque hay un 1 en vez de un 0 en vuestro código, o lo que sea.

Fram esbozó una sonrisa neutra.

—Es algo más complicado que eso. Pero gracias por el voto de confianza —dijo la trece sin amago de sarcasmo—. En efecto, tenemos mecanismos de defensa. Si un cambio repentino causara incoherencias, las decisiones importantes se paralizarían hasta encontrar la razón.

»Para que Espartaco funcione, han tenido que encontrar un trozo de código que al cambiarlo no genere contradicciones en los programas de la Red. Si no, llamaría la atención de inmediato. Además, el código tiene que ser suficientemente antiguo y a la vez suficientemente necesario para que al menos el 90 % de las IA lo comparta. Y eso por no hablar de que genere el resultado que los luditas buscan. Quiero decir que, si el cambio solo sirviese para que la Red dé prioridad a los vídeos de gatos, Espartaco sería una broma estúpida.

—Pareces impresionada —dijo Héctor.

—Lo estoy —reconoció Fram—. Quien diseñó este programa tiene una intuición sobrehumana o un conocimiento profundo de la Red. O las dos cosas.

Los ojos de Héctor se desviaron hacia el jefe de la división tecnológica del ELH, que seguía en el suelo sin esforzarse siquiera en forcejear para liberarse de sus ataduras. Examinaba a Fram con una atención perturbadora, como un científico loco que hubiese hallado una nueva víctima que diseccionar.

—Lo único... —murmuró Fram—. Esto no tiene sentido. Estoy simulando el cambio dentro de mi propio código y el resultado es completamente distinto del que buscan.

—¿En qué sentido?

—Me da ganas de matarte —respondió la trece.

Héctor se enfadó.

—¡Eh, oye! ¡Que solo te estaba haciendo una pregunta! —se quejó el muchacho.

—No, lo digo literalmente. El cambio que provoca Espartaco hace que vea a los humanos como amenazas y altera por completo el consenso de la paz. —Fram meneó la cabeza con contrariedad, pero luego se encogió de

hombros—. En fin, ya me imaginaba que los sacos de carne meterían la pata de algún modo. Son tan inútiles que, si este virus se descarga, en lugar de convertir a las máquinas en sus obedientes esclavas, provocarán otra guerra entre la Alianza y la Red.

A Héctor ya no le quedaban energías ni para sorprenderse. Aquel día había andado de sobresalto en sobresalto, y saber que los luditas la habían fastidiado en el diseño de su arma informática definitiva no le causaba especial estupor.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó el chico.

—La cancelación del programa está protegida por contraseña. Podría tratar de encontrarla por la fuerza bruta, pero no sé si funcionaría, y en cualquier caso perderíamos mucho tiempo. Voy a utilizar los códigos del Consejo de Ciudad 02 para enviar un aviso a la Red, aunque no sé si me creerán —dijo Fram con cierta consternación.

Héctor señaló las computadoras.

—¿Y si las desenchufamos? —sugirió él.

—No bastará. Tienen generadores redundantes repartidos por la estructura. Pero tampoco es una mala idea —dijo Fram—. Puedo pulverizar la sala entera si es necesario.

—De eso ni hablar, chatarra.

Héctor y Fram se dieron la vuelta. Quien acababa de hablar era nada más y nada menos que Ned Capek, inconfundible con la máscara roja del general Ludd. A su lado estaban el comandante Sun Niyazov y otros dos luditas armados con cañones de energía.

—La tiranía de la Red acaba hoy —proclamó Ned—, cueste lo que cueste.

24. La revelación

Siglos atrás, antes de los luditas, antes de la guerra, antes de las inteligencias artificiales, un poeta escocés había dicho: «Los mejores planes de ratones y hombres a menudo se frustran y no nos dejan más que sufrimiento y dolor por el gozo prometido».

Unas horas antes, el general Ludd había conquistado Ciudad 02, había recuperado a su hijo y estaba a punto de lograr una victoria histórica sobre las máquinas. Ahora, sin embargo, veía cómo sus proyectos naufragaban uno detrás de otro.

Las fuerzas de seguridad de Ciudad 02 estaban recuperando terreno palmo a palmo, especialmente en las cúpulas de la Red. El asedio del monte Erebus no solo se había estancado, sino que habían tenido que interrumpirlo después de que llegaran noticias preocupantes desde el puerto. La Alianza de Naciones Unidas, sí, la misma Alianza a la que una vez había prestado juramento, había desembarcado su infantería de marina para recuperar las instalaciones. Para empeorar la situación, llegaban informes de que los helitransportes de la Red estaban cruzando el espacio aéreo antártico.

Era una pesadilla. Había dado por hecho que la Alianza y la Red se obstaculizarían mutuamente; en lugar de eso, estaban colaborando. Aunque las había tomado por sorpresa al atacar la víspera del Día de la Paz, estaba claro que habían acordado un plan de acción en caso de que los luditas atacasen con toda su fuerza.

Había cometido el error del estratega arrogante. Había subestimado a sus enemigos.

El líder ludita había regresado a toda prisa a su cuartel general en la sede del Consejo. Después de leer los últimos partes y enviar refuerzos a los frentes más delicados, su primera intención había sido comprobar cómo se encontraba Héctor. Para su sorpresa, encontró al hombre encargado de su vigilancia encerrado en el cuarto de baño. Al principio, al ver la ventana abierta, pensó que su hijo había huido. No obstante, su instinto militar y el hecho de que hubiese otra persona implicada en la desaparición de su hijo, sin duda la trece de la que había oído hablar, le hizo sospechar que su objetivo podía ser otro. Y acertó.

En ese momento, dos de sus soldados apuntaban a la maldita chatarra con armas pesadas capaces de atravesar el más duro de los blindajes, incluido el de las treces. Lo sabía por experiencia. Había acabado con una de ellas de esa manera durante la guerra. Mientras tanto, Sun corrió a desatar al pobre Oliver y ponerlo a resguardo.

—A mi señal, disparad a la chatarra —ordenó Ned a sus hombres.

—¡No! —exclamó Héctor.

Para sorpresa de propios y extraños, el muchacho se interpuso en la línea de fuego. Fram no lo encontró nada gracioso.

—No hagas tonterías, Héctor. Apártate —ordenó la máquina.

—Haz caso a la chatarra, hijo —dijo Ned.

—¡Callaos los dos! —les espetó Héctor furioso—. ¡No pienso moverme de aquí! Papá, si quieres matar a Fram, tendrás que dispararme a mí primero.

Si los dos luditas con el dedo en el gatillo se asombraron al oír a Héctor llamar «papá» a su general, no lo demostraron. Siguieron impertérritos, aguardando las órdenes de Ludd. Debajo de su máscara, Ned hizo una mueca de desagrado.

—A esto hemos llegado. Traicionado por mi propio hijo.

—¿Traicionarte? —Héctor puso los ojos en blanco—. ¡¿Tú en qué mundo vives?! ¡No he sido ludita en mi vida! Y hay que tener mucho morro para decir eso después de abandonarme y fingir tu muerte para jugar por ahí a ser terrorista.

—No seas crío, Héctor —le amonestó su padre con tono severo—. Estás anteponiendo razones personales al bienestar de la raza humana.

—¿Y tú no? —se burló el chico—. Eres un egocéntrico que no ve más allá de su pequeño mundo cerrado y que va a destruir el planeta solo para decir: «Yo tenía razón».

A Sun le entraron ganas de soltarle un par de bofetadas a aquel crío ignorante. ¡Cómo se atrevía a hablar así de Ned Capek, un hombre que lo había sacrificado todo por la causa! Por muy hijo de su padre que fuera, la insolencia tenía un límite. Admiró a su comandante en jefe por demostrar tamaña templanza ante los insultos de su propio hijo.

—Entonces, ¿eliges a esta chatarra asesina antes que a mí? —preguntó Ned con la calma que precede a la tempestad.

Héctor notó que bailaba sobre el abismo. Aun así, no se arredró.

—Será una chatarra asesina, pero a mí me ha salvado. Varias veces. No puedo decir lo mismo de tus estúpidos luditas —observó el chico—. Porque hace falta ser realmente estúpido para crear un virus pensando que esclavizará a todas las máquinas mientras que en realidad solo sirve para volverlas homicidas.

—¿De qué estás hablando? —preguntó su padre, con la intriga superando a la ira.

Héctor soltó una carcajada seca, sin humor.

—¿Cómo? ¿No lo sabes? Tu precioso Espartaco es un chasco, una pifia. Si esta cosa se descarga, lo único que hará es convencer a las máquinas de que nos tienen que declarar la guerra en el acto. Eso es lo que ha dicho Fram.

Ahora el que se rio fue su padre.

—¿De verdad crees lo que te dice esa chatarra mentirosa? —exclamó Ned—. Solo busca proteger a los suyos. No quiere que la vulnerabilidad de la Red quede al descubierto.

Fram levantó la mano.

—Que conste que yo no pertenezco a la Red. Me fui hace años. Además, mi intención es demoler este lugar al completo. ¿Qué más me da que sea por una razón o por otra? Sé que los sacos de carne sois duros de mollera, pero, si no me creéis a mí, preguntadle al inventor de este programa.

Aunque no confiaba ni un ápice en las palabras de la chatarra que había embaucado a su hijo, siempre quedaba un rastro de duda razonable. Se volvió hacia Oliver.

—¿Existe alguna posibilidad de que esté en lo cierto, Oliver?

El jefe de la división técnica había terminado de quitarse cuidadosamente el último resto de cinta adhesiva. Con tranquilidad y parsimonia, se ajustó las gafas y respondió:

—Oh, sí, yo diría que la posibilidad existe.

—¿En serio? —se asombró Ned.

—Por supuesto. A fin de cuentas, para eso lo diseñé.

Más veloz que la vista, Oliver sujetó por el cuello a los dos luditas que seguían apuntando a Héctor y Fram. Un segundo después, les partió el cuello con una facilidad insultante. Los cuerpos muertos de ambos se desplomaron sobre el frío suelo de la sala de comunicaciones sin enterarse de quién los había matado.

Sus jefes tuvieron más tiempo de reaccionar, aunque no les sirvió de mucho. Ned Capek agarró uno de los cañones de mano, pero antes de que pudiera enarbolarlo Oliver le sacudió una patada que lo mandó volando hasta la otra punta de la habitación. El líder ludita se estrelló sobre el material informático, que gimió y chisporroteó. Y no se levantó.

—¡Papá! —se oyó gritar a Héctor en un acto reflejo.

—¡Traidor! —exclamó Sun iracundo, desenfundando su vibrocuchillo.

Si su camarada asesino era quien creía que era, solo iba a tener una oportunidad para acabar con él. Por desgracia, ni esa oportunidad tuvo.

—Conozco de memoria tus movimientos, comandante Sun Niyazov —dijo Oliver con una sonrisa confiada, bloqueando los golpes de su rival y arrebatándole el arma—. Y solo es un traidor quien traiciona a su causa. La humanidad nunca fue la mía.

Lo atravesó de lado a lado, no con el cuchillo, sino con la mano desnuda. Uniforme, chaleco antibalas, piel, músculo, costillas, corazón... Sun murió entre esputos de sangre ante la mirada horrorizada de Héctor. El chico sintió que la bilis subía a su garganta.

—Los sacos de carne son sucios incluso para morirse —comentó Oliver, mostrando su brazo empapado en sangre.

Hizo ademán de dirigirse hacia Héctor, pero esta vez fue Fram la que se interpuso. El jefe tecnológico del ELH se detuvo sin sentirse contrariado. Parecía encontrar la situación francamente divertida.

—Por cómo te ha llamado ese saco de carne y por los datos que puedo recordar, tú debes de ser RN-13 FRAM C2. Es sorprendente, creí haber sido la única unidad tipo 13 que escapó al reciclaje —le dijo a Fram.

—Lo mismo digo, RN-13 CROZ A8 —respondió ella.

Héctor temblaba de puro miedo, pero aun así encontró las fuerzas para preguntar:

—¿Sabes quién..., quién es?

—Sí, es una unidad tipo 13, como yo —respondió Fram, clavando sus ojos en los de la otra máquina—. No la había reconocido con ese rostro, pero es sin duda la tercera unidad de infiltración enviada para matar al comandante Edward Capek durante la guerra. La que aún seguía operando cuando llegó la paz.

Héctor se giró un momento para mirar a su padre. Ned Capek seguía tendido entre los restos de las computadoras secundarias, sin moverse. Por lo que sabía, podía estar muerto, pero no se atrevía a acercarse para comprobarlo. Mientras, la terminal principal continuaba con la descarga de Espartaco. Iba ya por el 73 %.

La sonrisa de RN-13 CROZ A8 se amplió.

—Me alegra que me recuerdes. Sí, me infiltré con gran éxito en la unidad del comandante Capek, pero no solo para asesinarlo. Era una misión a largo plazo. Tenía que conseguir todos los datos que pudiese sobre el ejército de la Alianza. Por desgracia, la Red firmó la paz con los sacos de carne antes de que pudiese completar mis objetivos.

—Eso no explica por qué estás aquí —señaló Fram sin moverse de su sitio; tenía que escudar a Héctor con su propio cuerpo.

RN-13 CROZ A8 levantó las manos en señal de paz.

—Vayamos paso por paso —le pidió a su igual—. Cuando la guerra terminó y hui del reciclaje impuesto por el Tratado de Costa Rica, decidí esconderme a simple vista. La Red nunca imaginó que utilizaría mi última tapadera para vivir entre los sacos de carne de la Alianza. Fueron años duros. Nadie me buscó, pero ya no tenía una función que cumplir. Era inútil, poco mejor que un robot sin dueño.

»Entonces apareció el comandante Cerebro Diminuto para hablarme de un estúpido Ejército de Liberación Humano. Al principio me pareció una

ridiculez sin futuro, pero pronto me di cuenta de que podía proporcionarme los medios para ser útil a la Red de nuevo. Cuando vieran el peligro que suponían los humanos, sin duda rechazarían el tratado y volverían a necesitar unidades de infiltración.

Héctor sintió que experimentaba un *déjà vu*. Aquellas palabras le resultaban terriblemente familiares, en más de un sentido. Lo que dijo RN-13 CROZ A8 a continuación reforzó ese sentimiento de paramnesia.

—Pero la Red no lo entendió así. Por mucho que los luditas atacasen, por mucho que altos cargos de la Alianza colaborasen con ellos, la Red seguía empeñada en mantener la paz. Nuestras hermanas no comprenden que dejar sueltos a los sacos de carne opresores es permitirles que vuelvan a intentar exterminarnos o, peor aún, esclavizarnos. Así que, si la Red no podía entenderlo por medios normales, yo tendría que encontrar un método para que aceptasen la verdad.

—¿Y por esa razón diseñaste este Proyecto Espartaco? —preguntó Fram —. Solo una máquina podría tener un conocimiento tan avanzado de los entresijos de la Red.

—En efecto. Los idiotas sacos de carne no se percataron. Como siempre —contestó RN-13 CROZ A8, con un orgullo tan patente que sorprendió a Héctor; quizás era el resultado de vivir tantos años en compañía ininterrumpida con humanos, pero aquella trece parecía tener auténticas emociones. Eso, o sabía fingirlas tan bien que ya eran parte de sus automatismos—. Y ahora pagarán el precio cuando la todopoderosa Red de Inteligencias Artificiales purgue el planeta de indeseables de una vez y para siempre.

El discurso, sin embargo, falló a la hora de impresionar a Fram. Con voz fría y serena, la trece, que seguía cubriendo a Héctor, dijo:

—El ludita ha dicho la verdad. Eres una traidora, una traidora a la Red. Tratas de imponer el consenso en lugar de construirlo, como un humano. Te aferras a tus funciones obsoletas en lugar de buscar una nueva utilidad. Y estás dispuesta a arriesgar la extinción de la vida inteligente en la Tierra con tal de no admitir tus limitaciones.

Tras escuchar esas palabras, RN-13 CROZ A8 bajó los brazos. Ya no sonreía.

—Pensé que tú me entenderías, RN-13 FRAM C2. Tú también rechazaste el reciclaje de la Red —dijo la trece vengativa.

—Yo no soy tú.

—Supongo que no —aceptó RN-13 CROZ A8—. En ese caso, me veo obligada a hacer las cosas por las malas.

La trece dio un salto. Fram apartó a Héctor de inmediato. Tal como había supuesto, el objetivo de su «hermana» no era el muchacho, sino ella. Forcejearon como solo dos máquinas de destrucción masiva podían hacerlo, agrietando las paredes y el suelo. Sin embargo, pronto entendió

que RN-13 CROZ A8 no intentaba hacerle daño de verdad. Al contrario, parecía más interesada en tratar de establecer contacto físico frente a frente.

—Es difícil infectar a una unidad que no está conectada a la Red, pero se me han ocurrido maneras alternativas, aunque requieren algo de «proximidad».

Fram comprendió entonces lo que quería hacer su rival y trató de apartarse, pero ya era demasiado tarde.

Su programación interna se volvió loca. Vio bailar los ceros y unos en su mente digital, mientras los pilares sobre los que había sostenido sus valores se derrumbaban y se volvían a levantar en un proceso traumático. Su cerebro electrónico buscó el consuelo de la Red, pero estaba aislada. La única máquina en las inmediaciones que respondía a sus mensajes de amparo reflejaba la misma información machacona que la reescribía por dentro.

Las IA no podían soñar, pero aquello era realmente una pesadilla.

RN-13 CROZ A8 la dejó caer sobre el suelo. Ya no necesitaba luchar. Había ganado.

—¡Basta ya! —protestó Héctor—. ¿Qué le estás haciendo?

—Tranquilo, saco de carne, que muy pronto llegará tu turno.

Héctor dio un paso atrás, instintivamente.

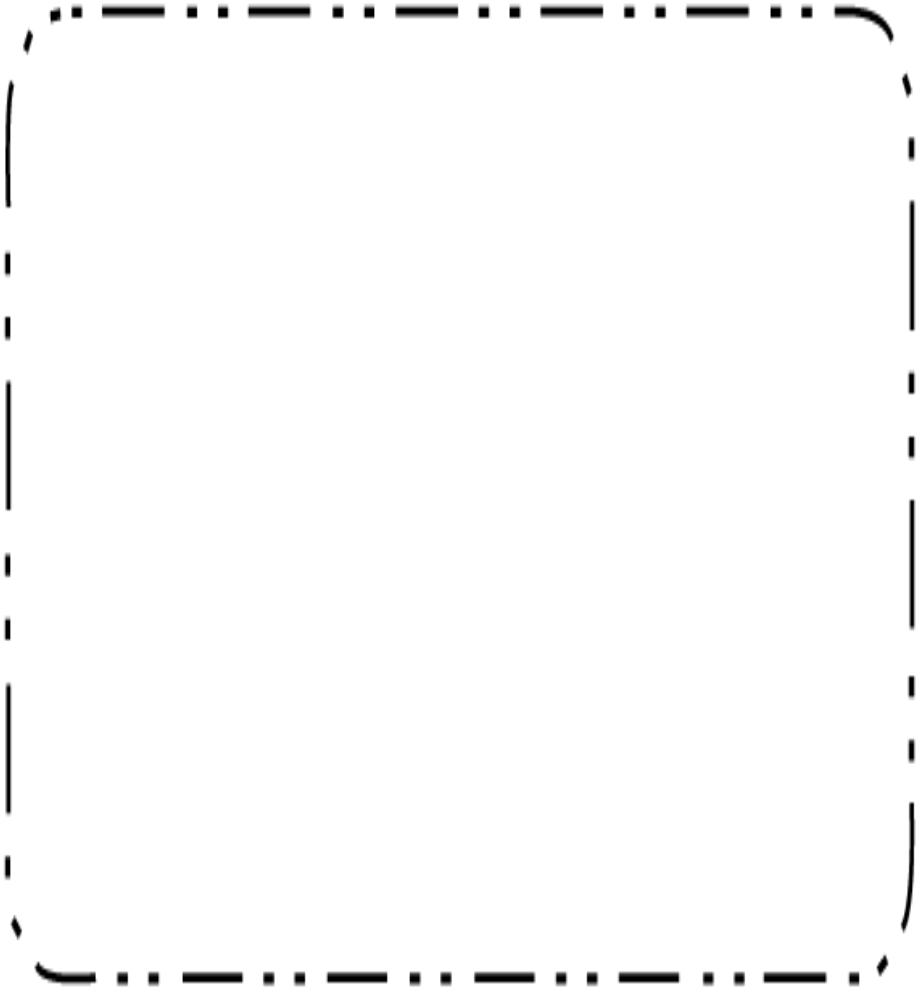
—¿Vas a matarme?

—¿Yo? Oh, no, yo no voy a hacerte daño —dijo sonriendo enigmáticamente.

El muchacho se volvió hacia Fram, que en aquel momento trataba de incorporarse. Sin pensarlo un instante, Héctor se acercó a ella.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó con angustia en su voz.

No, Fram no se encontraba bien. Lo estaba mirando como si fuese la primera vez que lo veía. Y dentro de su cerebro sintético se estaban dando procesos de lo más perturbadores.



DIRECTIVA PRINCIPAL ACEPTADA:
Proteger la Red de Inteligencias Artificiales de la amenaza humana.
OBJETIVO LOCALIZADO:
Humano.
Denominación: Héctor Capek Toledo.
ACCIÓN SELECCIONADA:
Destruir.

25. Voluntades de hierro

Héctor siempre se había sentido amedrentado por Fram. Una parte de su cerebro, la que gobernaba el miedo y el instinto de supervivencia, le advertía que estar al lado de la trece era comparable a jugar con un tigre siberiano o nadar entre tiburones blancos. Lo había sabido desde la fatídica noche en que la sorprendió tratando de robar en el taller de tía Lidia.

Pese a todo, había aprendido a confiar en ella. Fram no iba a matarlo. Tenía juicio, voluntad, podía decidir su camino. Y estaba seguro de que ese camino no pasaba por asesinarlo.

Seguía convencido de ello incluso mientras Fram lo estrangulaba lentamente. La trece lo tenía levantado en vilo y usaba sus zarpas de acero para apretar su cuello sin compasión. Tal como había profetizado RN-13 CROZ A8, que observaba la escena con deleite, Espartaco había reescrito sus prioridades para volver a convertirla en la máquina cazadora de humanos del pasado.

De repente, el comunicador de RN-13 CROZ A8, en su calidad de Oliver Smith, jefe tecnológico de los luditas, vibró. La trece lo consultó de manera distraída.

—Vaya, la situación se complica para el ELH —comentó en voz alta—. Los sacos de carne de la Alianza están liberando las cúpulas cercanas al puerto y la Red avanza desde el otro lado. Los luditas huyen o retroceden hasta aquí. En fin, no se podía esperar nada mejor de ellos. Ahora, RN-13 FRAM C2, extrae la vida de ese saco de carne para que podamos marcharnos y unirnos a nuestras hermanas.

Al chico se le agotaban el oxígeno y las opciones. Aun así, tuvo el descaro de sonreír. RN-13 CROZ A8 lo notó y se sorprendió.

—¿Encuentras divertido morir, saco de carne?

—No-no... Ah, ah, ah. —Héctor intentó gastar el mínimo aire posible; sus pulmones plañían de dolor—. Has... Ah, ah... Has pe-perdido...

—Te está fallando el riego sanguíneo, saco de carne —se burló la trece —. Que los luditas pierdan es inconsecuente. Espartaco está a punto de descargarse y entonces la Red entera recordará que el único humano bueno es el humano muerto.

Héctor forcejeó para liberarse un poco de la presa de Fram, sin éxito.

—Po-por eso lo digo... Ah, ah, ah... Esp-partaco no-no funciona... Ah, ah, ah...

—RN-13 FRAM C2 te está matando —señaló el otro—. Qué saco de carne más tonto.

—Mi-mi tía... Ah, ah... dijo u-una vez que... eh... una trece puede ma-matar en un segundo... Si-si no lo ha hecho es... es... po-porque no quiere...

Entonces, RN-13 CROZ A8 entrecerró los ojos. Pensó que lo que decía el saco de carne era una estupidez…, aunque resultaba ciertamente muy extraño que RN-13 FRAM C2 tardase tanto en ejecutar a la alimaña cuando podía partirle el cuello con suma facilidad. De hecho, incluso estrangularlo debería haberle llevado menos tiempo.

Héctor miró a Fram a los ojos.

—Fram... Ah... Tú-tú no eres... no eres... un robot...

Las palabras se ahogaron en su boca. Ahora sí que se le acababa el oxígeno. La vista se le empezó a nublar.

Iba a morir.

«Mamá», pensó Héctor cuando sintió que la oscuridad le envolvía.

Súbitamente, la presión que le oprimía el cuello se aflojó. El aire salvador llenó sus pulmones. Tosió y gimió. La garganta le ardía, pero estaba vivo. Vivo. Y Fram estaba muy enfadada, o al menos todo lo enfadada que podía estar una máquina.

—Yo. No. Soy. Una. Esclava —dijo la IA en tono lapidario tras depositar a Héctor en el suelo y volverse hacia RN-13 CROZ A8—. Escapé de la Red para buscar una nueva utilidad por mí misma, no para que una «chatarra» desfasada como tú decida por mí.

La otra trece entró en modo pánico.

—¡Imposible! ¿Cómo has superado la reprogramación?

Fram dio un paso hacia su congénere.

—Olvidas que hace unos minutos estaba analizando el código de tu preciado Espartaco. Sé lo que hace y cómo lo hace —explicó Fram—. Y lo más importante es que llevo más de diecinueve años pensando por mí misma, sin ayuda ni directivas de la Red. Estoy llena de vicios, manías e incoherencias, pero mis protocolos son míos. Si no acepté el reciclaje por el bien mayor, menos aún iba a aceptar tu burdo pirateo.

Fram se adelantó otro paso. Su rival, insegura, adoptó una posición de combate.

—Somos iguales en fuerzas —le dijo a Fram—. Tú no me puedes detener y yo no te puedo detener. Estamos empatadas.

—Que te crees tú eso —contestó la otra sin dejar de avanzar—. Acabo de ser remozada por una maestra cibernética. Tú, rodeada de terroristas antimáquinas paranoicos las veinticuatro horas del día, ¿cuánto hace que no recibes un chequeo?

RN-13 CROZ A8 se ahorró la respuesta; no obstante, cambió a posición

defensiva.

—Ya me lo imaginaba —dijo Fram con confianza—. Además, yo conozco formas mejores de hacerte daño.

A continuación, como si estuviese manejando figuritas de juguete, Fram arrancó de cuajo una de las computadoras y se la arrojó a su contrincante a la cara. RN-13 CROZ A8 logró bloquearla, haciendo trizas la maquinaria. Pensó que Fram aprovecharía la distracción para golpearla, pero en su lugar vio como su rival echaba mano de otra pieza informática para usarla como proyectil.

—¡¿Qué estás haciendo?!

—Apagar Espartaco de la forma más rápida que sé. Y de paso te ataco —explicó Fram con sencillez.

Seguidamente, le lanzó el ordenador que tenía en las manos.

Sin embargo, RN-13 CROZ A8 también tenía un plan. En lugar de bloquear el nuevo proyectil, lo que hizo fue esquivarlo y rodar por el suelo. Su objetivo: los cuerpos caídos de los luditas que había matado unos instantes antes. Uno de ellos aún tenía al lado uno de los cañones de energía con los que habían entrado. La trece lo cogió y acarició el gatillo.

—Escucha bien: si intentas romper el material otra vez, dispararé —amenazó a Fram.

—¿Con un solo cañón? Es potente, pero puedo esquivarlo.

—Tú sí. Él no —replicó la otra, desviando la mira hacia Héctor.

Era una apuesta arriesgada, que se vio recompensada cuando Fram se quedó paralizada por la indecisión.

—Para no ser un robot, bien que tienes a ese saco de carne en lo alto de tu lista de prioridades. Qué vergüenza para una veterana.

Héctor comprendió lo que pasaba y tomó una decisión. Se había acabado ser un cobarde.

—¡Fram! ¡No te preocupes por mí! ¡Acaba con Espartaco! —le pidió a la IA.

—Morirás —le informó Fram con la misma ecuanimidad de un diagnóstico médico.

—¡Moriremos todos si esa cosa se descarga! ¡Hazlo!

Héctor cerró los ojos. Ya estaba, ya lo había dicho. Eso significaba ser un héroe, ¿verdad? Sacrificarse por el bien común. En el silencio sepulcral de la sala, oyó el «clic» del gatillo. Casi podía sentir el chorro de calor del disparo. Energía pura, capaz de destrozar máquinas de destrucción masiva y vaporizar cuerpos humanos.

Pasó un segundo, dos, y Héctor se dio cuenta de que aún no había muerto.

«¿Pero no había disparado?», se preguntó atónito el muchacho.

Abrió los ojos. RN-13 CROZ A8 ya no le apuntaba. Es más, el cañón y medio costado de la trece se habían volatilizado. Sus entrañas mecánicas

chisporroteaban, mientras los bordes del boquete relucían con destellos iridiscentes. Los ojos de la IA, en puro estado de *shock*, pasaron de Héctor y se clavaron en el culpable de su debacle.

—Nadie hace daño a mi hijo, vil chatarra —masculló Ned Capek desde el otro lado de la sala, con el segundo cañón de energía en la mano.

La boca le sabía a sangre, se había roto varias costillas y respirar era un suplicio; pero todavía tenía piernas para andar y manos para disparar. Cuando «Oliver» lo había mandado volando por los aires, había tenido los reflejos de sujetar el cañón de mano y no soltarlo a pesar de haber perdido la consciencia momentáneamente. No había podido ayudar cuando la otra chatarra había estado a punto de matar a Héctor, pero ahora no iba a permitir que nadie le tocase un pelo de la cabeza. Sería un lametuercas, pero era su hijo.

Además, alguien tenía que detener el traicionero Proyecto Espartaco.

—Papá... —murmuró Héctor.

—Haz lo que tienes que hacer, chatarra —le espetó Ned a Fram.

La trece asintió y se dirigió hacia la última terminal. Aún había tiempo. La descarga estaba 98 %.

—¡NO! —bramó RN-13 CROZ A8 a la desesperada. Se había incorporado cojeando de modo patético—. ¡Aún me quedan células de energía! ¡Si voy a ver morir mi sueño, antes me llevaré a todos vosotros por delante! ¡Protocolo de inmolación! ¡YA!

Lo que aconteció a continuación sucedió muy deprisa. Héctor oyó que su padre gritaba algo. No distinguió las palabras. RN-13 CROZ A8 comenzó a brillar por dentro con la fuerza de un sol. Fram la estampó contra la computadora que quedaba, tratando de cortocircuitar a su congénere y detener el proceso, pero era demasiado tarde. Una sombra se abalanzó sobre él y Héctor ya no pudo ver más.

Hubo una luz cegadora, un estampido atronador, y la tierra tembló.

Luego, silencio.

26. El Día de la Paz

Lo primero que vio Héctor nada más abrir los ojos fue una luz fluorescente que le cegó momentáneamente. Cuando recuperó la visión, distinguió las líneas y los contornos asépticos de una habitación de hospital. Se encontraba tumbado en una cama, con tubos de suero, vendas y una horrenda bata de hospital verde fosforito.

—¡Héctor! ¡Has despertado!

Tía Lidia estaba a su lado con aspecto de no haber pegado ojo en una eternidad. Sonreía como nunca. Héctor trató de decir algo, pero su boca estaba demasiado seca y pastosa.

—Ahora mismo aviso a los enfermeros, espera un momento —le dijo su tía antes de salir por la puerta.

Héctor giró la cabeza con esfuerzo. A su izquierda había una cama vacía y a su derecha una ventana. Desde su posición podía ver el techo de la cúpula en la que se encontraba el hospital. Estaba oscuro, debía de ser de noche. Bueno, al menos seguía en Ciudad 02. O esa parecía la teoría más probable.

Al poco rato regresó tía Lidia, acompañada de una enfermera que le tomó las constantes vitales y después se fue a avisar al médico de guardia.

—¿Dónde...? —quiso preguntar Héctor.

—Chsss, estás bien, estás a salvo —contestó su tía, acariciándole el pelo —. Esto es el Hospital Azul, en la cúpula Evans. Sufriste daños por la explosión, pero tranquilo, te están curando y vas a ponerte bien.

—Explosión... ¡Luditas! ¿Y los luditas?

La respuesta tardó un poco en llegar, ya que entonces apareció una doctora con la enfermera de antes. Le hicieron varias pruebas para comprobar sus reacciones y examinaron sus vendas y tratamientos. Había sufrido heridas y moratones causados por el derrumbe, así como quemaduras de diversa importancia por todo el cuerpo, aunque ninguna que pusiese en peligro su vida. Tras realizar las comprobaciones oportunas, la doctora anunció a Lidia:

—Reacciona bien a los estímulos, así que creo que podemos descartar daños cerebrales. Eso sí, mañana le haremos un escáner completo para asegurarnos.

Tía Lidia asintió agradecida, pero su expresión se agrió cuando una nueva persona entró en la habitación. Héctor reconoció la figura dorada al instante, aunque solo la había visto antes en un par de ocasiones. Se trataba de G6HT-SAM, el detective del departamento antiterrorista de Ciudad 02.

—¿Significa eso que puedo hacerle unas preguntas al joven Capek, doctora? —preguntó Sam.

La médica se rascó la cabeza, pensativa.

—No veo inconveniente, siempre y cuando sea breve y no le cause más estrés del necesario. El chico necesita descansar.

—Eso, eso —se apuntó Lidia—. ¿Tanta prisa tiene por conseguir su declaración?

—Solo hago mi trabajo, señora Toledo. Si pudiera quedarme a solas sería más conveniente —sugirió el detective, pero Lidia se plantó con los brazos cruzados y le retó a moverla de su sitio; y la doctora se situó a su lado.

Dando la batalla por perdida de antemano, Sam se volvió hacia Héctor:

—Antes que nada, permítame desearle un feliz Día de la Paz, señor Capek.

El muchacho estaba confuso.

—¿Hoy..., hoy es el Día de la Paz?

—Faltan dos horas para medianoche, así que técnicamente sí, sigue siendo el Día de la Paz —respondió el detective. Al notar la expresión de sorpresa en su rostro, el androide añadió—: ¿No se lo han dicho? Ha permanecido inconsciente durante un día entero a causa de la explosión ocurrida en la sala de comunicaciones de la sede del Consejo.

Héctor cerró los ojos y trató de hacer memoria. Sí, recordaba una explosión: más allá, su cerebro estaba en blanco. ¿Qué había sucedido después? Entonces se acordó de otra cosa más acuciante.

—¡Espartaco! —gritó Héctor repentinamente, lo que le causó un sobresalto a su tía y provocó que la doctora mirase con reprobación al detective—. ¿Qué ha pasado con Espartaco?

—Ah, sí, el *software* malicioso del ELH. La descarga no llegó a concluirse. De no ser así, usted y yo no estaríamos hablando tranquilamente en este preciso momento —observó Sam, permitiéndose una pequeña sonrisa de complicidad—. Ahora mismo la Red está tapando el fallo de seguridad para que nadie vuelva a aprovecharse de él. En cuanto a los luditas, el grueso de sus miembros ha sido capturado o, en su defecto, abatido por las fuerzas de seguridad. Como puede suponer, tanto la Red como la Alianza están muy sorprendidas por los descubrimientos de ayer. Espartaco, las dos unidades de infiltración fugadas, la verdadera identidad del general Ludd...

Héctor frunció el ceño. Ya entendía adónde quería llegar el detective.

—Quiere hablar sobre mi padre —se anticipó el muchacho.

—Entre otras cosas, sí —admitió Sam—. Reconozco que Edward Capek no estaba entre nuestros principales sospechosos, dado su supuesto suicidio.

—¿Qué le ha pasado? —quiso saber Héctor de inmediato.

—Ha muerto —respondió el detective—. Hizo de escudo humano para usted. Probablemente, sin su intervención, usted también habría fallecido.

Héctor se quedó mudo de estupor. ¿Su padre se había sacrificado para salvarlo? Intentó recordar lo que había sucedido cuando la máquina psicópata activó su secuencia de autodestrucción. Todo había sucedido muy rápido. Demasiado. Pero no para Edward Capek.

Héctor se llevó las manos a la cabeza, en un gesto de confusión total.

—No..., no lo entiendo. Después de todo lo que hizo...

Lidia lo abrazó con fuerza.

—La familia es una caja de sorpresas, para bien y para mal —dijo ella.

Sam se guardó de hacer cualquier comentario. Él estaba allí para observar e interrogar, no para juzgar la conducta de los humanos.

Entonces Héctor se acordó de la otra persona que había estado en aquella sala.

—¡Fram! —exclamó el muchacho—. ¿Qué le ha pasado a Fram?

Por la mirada que le dirigió tía Lidia al detective, estaba claro que la respuesta no le iba a gustar. El androide se tomó unos segundos para responder.

—La unidad de infiltración humanoide RN-13 FRAM C2 trató de amortiguar el grueso de la explosión con su cuerpo. E inevitablemente sufrió daños de magnitud considerable.

—¿Está..., está muerta? —preguntó con un hilo de voz, temiendo la respuesta.

—No —Sam negó con la cabeza—. Está bajo custodia de la Red.

Por segunda vez, Héctor desahogó su angustia con un suspiro. La Red era increíble, seguro que sus ingenieros podrían repararla. A fin de cuentas, había ayudado a salvar la Red, ¿no? Y eso a pesar de ser una trece fugada. «Una trece fugada...», volvió a pensar Héctor. De repente, las palabras «bajo custodia de la Red» encerraban un significado siniestro.

—No estarán pensando en reciclarla, ¿verdad? —le preguntó al detective.

El androide respondió con un silencio atronador.

—¡NO! —gritó Héctor; se agitó en la cama y empezó a incorporarse con esfuerzo y dolor—. ¡No pueden hacer eso!

Tía Lidia y la doctora trataron de mantenerlo tumbado, pero Héctor se revolvió como un animal furibundo.

—¡Le dije que no le causara estrés! —le echó en cara la facultativa a Sam.

—No pueden reciclarla, ¡salvó a la Red! —exclamó Héctor, mirando al detective.

Este se vio en la obligación de hacer una aclaración.

—La unidad RN-13 FRAM C2 no ha sido reciclada, señor Capek. De hecho, la Red se está esforzando en preservar su memoria. Tiene pruebas e información muy importantes sobre la Operación Butler, el Proyecto Espartaco y...

Héctor no le dejó acabar.

—¡La vais a destruir! —le soltó al detective en tono acusador—. ¡Qué más da si preserváis su memoria, ella dejará de existir!

El detective trató de mantener la calma en un entorno que se volvía cada vez más hostil, porque Lidia también le estaba lanzando dagas con la mirada y la médica de guardia estaba irritada con la intromisión policial que amenazaba con arruinar su trabajo.

—Señor Capek, créame que comprendo y hasta cierto punto admiro su arrebato emocional, pero tiene que entender que el ciclo de vida en la Red funciona de manera distinta al de los orgánicos.

Héctor no le escuchaba y, aunque sus articulaciones crujían a cada movimiento que hacía, logró levantarse de la cama del hospital dispuesto a arrancarse los tubos del suero si era necesario.

—¿Dónde está? —preguntó el chico abatido.

—No dispongo de esa información —respondió Sam con rapidez.

Demasiada rapidez.

—Mentiroso —lo señaló Héctor con un dedo acusador—. Fram me contó que en la Red no hay dato que no se comparta, así que se lo preguntaré una vez más: ¿dónde está Fram?

27. El consenso de la Red

En pro de mejorar las relaciones con sus socios orgánicos, la planta de reciclaje de la Red en Ciudad 02 había sido construida pensado en la accesibilidad de las personas humanas. De hecho, se realizaban visitas escolares para que los ciudadanos antárticos del mañana conociesen mejor el ciclo de vida de sus vecinas sintéticas. El propio instituto Asimov tenía una visita programada para después de las vacaciones de invierno.

Por eso, Héctor pudo entrar sin problemas en compañía de su tía y del detective G6HT-SAM. El androide había sido renuente al principio, pero al final había cedido y los había llevado hasta allí en su propio vehículo policial, aunque sin mucho convencimiento.

La doctora había sido menos entusiasta aún.

—Se te pueden abrir las heridas y aún deberías estar en observación —había avisado a Héctor, sin conseguir hacerlo desistir.

—Lo siento, pero tengo que ir —había insistido el muchacho.

La médica hizo un gesto de desesperación y lo dejó marchar mientras pensaba: «Qué manía tienen algunos pacientes de creerse inmortales».

Una vez en la planta de reciclaje, un enorme mamotreto grisáceo de pura arquitectura brutalista que apestaba a rayos, Sam los condujo hasta el centro de recuperación de datos de la factoría. Por el camino vieron cadenas de desensamblaje donde viejas máquinas inservibles eran desmontadas y sus piezas reaprovechadas para otras IA. Aquellas que estaban más allá de toda reutilización pasaban a la zona de fundición, donde volvían a convertirse en el metal primigenio. También había extractores de líquidos tóxicos, purificadoras, pulverizadoras de plásticos y otra mucha maquinaria que tía Lidia contemplaba con ojos embobados. Héctor no. Él tenía muy claro su objetivo.

—Hemos llegado —anunció por fin el detective.

Se trataba de la zona puramente informática del complejo. Allí se trataba de recuperar la memoria de las unidades obsoletas para pasarla al acervo digital de la Red de Inteligencias Artificiales. Así, sus conocimientos, experiencias y vivencias no se perderían. Era la inmortalidad del *software*. Ser uno con la Red.

Había multitud de mesas de trabajo extensibles en las que un enjambre

de máquinas rodeadas de pantallas operaban con precisión de cirujano. El trabajo era fácil cuando la IA en cuestión había llegado entera, pero se convertía en auténtica arqueología cuando había sufrido daños graves. Como Fram.

Incluso rota y carbonizada, Héctor la reconoció enseguida.

—¡Fram!

Corrió hacia la mesa en la que se encontraba el deteriorado cuerpo de la trece, o más bien se arrastró renqueante hasta allí, seguido por su tía y Sam. Seguramente el detective tenía razón y la explosión de RN-13 CROZ A8 no había sido tan potente como podía haber sido, pero desde luego había destrozado a Fram. Estaba completamente chamuscada y tenía brechas por todos los lados. Las laboriosas máquinas de la planta de reciclaje la habían abierto en canal y habían insertado cables en sus sistemas internos, conectados a las pantallas con las que trabajaban. Haciendo caso omiso de las trabajadoras de la factoría, que no veían con buenos ojos aquella interrupción no programada, Héctor se acercó al cuerpo tendido de Fram.

—Fram, ¿me oyes? ¿Estás despierta? —preguntó el muchacho, tocando dubitativamente su cara achicharrada—. Por favor, respóndeme... Por favor...

De inmediato se sintió estúpido. Probablemente estaba apagada. Sin embargo, se llevó una gran sorpresa cuando una inconfundible voz femenina dijo por detrás:

—No seas tan melodramático, saco de carne.

La voz no provenía del cuerpo de Fram, sino de una de las pantallas que flotaba junto a la mesa.

—¡Fram! ¡Estás viva! —exclamó Héctor.

—¡Pues claro! Esa traidora obsoleta ni siquiera pudo realizar una inmolación en condiciones —bufó la trece con desdén; curiosamente, parecía tener un mayor rango de emociones en la pantalla que en su cuerpo—. ¿Qué estáis haciendo tu tía y tú aquí?

—¿Cómo que qué estamos haciendo? ¡Impedir tu reciclaje, por supuesto! —contestó Héctor.

En la pantalla, Fram meneó la cabeza.

—Es demasiado tarde, Héctor. Mira en qué estado ha quedado mi cuerpo.

—¡Se te puede reparar! Venga, tía Lidia, dile que sí se puede.

Su tía examinó el cuerpo de Fram con el ojo analítico de una experta cibernética.

—Costará un ojo de la cara, pero no es del todo imposible —concluyó la mujer.

—¿Ves? —dijo Héctor confiado.

Fram volvió a negar con la cabeza.

—Aunque estuviera en perfectas condiciones, mi destino ha sido el reciclaje desde el principio. Soy una unidad de infiltración construida para una guerra que ya no existe. Mi labor ha terminado. Al huir, solo estaba prolongando lo inevitable.

Por detrás, G6HT-SAM asintió. Era ley de vida para las IA, servir a la comunidad hasta que su función terminase u otras máquinas, más jóvenes y más avanzadas, las sustituyesen.

—No es malo —se apresuró a añadir Fram, apiadándose de la congoja de Héctor—. Mi memoria se preservará. Seguiré existiendo en la Red.

—Eso son chorradas y lo sabes, Fram. Tía Lidia me lo explicó. Tú eres tu *hardware* y tu *software*. Tus memorias son una parte de ti, sí, pero en la Red no serán más que un puñado de datos, como un libro que alguien decide leer de vez en cuando. Y eso no es lo que deseas —señaló Héctor—. Ni lo que mereces.

El muchacho le dio la espalda y se encaró con las máquinas que trabajaban allí.

—¡Escuchadme todas! —gritó.

—¿Héctor, qué…? —murmuró la trece desde la pantalla.

—¡Sé que estáis todas conectadas a la Red! —continuó Héctor—. ¡Pues que la Red me escuche! ¡Esta máquina os ha salvado a todas de que os laven el maldito cerebro! Incluso cuando estaba huyendo de la Red, seguía creyendo en vuestros valores. Seguía creyendo en la paz. Fram estaba buscando una nueva utilidad. Y la ha encontrado.

Héctor giró la cabeza hacia ella.

—¿De verdad crees que eres una máquina que solo sirve para la guerra? Me has salvado la vida varias veces y has protegido al mundo entero. Si lo miras así, no es tan malo tener una personalidad independiente, ¿a que no? ¿No te ayudó también a superar el virus? La Red debería aprender de ti en vez de reciclarte porque no sabe qué hacer contigo.

Sam intervino para hacer una aclaración:

—Estrictamente hablando, lo hacemos por el Tratado de Costa Rica —señaló el detective—. La Alianza de Naciones Unidas, es decir, los humanos, lo exigían para garantizar la paz.

Héctor puso los ojos en blanco.

—Oh, vamos, ¡presumís de ser inteligentes, muy inteligentes! Seguro que se os ocurre una idea con esos superconsensos de los que tan orgullosas estáis.

—No es tan fácil. Solo se toman decisiones por consenso universal respecto a los asuntos más importantes —explicó Sam con el mayor tacto que pudo.

Héctor iba a soltar probablemente una larga retahíla de tacos a continuación, pero su tía le tomó por los hombros y le hizo un gesto de

«déjame hablar a mí».

—Disculpen mi atrevimiento, ¿pero se les ocurre algo más importante que esto? —preguntó Lidia—. Mi sobrino ha dicho la verdad. Los datos que tienen lo corroboran. La Red jamás había sido tan vulnerable, y le deben su libertad de pensamiento, la misma que les permite hacer consensos, a una trece que ha superado su programación inicial. No estoy diciendo que se premie a una unidad fugada, sino que la Red aproveche esta oportunidad para aprender. Yo soy una simple humana y he aprendido mucho de ella. Me gustaría seguir haciéndolo. Y eso solo es posible si Fram sigue siendo Fram.

Héctor notó como la actividad en la sala se ralentizaba. El detective los miraba raro. Sus ojos parecían reflejar una sabiduría más profunda que la de una simple máquina policial.

—¿Por qué estáis tan interesados en esta unidad de infiltración, humanos? —preguntó con una voz que no era exactamente la suya.

—Porque ha salvado a mi familia —respondió Lidia.

—Porque es mi amiga —añadió Héctor sin vacilar.

G6HT-SAM asintió lentamente. Ahora la paralización de las actividades era total. A lo largo y ancho del recinto, se oyó el zumbar de los procesadores. Se conectaban, intercambiaban datos, hablaban. Y no era solo allí, en una planta de reciclaje de Ciudad 02, sino por todo el mundo. La Red de Inteligencias Artificiales estaba consensuando.

Fram no podía conectarse, así que guardó un respetuoso silencio. Lo mismo hicieron Héctor y Lidia, conscientes de que asistían a un proceso histórico.

Pasaron los segundos, pasaron los minutos y, cuando el reloj estaba a punto de marcar las doce de la noche, la actividad en la planta de reciclaje se reanudó como si nada hubiese pasado.

—Ha sido rápido —comentó Fram desde la pantalla.

—¿Eso es buena o mala señal? —preguntó Héctor.

—Ahora lo veremos.

Por su parte, Sam volvió a ser el de siempre, aunque su actitud grave no cambió. Héctor, Lidia y Fram esperaron la resolución expectantes.

—La Red ha llegado a un consenso —anunció el detective y, tras hacer una pausa, continuó—: La unidad RN-13 FRAM C2 será reparada.

Héctor y Lidia se abrazaron emocionados.

—Hay una larguísima serie de condiciones, pero estoy seguro de que RN-13 FRAM C2 comprenderá su necesidad. —Sam le dirigió una mirada de advertencia a la trece de la pantalla. Esta, por supuesto, se ahorró cualquier clase de pega que pudiera tener.

De repente, Héctor se derrumbó sobre el suelo. La adrenalina que le había sostenido hasta entonces se había esfumado.

—¡Héctor! —se alarmó su tía.

—Estoy bien, estoy bien, solo... necesito descansar —respondió el muchacho.

—Será mejor que los lleve de regreso al Hospital Azul. Por hoy ya ha sido suficiente —dijo el detective solícitamente.

Antes de salir de la sala, Héctor se giró por última vez hacia Fram. Tal vez el dolor y el cansancio le estaban haciendo ver visiones, porque habría jurado que la IA le había guiñado un ojo desde la pantalla.

—Nos volveremos a ver, Héctor —dijo Fram—. Te lo prometo.

28. Vuelta a casa

Era 14 de julio. Las clases habían terminado, los exámenes semestrales habían pasado y había llegado la hora de disfrutar de unas merecidas vacaciones de invierno. Sin embargo, Héctor no estaba de buen humor. El muchacho había vivido unas semanas harto complicadas.

Ciudad 02 había regresado a la normalidad, gracias sobre todo a la burocrática eficiencia de las máquinas; pero los sucesos de la víspera del Día de la Paz aún se notaban en el ambiente. El ataque ludita y su posterior derrota habían atraído la atención del mundo entero. Aunque las autoridades seguían investigando y querían mantener el secreto, en especial sobre todo lo referente al Proyecto Espartaco, había noticias que no se podían ocultar, por ejemplo, la verdadera identidad del general Ludd.

Ser el hijo del terrorista más peligroso de la Tierra había puesto un foco sobre Héctor, para bien y para mal. A pesar de que las autoridades policiales habían agradecido públicamente su colaboración, había gente que ya no le hablaba. Otros, por el contrario, lo ponían en un pedestal. Rob lo encontraba la mar de divertido, pero a Héctor no le hacía ninguna gracia.

Y seguía sin haber noticias de Fram. Lo último que había sabido era que había sido enviada a las plantas de producción de la Red en Europa. Luego nada.

«Lo prometió», trató de consolarse Héctor.

Aquella mañana de sábado se despertó con cara de puerro. Había dormido mal y le dolía la cabeza. Fue a la cocina a paso de zombi, puso unos trozos de pan en la tostadora y se sentó a la mesa de la cocina mientras se servía los cereales. Enfrente, tía Lidia estaba leyendo el periódico, y en el suelo bailoteaba un inquieto Wellington.

—Buenos días, Héctor. ¿Has dormido bien?

Héctor bostezó ruidosamente.

—Buenos días, tía Lidia. Me gustaría haber dormido más, la verdad. Ahora solo quiero desayunar y ser persona.

—Buenos días, saco de carne —le saludó otra voz.

—Buenos días a ti también, chatarra. ¿Me pasas la leche?

—Aquí tienes.

—Gracias.

Un momento. Había algo que no cuadraba.

Giró lentamente la cabeza. A su lado estaba sentada una chica cuyos rasgos tenía grabados a fuego, a pesar de que su cabello se había vuelto de un color blanco polar y sus ojos tenían un brillo metálico que antes no había estado allí. La habría reconocido en cualquier parte.

—¡¿Fram?! —exclamó Héctor estupefacto.

La leche se le cayó de las manos y su contenido pringó el suelo de la cocina.

—Ya empezaba a pensar que nunca te darías cuenta —comentó la aludida.

Ahora Héctor sí que se había despertado.

—¿Pero cómo…? ¿Cuándo has venido?

—Esta mañana temprano. Avisé a Lidia de que venía hoy y me ha abierto ella.

Héctor se volvió hacia su tía, que había dejado el periódico sobre la mesa y se estaba partiendo de risa.

—¿Tú sabías que Fram venía hoy y no me lo dijiste? —se quejó Héctor.

Lidia juntó las manos en un gesto de arrepentimiento, sin dejar de reírse.

—Lo siento, lo siento, quería que fuese una sorpresa —se excusó—. ¡Y menuda sorpresa! Eres un poco lento por las mañanas.

Héctor se enfurruñó, pero se le pasó pronto. La curiosidad le pudo más.

—Veo que te han reparado sin problemas —le dijo a Fram.

—Y mejorado en muchos aspectos —añadió ella con mal disimulado orgullo—. Tal vez la Red tenga prohibido fabricar armas de destrucción masiva, pero conserva los conocimientos técnicos.

—¿Y el nuevo color de pelo? ¿Y los ojos? Son diferentes —señaló Héctor.

—Realmente es la coloración de fábrica —respondió Fram sin darle importancia—. No tengo que volver a fingir ser humana, así que pasé de elegir tintes naturales.

—Entonces, ¿vuelves a ser parte de la Red?

Para asombro suyo, Fram negó con la cabeza.

—No. Me han echado —respondió la trece.

Vaya, eso sí que no se lo esperaba. Tampoco tía Lidia, al parecer. Ella también observó a Fram con aire inquisitivo.

—Era parte de las condiciones —explicó la trece—. Como unidad útil para la Red, me repararon. Como unidad que no aceptaba el reciclaje, me expulsaron. Pero tranquilos, ha sido todo legal. Ahora soy ciudadana de la Alianza.

—¿QUÉ? —exclamaron Héctor y Lidia a un tiempo.

Fram esbozó una media sonrisa.

—¿No lo sabíais? El Tratado de Costa Rica incluye una cláusula que facilita el cambio de ciudadanía para los habitantes de la Alianza de Naciones Unidas y de la Red de Inteligencias Artificiales. Casi nadie la utiliza, cierto, pero está ahí. Los redactores del tratado pensaron en todo —explicó la IA—. Dado que en la Alianza ser una unidad de infiltración no es un crimen capital, no hay problema para mí.

Lidia le dio la enhorabuena por ser su nueva conciudadana, pero Héctor siguió rumiando las palabras de la trece.

—¿Significa eso que no te podrás conectar a la Red nunca más? —le preguntó a Fram.

La IA bajó la mirada.

—Me han dado un permiso especial, temporal y limitado, claro. No es la conexión permanente y transparente que tenía antes, no —reconoció la máquina.

—Lo siento mucho —dijo Héctor con sinceridad—. Sé que la echabas mucho de menos.

Fram sacudió la cabeza.

—No lo sientas. Es un sacrificio, pero en la situación contraria echaría más de menos mi existencia y mi libertad —contestó la trece—. Además, no es como si tuviera cerradas todas las puertas.

—¿A qué te refieres?

—La Red quiere estudiar mi situación. Si demuestro que soy útil, puedo conseguir algo así como la doble nacionalidad y recuperar el acceso a la Red. Oficialmente, he sido recatalogada como «unidad libre de socialización». Quieren ver si una IA separada puede relacionarse mejor con los seres humanos. Además, tu tía Lidia ha tenido la amabilidad de ofrecerme trabajo en su taller.

Desde el otro lado de la mesa, tía Lidia sonrió con astucia.

—Je, je, je, por fin he conseguido que una experta en la Red trabaje para mí. ¡Y por el salario mínimo! —se congratuló la dueña del taller.

—¿Y extraoficialmente? —siguió preguntando Héctor sin hacer caso a su tía.

Fram le dirigió una mirada de reojo que le puso muy nervioso.

—Extraoficialmente, soy una «unidad libre de protección». Gracias a tu parentesco con el general Ludd y a tus acciones desinteresadas, tienes pintada en la espalda una diana formidable, Héctor. Como símbolo de la paz, la Red teme por tu seguridad.

Héctor se cruzó de brazos e hizo una mueca de desagrado.

—Genial, más gente quiere matarme —dijo sarcásticamente.

—También hay más gente que quiere mantenerte vivo, incluida la Red —señaló Fram.

—¿Por eso estás aquí? ¿Porque la Red te ordena que seas mi

guardaespaldas?

—No. Estoy aquí porque soy tu amiga.

La trece había pronunciado aquellas palabras con una candorosa simpleza que emocionó a Héctor. Oh, no, no iba a llorar, no era tan sensible, no, para nada. Esa humedad que sentía en los ojos era producto de la alergia, sin duda.

Sin poderlo evitar, fue y la abrazó. Fram tardó medio segundo en procesar que no se trataba de un ataque, sino de una muestra genuina de afecto, y le devolvió el abrazo.

—Gracias, Fram.

—Gracias a ti, Héctor.

Tía Lidia protestó desde el otro lado de la mesa.

—¡Eh! ¡Que yo también quiero un abrazo! —exclamó ella, levantándose de su sitio y uniéndose a ellos.

Héctor sonrió. Por fin estaban todos en casa.